

TAUZERO

#2



El primer número de *TauZero* nos dejó satisfechos. El resultado de tanto esfuerzo, ya sea enviando frenéticos e-mails o llamando por teléfono para convencer a algún potencial escritor, funcionó. Incluso se dio el caso que el editor, de vacaciones en Santiago de Chile, concertó una entrevista con un potencial colaborador. La persona en cuestión accedió y le indicó la dirección de su casa. Considerando que vuestro humilde servidor no conocía la capital, calculó mal la distancia a caminar y, en vez de ser los 200 metros estimados, resultaron varios kilómetros.

Finalmente llegué a la casa del estimado, con unos 40 minutos de retraso, bastante abochornado por la caminata y hasta un poco asustado pues ya comenzaba a hacerse tarde. El detalle es que llegué justo a la hora de la cena...

Como pueden apreciar, el trabajito que me impuse tiene un poco de peligros físicos... Por cierto, el ensayo que logré extraerle al amigo en aquella oportunidad será incluido en el próximo número.

Pero ahora estamos en el segundo número y es necesario comentar lo que se ofrece en esta oportunidad.

En primer lugar, está el largamente esperado aporte de Pablo Castro con un interesante relato de vida y muerte (¿o vida artificial?). Tengo el placer de conocer personalmente a Pablo Castro. Hemos compartido más de una cerveza en las tertulias a las que el equipo del fanzine *Fobos* me invitaba a participar en Bellavista o la Plaza Ñuñoa. En aquellos eventos, mientras se discutía sobre la inmortalidad del cangrejo o se intentaba abordar mujeres solitarias en los pubs, yo trataba de convencer a Pablo para que escribiera un cuento para *TauZero*. Era mediados de enero y el primer número del e-zine estaba pronto a salir.

Pablo, un joven cientista político que siempre parece elegir con cuidado las palabras al hablar,

TAUZERO N°2

**Enero
2003**

Director

Rodrigo Mundaca Contreras

Editor

Sergio Alejandro Amira

Diagramación y Dirección de Arte

Sergio Alejandro Amira

Portada

Sergio Alejandro Amira

Colaboradores

José Fco. Camacho A.

Carlos Emilfork

Soledad Cabrera Toledo

me señaló que no tendría inconvenientes en facilitarme un relato, siempre y cuando el proyecto *TauZero* fuera algo serio y de una calidad adecuada y no un capricho momentáneo que al poco tiempo podría abandonar.

Tomé aquellas palabras como un desafío. Nadie, ni siquiera yo, podía aventurar cuál sería el resultado final del primer número de *TauZero*...

Y bien, he aquí el segundo número del e-zine y con un cuento de Pablo Castro como primer relato. Supongo que demostré que *TauZero* no es sólo un capricho fugaz y que el contenido es de una calidad que hace grata su lectura.

Luego tenemos a Gabriel Mérida, quien nos cuenta una historia un tanto deprimente en un

sumergido Chile del Futuro. Encuentro este relato bastante simpático y novedoso. Tal vez fue porque estoy acostumbrado a ciencia ficción parafernática, ambientada en los límites del espacio y del tiempo. Catástrofes cósmicas y héroes que rescatan curvilíneas princesas... (y no niego que dichas historias me encantan). No encontrarán nada de eso aquí. El relato, sin embargo, con el dilema que plantea, diría que no necesita del ambiente "cienciaficcionesco" en el que está inserto.

Cierta vez le oí decir a Gabriel algo así como que "él simplemente 'escribía'. No escribía ciencia ficción a priori. El sólo escribía relatos y el lector era quien realizaba la clasificación". En aquel momento pensé que Gabriel sólo quería escabullirse de ser considerado parte del mundillo de la ciencia ficción, por miedo a ser catalogado como un 'freak' o alguna otra rareza sin vida social... después de todo, la ciencia ficción es considerada por algunos intelectualoides baratos como un género literario bastardo y, pregunto retóricamente yo, ¿Qué autor querría que su obra fuese catalogada como tal?

No obstante todo, cuando leí este relato le encontré la razón al amigo y ahora digo con firmeza: "Gabriel no escribe ciencia ficción a priori... pero la escribe"

Finalmente, en lo que a ficción se refiere, el plato fuerte: en este número se comienza con la primera entrega de la novela *Ygdrasil* del chileno Jorge Baradit. A Jorge lo conocí de casualidad. Cierta vez me envió un relato para que lo leyera y le diera mi opinión sobre él. Lo leí una noche antes de dormir. En aquella oportunidad estaba un poco tenso pues era temporada de exámenes de la universidad y decidí leer para distraerme. El texto, que no era otro sino *Ygdrasil*, me pareció fabuloso. El concepto que se planteaba en dicho relato no lo había leído antes y, tal vez por eso mismo, aquella

noche tuve una pesadilla (un tanto desagradable he de decir), en donde yo era un personaje del relato. Afortunadamente para mí, todo terminó al amanecer del día siguiente.

Debido a que Jorge tenía otros planes inmediatos para él, no autorizó la publicación de *Ygdrasil* en el primer número de *TauZero* (como compensación de aquel contratiempo, cedió *La conquista mágica de América*) pero la situación se ha revertido y ahora estamos en condiciones de ofrecerles el primer capítulo de *Ygdrasil*, que debido a su extensión se publicará por partes. En cuanto al contenido de la novela en sí, estoy seguro que no muchos quedarán indiferentes. Llama la atención la inmensa cantidad de conceptos que se abordan desde inusitados puntos de vista y que se mezclan, resultando lo que su autor ha llamado satíricamente "una ensalada indigesta".

En la sección *Masa crítica*, Carolina Nishii, desde el país del Sol Naciente, nos habla del "Shock del Futuro" de Alvin Toffler y de lo afortunados que somos los lectores de ciencia ficción, al estar relativamente inmunizados contra él.

Jorge Balej, un físico trasandino, quien se considera a sí mismo un escéptico constructivo, nos habla en la sección *Brainstorming* sobre lo que se sabe sobre parasicología y, como no, lo mezcla con ciencia ficción.

Los artículos de Jorge Balej, y por supuesto los de Carl Sagan e Isaac Asimov, no fueron escritos especialmente para *TauZero*. Es de esperar que a medida que el e-zine crezca sólo publiquemos material original. Esa es nuestra meta ya que no deseamos convertirnos en un depósito de textos reciclados.

Espero que el esfuerzo invertido en el proyecto *TauZero* sea del agrado de los jueces: los lectores. Para nosotros es fundamental el feedback que nos puedas transmitir, para ir mejorando. Por

esta razón te invito a que nos envíes e-mails con tus sugerencias y comentarios, quejas y cualquier cosa que estime conveniente que debamos saber.

Por supuesto, si tienes material escrito (o ilustraciones inéditas para adornar la portada) y deseas publicarlo con nosotros, no esperes más y envíalo. *Así, junto con ser el juez tendrás la oportunidad de ser juzgado.* De este modo, no sólo estarás aportando al desarrollo de nuestro proyecto, sino que también al desarrollo y divulgación de los temas que aquí se transmiten.

Rodrigo Mundaca Contreras
Mayo 2003

CONTENIDOS

EDITORIAL

por Rodrigo Mundaca Contreras,

FICCIÓN

Reflejos

por Pablo Castro Hermosilla.

Los que no vuelven

por Gabriel Mérida.

Ygdrasil

por Jorge Baradit.

PUNTO OMEGA

El sermón dominical

por Carl Sagan.

A CIENCIA CIERTA

El monstruo subatómico

por Isaac Asimov.

BRAINSTORMING

Parapsicología y ciencia ficción

por Jorge Balej.

MASA CRÍTICA

Enfermedad del futuro

por Carolina Nishii.

REFLEJOS

por Pablo Castro Hermosilla

*Penétralo, y comprenderás mejor:
que la vida se nos muestra en un reflejo.
pintado*

Anoche maté a mi hijo Mauro.

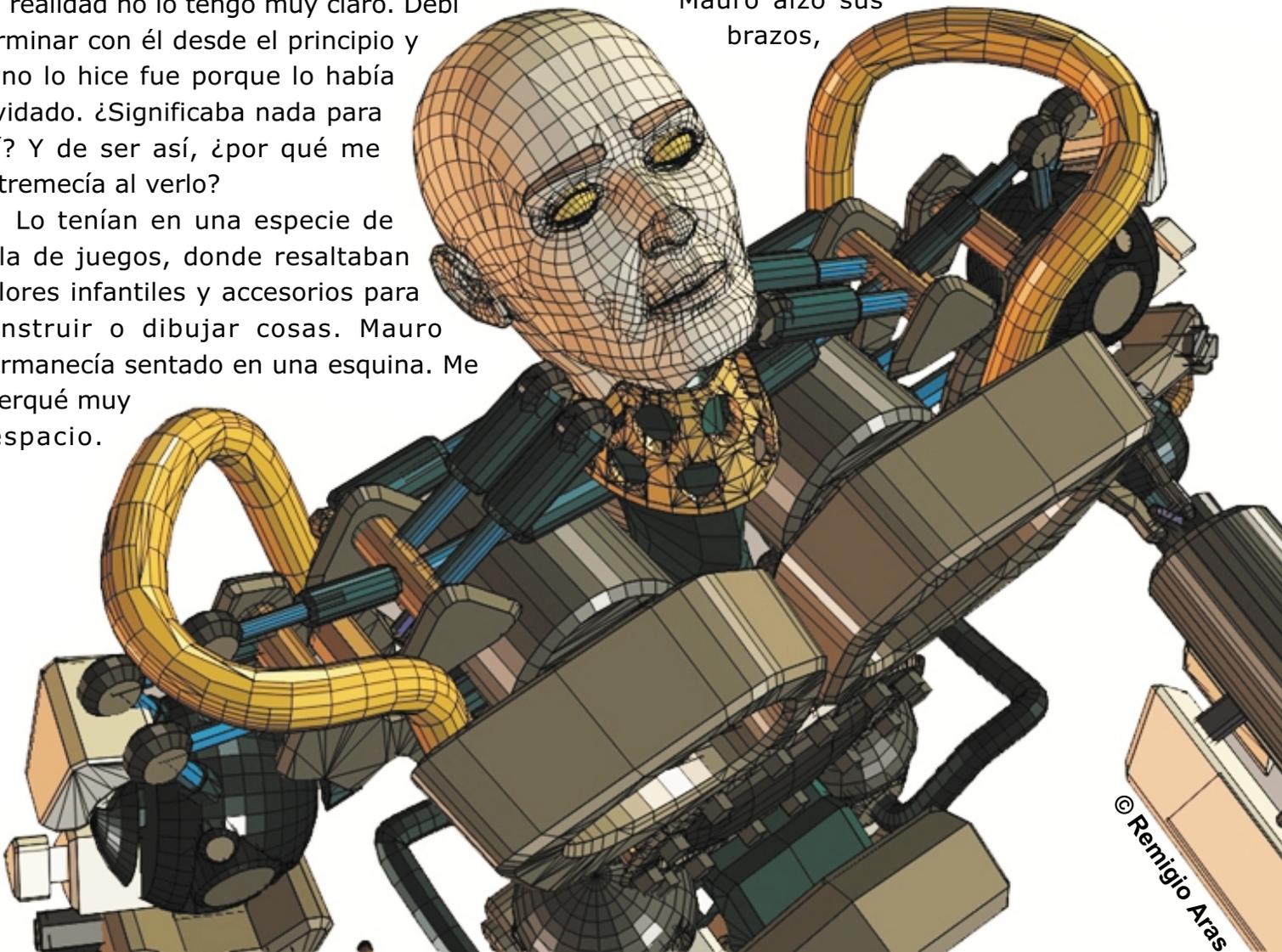
Bueno, no fui yo precisamente quién lo hizo. Sólo me limité a darle la orden al ejecutivo de V.I.P. para que terminaran de una vez con él. Por cierto que tampoco era mi hijo. Había vivido en nuestra casa durante varios años y supongo que eso era suficiente para sentirme atado a él. En realidad no lo tengo muy claro. Debí terminar con él desde el principio y si no lo hice fue porque lo había olvidado. ¿Significaba nada para mí? Y de ser así, ¿por qué me estremecía al verlo?

Lo tenían en una especie de sala de juegos, donde resaltaban colores infantiles y accesorios para construir o dibujar cosas. Mauro permanecía sentado en una esquina. Me acerqué muy despacio.

–Hola, hijo.

El niño levantó su cara y esbozó una sonrisa que semejaba cualquier cosa. Concentré mi mirada en él: cabeza pequeña y deforme. Frente alta y aplanada. Ojos rasgados hacia arriba. ¿Podía entender lo que era y dónde estaba en ese momento? ¿Podría yo mismo explicárselo? Bueno, digamos que estábamos ahí, los dos, como en los viejos tiempos, y tal vez era la única verdad plausible de entender. Me concentré en ese punto y obvié cualquier clase de sentimiento.

Mauro alzó sus
brazos,



© Remigio Aras

tratando de alcanzarme con sus manos cortas y anchas. Quería que lo tocara o bien que extendiera mis propias extremidades hacia él. Sólo atiné a tragar saliva y a retroceder lentamente. El rostro de Mauro no varió, quedando congelado en su sonrisa estúpida e inalcanzable. No era mi hijo. Yo no era su padre. Pero me quería igual. Me querría siempre. Y eso era algo que se me hacía difícil de soportar.

Levanté mi mano derecha hacia la cabeza y toqué mi sien. El ambiente comenzó a disolverse y una tenue oscuridad cubrió todo alrededor. Cuando abrí los ojos me encontré en la consola de interacción pegada a mi cuerpo. Me quité los guantes y el casco, tratando de absorber de nuevo el paisaje real. A mi lado el ejecutivo de V.I.P. esperaba mi veredicto final. En su mano había una agenda holográfica esperando mi firma.

–Bórrenlo –ordené sin mirar a nadie.

* * *

Hubo una vez una familia.

Estaba el padre, su mujer y una hija llamada Ana María. Vivían en Santiago y durante muchos años fueron una familia muy unida y que se amaba mutuamente, hasta que de pronto las cosas comenzaron a desintegrarse y cada uno se convirtió en una extraña para el otro, a tal punto de ser nada más que reflejos de sí mismos, interactuando automáticamente: ese es el resumen burdo de nuestra historia.

Pero no era de la forma en que yo lo recordaba constantemente. Por las noches, cuando el sueño me abandonaba, la historia de mi familia llegaba en perspectivas de imágenes sin orden o sentido; sin estructura o razón. En pocos segundos podía revivir cada una de nuestras tragedias. Y en pocos minutos intentaba darle un sentido a cada momento vivido. ¿Qué era lo más significativo? Y sobre todo ¿quién era la persona de la cual todos dependíamos? ¿A quién más podía necesitar?

Todo sucedió en nuestra época de vacas gordas. Toda familia la tiene alguna vez. Por supuesto que sólo a mi esposa (previsora como siempre, como todas las madres) se le ocurrió la idea de *reflejarnos*, pensando que en algún momento “podía pasarnos algo, porque nunca se sabe”. En realidad, nadie a esas alturas pensaba en la muerte, sobre todo cuando hacíamos planes para viajes de hasta tres semanas por alguna playa de Mozambique o alguna visita a un resort orbital. Pero cuando a mi esposa la visitó un tumor, todos concordamos silenciosamente que era mejor estar preparados para un eventual deceso inesperado.

Así que ella fue la primera en reflejarse. Llegó un día a la casa con un par de catálogos sobre *Vidas Interactivas Post-Mortem* y nos preguntó cuál sistema sería el más apropiado. Ella lo tenía decidido, pero igual nos dimos el fastidio de revisar una que otra oferta. Había de todo: desde crear un programa virtual en base a datos diversos de la persona hasta la emulación digital completa de cada célula o neurona del cuerpo. Este último era el sistema más caro, pero garantizaba una interacción completa con la persona, y cuando digo completa me refiero a estar hablando y tocándose como si el fallecido estuviese vivo. Ese eligió mi esposa, para todos nosotros.

Pero como dije el asunto salía un disparate, a pesar de que era un monto totalmente justificado. Para entender lo que era una *reflexión* de ese tipo, hay que intentar imaginar un sistema capaz de copiar cada una de las moléculas de tu cuerpo en lenguaje digital y luego vaciar esa información en un universo recreado de la misma forma. No hablo de proyecciones virtuales ni máquinas de RV de esas malas películas del siglo pasado. Hablo de crear un ente totalmente nuevo, una copia exacta de la persona viviendo tal cual lo haría la misma persona si estuviera viva. Porque el paquete incluía no sólo la creación de

los reflejos, sino también la del mundo en el cual vivirían, que no era más que una proyección de nuestra propia realidad. Es decir, si mi esposa pasaba quince horas de su vida moviéndose de la casa al trabajo, del trabajo a la ciudad y de vuelta a la casa, tal rutina era recreada por el sistema en hasta sus más mínimos detalles, cosa que el reflejo no tuviera la más mínima duda de que seguía sano y vivo. Y era así, porque sencillamente lo estaba.

Observando el desarrollo moral de la sociedad pasada cuesta entender a veces cómo fue posible que muchos estamentos permitieran la creación exacta de otras realidades, sin armar demasiado jaleo. Pero también es difícil imaginar que la gran mayoría de las personas no quisieran apoyar un sistema que les permitía recobrar a sus seres queridos luego de una muerte violenta o alguna enfermedad terminal. El mito de la resurrección funcionaba y si el mismo Jesús lo había ensayado alguna vez, bueno, los reflejos no le hacían mal a nadie. Después de un tiempo el mismo concepto de enterrar a alguien e ir a visitar sus restos se transformó para la sociedad en una práctica macabra y atrasada, sumado a la urgencia por recuperar terrenos que podían usarse de forma más beneficiosa.

Ese fue el comienzo de nuestro pasado al otro mundo (es una forma de decir). Había sobradas razones para que mi esposa se reflejara cuánto antes, más allá que su nuevo terminador se encargara de liquidar cualquier célula cancerígena. Pero Anita planteó una cuestión interesante: ¿la emulación de cada célula no incluiría el potencial genético del tumor? ¿No se enfermaría también el reflejo de la mamá?

Los de los de V.I.P. estaban preparados para tales contingencias.

—Es una buena pregunta. Fue algo que nos sucedió en la década pasada. Para evitarlo las nanocomps actuales que digitan las células se encargan de recombinar las proteínas del ADN,

eliminando cualquier posibilidad de desarrollar alguna enfermedad de tipo genética. Esto produce ciertos cambios leves en la persona, pero no afectan demasiado la personalidad psicosomática. Hubiese sido más práctico que la recombinación molecular fuese hecha mientras uno estaba vivo, pero aquello era aún imposible. Lo que sí entendí fue esto: de alguna forma los reflejos eran una copia purificada de nosotros mismos, lo que hacía el sistema más interesante aún.

En esa época y gracias a nuestra nueva situación económica mi mujer decidió ayudar al prójimo y adoptó a Mauro, como forma de agradecer a la vida por la desaparición momentánea de su tumor. Lo hizo sin avisarnos, como si traer un niño discapacitado a la casa fuese igual que comprar un perro. Me enfurecí, alegando de que ya estaba harto del derroche de plata, aunque en realidad mi enojo tenía más que ver con la confusión emocional que causaba tener a un niño que no entendía las cosas a través de su cauce normal. Mauro asimilaba cualquier cosa si detrás de ella había un cariño o una sonrisa y para mi hija y yo, aquello significa una erosión a nuestra propia y necesaria frialdad. En una familia donde el amor se había casi evaporado, la urgencia por expresar lo bueno que iba quedando en nosotros resultaba más bien una lenta y dolorosa asimilación de lo humano.

Sé que no lo podrían entender. Hasta el día de hoy me parece una imposibilidad de la razón. Pero lo cierto es que para esos años en que mi mujer se recuperaba de su enfermedad las cosas ya estaban lo suficientemente podridas, listas para su completa disolución. Todos esperaban. Menos mi esposa, supongo. Así que decidí ser yo quien diera el primer paso. Se lo comuniqué al resto, quien asintió de mala gana.

Había resuelto no reflejarme. Si fallecía no quedaría ningún rastro de mi existencia. Esa idea me fascinaba. Sentía una profunda necesidad

de desaparecer y a los pocos meses abandoné la casa. Mi mujer se deprimió, Anita me odió profundamente y Mauro me echaba de menos. Bueno, eso fue lo que escuché.

* * *

Estaba sentada sobre la cama, inmóvil y silenciosa. Una suave cubrecamas tapaba su cuerpo hasta más arriba de la cintura, mientras a su alrededor un cúmulo de pequeñas máquinas y sistemas monitoreaban la metástasis producida por el tumor. Ya no buscaban detener la enfermedad. Sólo intentaban menguar sus efectos para evitar una muerte dolorosa, llena de padecimientos. Me acerqué lentamente.

–Hola, Graciela.

Sus ojos miraban la luz del sol atrapada en la ventana polarizada. Entonces me miró, e inmediatamente su rostro se afirmó a una sonrisa leve. Tragó con dificultad.

–Hola... –su voz sonó rara. Parecía que hablaba el tumor y no ella.

–¿Cómo te sientes?

–Bien... pero no me han dicho... –trató de incorporarse... si me volvió el tumor o es uno nuevo.

Los parasoftwares le habían dado una serie de explicaciones, pero evitaron darle un diagnóstico claro y específico. Por supuesto que le había vuelto su antiguo tumor. En realidad siempre había estado ahí, esperando su oportunidad. Todo bajo mis claras instrucciones.

–¿No ha venido nadie a verme...? –preguntó casi ahogada.

–Han preguntado por ti, pero prefiero que no te vean.

–¿Pero Anita?... ¿Mauro?

–Bueno, ya tendrán tiempo. Ahora estoy yo aquí, así que voy a ser tu enfermero. ¿Qué te parece?

Lo normal era que hubiese protestado, pero su sonrisa fue más grande aún, como diciéndome

que entendía perfectamente. Era lo que siempre había querido. Que estuviésemos juntos y que el resto se fuera al diablo. Me amaba. Quería que yo la amara. Estar los dos en esa habitación, solos, le daba forma a ese amor.

–¿Tienes hambre? –pregunté.

* * *

El ejecutivo de V.I.P. me esperaba en una oficina pequeña, muy apropiada para una sucursal de la empresa. Yo estaba viviendo en Santa María, una de las pequeñas ciudades surgidas después de los tsunamis que arrasaron el Norte Grande de Chile. El lugar se parecía a la costa de Israel, con la diferencia que acá la reforestación sí funcionó y ya teníamos unos bosques semejantes a los que se habían extinguido en el sur hacía décadas.

–Señor Saavedra, gracias por venir tan luego. Por favor, asiento–. El hombre se mantenía igual que hace siete años. Me pregunté cómo me vería yo para él.

–Gracias. Recibí su mensaje y la verdad es que no entiendo absolutamente nada– encendí un cigarro–. Me gustaría que me lo explicara personalmente.

–Bueno, supongo que para eso vino ¿verdad? Bien. El asunto es muy sencillo. De acuerdo a los registros, su esposa Ana María Escobar compró un paquete de cinco reflejos de Nivel 6, que corresponden a ella misma, usted, su hija Ana y un niño llamado Mauricio. El paquete incluía el servicio normal, esto es, la inclusión de los reflejos en su entorno habitual, más las extrapolaciones que fuesen necesarias dependiendo del comportamiento de cada una de ellas.

–Así es– respondí tranquilo.

–Una pregunta. ¿Usted no accedió al paquete, verdad?

–No, me mantuve al margen. Mi mujer pagó todo, de eso me acuerdo bien. Supuestamente

los reflejos estaban financiados para unos diez años, más o menos.

–Bueno, eso es lo que firmó ella. El problema señor Saavedra es que el paquete comprado por su esposa no incluía los gastos de interacción.

–¿Los qué? A ver...

–Déjeme explicarle. Nuestra empresa otorga una serie de modalidades de pago como también varios ajustes en caso de no cancelarse una deuda. En el caso de su esposa, ella canceló el proceso de reflexión como también la simulación de los entornos virtuales. Al mismo tiempo pagó dos años de interacción, esto es, el servicio que prestamos para que el visitante pueda interactuar con sus seres queridos. Y eso tiene un costo.

–Eso se llama estafar –exclamé.

–Claro que no. Recuerde que los antiguos cementerios cobraban una tarifa para poder visitar una tumba. No me eche la culpa a mí del encarecimiento de la tierra en este país, culpe a los maremotos. Pero el uso de la consola de RV, como también el mantenimiento de los reflejos, tiene un costo. No es que sea demasiado, pero cuando usted y otros familiares siguieron interactuando con... espere, quiero ver...

–Mi mujer. Interactuaban con mi mujer. Ella fue la primera en morir.

–Exacto, su esposa. Bien, pasó el año y ninguno de ustedes canceló las visitas a su esposa. Por ende, nosotros...

–¿Qué?–interrumpí–. Pero si yo jamás me he metido con ninguno de ellos. ¿Que no lo entiende? Yo no he interactuado con mi mujer, ni con Anita ni con Mauro. ¿Por qué tengo que pagarles?

–No lo sabía. Pensé que usted había usado nuestro servicio. De cualquier forma, eso no cambia el asunto. Usted es la única persona que sigue con vida en su familia. Tiene que responder por ellos.

–Eso es imposible. Mi situación actual no me da para cancelar esos montos, independiente de

las facilidades que me den. No puedo hacer nada.

–A ver, creo que podemos encontrar una solución. ¿Qué le parece si le explico cada una de sus posibilidades?

–Bien. Me parece bien –encendí otro cigarro y aproveché de ofrecerle uno. El hombre sonrió.

–Gracias, pero no puedo fumar de los suyos –dijo y entonces recordé que el ejecutivo frente a mí no era más que un holograma proyectado desde las oficinas centrales de V.I.P. Santiago.

* * *

–¿Papá, qué te parece?

Miré la holoescultura. Era una especie de rostro global alimentado por cientos de pequeñas caras. Aparte de lo obvio no noté ningún elemento que me llamara la atención, nada especial. Bien, podía simplificar las cosas y decir que era algo bonito o bien arriesgar un juicio estético que hablara de la armonía de las formas y toda esa parafernalia tan típica de los artistas. Dije la verdad:

–En realidad, no tengo idea Anita. No entiendo mucho tus cuadros.

–No son cuadros, son figuras –respondió. Y luego agregó – Tienen alma y contenido.

–Me imagino. ¿Dicen algo en especial?

Estábamos en su taller y cuando digo taller me refiero a una sala enorme con elevadas paredes sin techo que mi hija usaba para moldear y guardar sus obras. Llevaba casi dos horas dibujando en el aire una mezcla de rostros sin eje definido, todos increíblemente superpuestos. A mi hija le encantaban los rostros. Eran su especialidad. Supongo que representaban su búsqueda personal de una identidad, la misma que había sido esquivo con ella desde niña. Anita lo sabía y siempre trató de disimularlo, lo cual es imposible. Si no tienes identidad, entonces no tienes conciencia... ¿y cómo se puede disimular

eso? Bastaba verla, completamente desnuda, moviendo sus manos en el aire, acariciando el vacío, mientras de sus dedos emergían píxeles magnéticos como si fuese una araña que bota el hilo invisible desde sus entrañas. Llevaba dentro de ella un sistema orgánico capaz de interpretar las señales que enviaba su cerebro para producir píxeles de diversos colores como así también de distintos tamaños. Los píxeles se unían para formar colores y trazos. El resto lo hacía su imaginación y la habilidad. Lo de estar desnuda era sólo parte de la excentricidad algo falsa de los artistas. O quizás porque hacía mucho calor.

–Papá, lo que pinto no dice nada –sentenció aburrida–. Sólo refleja nuestra sociedad. Eso es lo que hace el arte. Reflejar nuestro mundo y sociedad. La vida misma.

–Pero en tu caso sólo pintas rostros. ¿Por qué?

–Las caras representan el símbolo de lo humano. Lo que somos. Por eso me dedico a ellas. Como te dije, reflejan nuestro mundo. A nosotros mismos.

Entonces el arte era inútil, pensé. Sin embargo, permanecí callado mientras Anita comenzaba otro diseño. Y al cabo de unos minutos pude comprobar que no era muy distinto al anterior. ¿Eso era arte? ¿Una permanente imitación de lo ya hecho? No tenía sentido. Lo único claro para mí era entender por fin las razones que tuvo Anita para suicidarse. Era muy simple y al fin podía entenderlo: En algún momento tuvo curiosidad y pudo acceder a su vida de reflejo, cosa que estaba prohibida, pues sólo se podían ver los reflejos una vez que la persona en cuestión hubiese fallecido. Anita probablemente contempló las obras que en vida no había podido hacer y se convenció a sí misma de que jamás podría hacerlas creyendo que el talento pertenecía sólo a su reflejo y no a ella.

¿Le pertenecía de verdad? Claro que no. La

única diferencia es que su reflejo no le hacía asco al trabajo guardando para sí mismo una gran voluntad. Ahí estaba la diferencia con la Anita original. Sin embargo, ambas proyectaban una concepción inútil del arte: la de creer que éste se constituye como tal por el sólo hecho de reflejar la realidad. Eso está también, pero sólo es un punto de partida. Todo arte que no sea capaz de proponer, de proyectar un mundo nuevo o algo que vaya más allá de reflejar la realidad es completamente inútil, tanto como lo fue mi hija, que a esas alturas era sólo cenizas, igual que el resto de mi familia.

–¿Anita?

–¿Mmm?

–Nada. Sólo quería despedirme.

–Ah. Oye, ¿vas a ir a la exposición? Es la próxima semana.

–Claro que sí.

Entonces dejó los colores y las formas sólo para acercarse y darme un extraño abrazo, como si de pronto algo dentro de ella le informara que ya no nos veríamos más. Caminé buscando la salida mientras algunos píxeles seguían adheridos a mí, como estrellas diminutas, brillando en la distante oscuridad.

Coloqué mi mano en la sien.

* * *

Costaba un mundo darle una cucharada de sopa. No era capaz de tragarla toda y se escurría por los lados manchando el cubrecamas. Por suerte la metástasis había infiltrado sólo los pulmones y no la cavidad estomacal, porque entonces tendría a Graciela vomitando por toda la habitación. Bien, esos sistemas hacían su trabajo, después de todo.

–¿Quedaste con hambre? –le pregunté mientras limpiaba su boca.

–No... está bien –hizo un esfuerzo otra vez tratando de buscar aire–, estaba rico.

–Me imagino.

En realidad me imaginaba muchas cosas, pero en ese momento lo que más buscaba era absorber cada detalle de su cuerpo, como si pudiese pintarlo por dentro. Podría haber traído una cámara adosada al nervio óptico, pero me parecía muy artificial y además podría darse cuenta. La idea era que no supiera que dentro de unas pocas horas iba a morir. O quizás sí lo sabía y no deseaba preocuparme.

–¿Te ha costado dormir en las noches?

–No... no tanto.

–¿Pero puedes dormir?

–No mucho.

–¿Cuál es el problema?

Se mantuvo en silencio durante unos minutos, tratando de disimular su evidente falta de aire. A esas alturas era muy poco lo que debía quedarle y en cualquier momento el sistema ingresaría morfina para calmar el dolor. Era eso lo que yo esperaba. Quería verla dormir y sentir al mismo tiempo que ese sueño era el fin de todas las cosas.

–Me agito mucho... –dijo moviendo una mano–. Me cuesta dormir.

–Sí, te entiendo. Te late mucho el corazón y no puedes estar tranquila –dije creyéndome parasoftware.

Sonrió, pero sus ojos se quedaron mudos. Era evidente que ya no tenía muchas fuerzas. Pensé: ¿debo tomarle la mano? ¿Debo acercarme a su oído y decirle que la quiero? Porque era eso lo que yo sentía. Era eso lo que mi corazón deseaba hacer. Sin embargo mantuve mi distancia. No hice ningún movimiento. Debía cumplir con mi extraña y absurda convicción.

* * *

No podía creer lo que estaba pasando. Hablé de mis desgracias. Pero el ejecutivo fue muy claro:

–Entonces, no nos queda más que borrar alguien de su familia.

–¿Cómo?

–Nuestra política es borrar los reflejos si el usuario es incapaz de cancelar su deuda. Sí, podemos hacerlo. Está dentro de la ley. Suena horrible, pero es una forma de que el deudor reaccione y se esfuerce por pagar. Pero en casos como el suyo la ley permite una modalidad especial. En vez de borrar todo el paquete, dejamos a un reflejo con vida. Tiene que elegir: o borra a su hijo, a su hija o a su ex-mujer.

Fue en ese momento que entendí lo irreversible de la situación. Los de V.I.P. iban a borrar a casi toda mi familia y no había forma de impedirlo. No existían alternativas o pataleos a la conciencia pública. En realidad mi caso no era el único. Todos los meses borraban de a cien a doscientos reflejos, de la misma forma como las estadísticas hablan de cientos de personas muertas por accidentes o suicidios. Recién lograba entender que la destrucción material de una familia era cosa diaria, fuesen reflejos o no. Y a nadie parecía importarle. Era sólo parte del paisaje. El reflejo de una difícil sociedad, en la cual la familia era supuestamente la base. ¿Cómo se entendía que el mismo sistema se encargara de destruir las bases de sí mismo?

Era todo demasiado lógico. Aquello me destruía mucho más que las circunstancias en las cuáles yo estaba. Todo tenía su solución, por más que ésta fuese cuestionable desde la moral o la ética. Y no es que el ejecutivo de V.I.P. fuese malvado o frío. El hombre sólo me ofrecía las posibilidades lógicas y razonables para resolver el problema. V.I.P. trabajaba con la vida y cuando se trabaja de esa forma sólo existe cabida para las soluciones y no para cuestionamientos valóricos o incluso religiosos. La sobrevivencia es la base de la sociedad, todos quieren vivir a como sea lugar y si para eso hay que matar o borrar a tu ser querido, la cuestión no es si hacerlo o no, sino cómo y cuándo. La justificación es la vida misma. Y en este caso la vida de los

reflejos de mi familia. Pero ¿quiénes tenían que pagar el precio? ¿Cómo se decide a quién mantener con vida y a quién sacrificar? ¿Cómo se decide quién vive y quién muere?

Las noches se me hicieron gigantescas. Quería borrar y olvidar por momentos lo que tenía que hacer pero eran muchos los puntos de la cuestión que revolvían mi mente. Había tantas consideraciones que ni siquiera podía establecer un curso de acción susceptible de ser discutido. Tenía que concentrar todas mis fuerzas en una razón que fuese lo suficientemente poderosa para evitar volverme loco en el futuro. Para aplacar la estúpida sensación de culpa. Necesitaba un motivo y una razón que pudiesen aplacar la idea de que ellos morirían por mi propia incapacidad. Si tenía que matarlos necesitaba una lógica fría y absoluta capaz de diluir cualquier sentimentalismo.

Dada mi situación era imposible imaginar que alguna vez tendría el dinero para volver a reflejarlos a todos. Los de V.I.P. me propusieron firmar un acta en la cual me comprometía a reflejar a mi familia si mi situación mejoraba. Ellos por su parte garantizaban hacer una copia de los reflejos actuales y mantenerlos en suspensión criodigital por un lapso indefinido, para luego reactivarlos, una vez iniciado el pago de las cuotas más un monto especial por la suspensión. Cuando vi los precios comprendí que no había ninguna posibilidad. Ya sé que cualquiera habría firmado de todos maneras, pero mi expediente urbano condensaba, por culpa de la edad, mi tendencia a la inactividad y al fracaso ocupacional, lo cual era una mancha muy difícil de cubrir para un puesto de trabajo. Los de V.I.P. sabían eso, y su ofrecimiento era más que nada para amarrarme a ellos, pues la ley estipulaba que en caso de incumplimiento de contrato la persona en cuestión pasaba a la categoría de "entidad", lo que les daba cancha abierta para usarme como cárcel portátil para

reflejos renegados o extracción de neuronas y experimentación virtual.

Así que sólo tendría un par de meses para decidir a quién borrar y sobre todo establecer por qué. Lo que me estremecía era que independiente del léxico utilizado yo iba a matar alguien de mi propia familia. No iba a liquidar programas semánticos. Iba a destruir a mi esposa, a mi hija, y a Mauro. No me preocupaba perderlos para siempre. Eso ya había ocurrido muchos años atrás, independiente que ya estuviesen cremados y esparcidos por el viento. Aquello era tan irreal como su condición actual, sólo que es más difícil lidiar con alguien vivo que con un muerto. Y ellos vivían. Tenían sus trabajos, sus esperanzas, sueños o sentimientos de una forma que el tiempo no podría repetir y menos poder emularse, por más que los de V.I.P. me garantizaban que una copia en suspensión volvería a ser igual después. Pero nada había sido igual. Se suponía que los reflejos no podrían ser mejores y distintos de sus modelos. Y sin embargo, en el mundo de V.I.P. mi esposa era una mujer sana y feliz. Anita, una pequeña artista en permanente afirmación. Mauro, camino a su rehabilitación...

–Mire, entiendo que usted no se haya enterado de los detalles de la compra del sistema, pero todo está en el contrato que firmó su esposa. Este especifica claramente que la interacción de los reflejos tiene un costo y que se cancela mensualmente.

–¿Y cuál es la gracia entonces del sistema? Si uno tiene que pagar de por vida para mantener a otro vivo, es casi lo mismo que cuando se está vivo...– ni yo sabía lo que estaba alegando. El hombre me miró con lástima.

–Los reflejos son seres vivos. La gente olvida ese detalle. Cree que son proyecciones de sí mismos que pueden olvidar mientras otros se encargan de sus vidas. Eso es lo que hacemos nosotros. Financiamos sus vidas, precisamente

porque están vivos, más allá que en términos prácticos sean complejos sistemas orgánico-digitales. Pero no olvide que ellos piensan, sueñan e interactúan con el mundo que nosotros emulamos para ellos. Y alguien tiene que pagar por eso. No somos Dios.

Su discurso era claro y firme. Tuve la sensación de que lo había pulido con el tiempo, aplacando los alegatos de quizás cuántas otras personas envueltas en el mismo problema. No sólo carecía de dinero suficiente en ese momento. Seguía en categoría de no-empleo y aquello podía durar demasiado tiempo. Aquello significaba no poder disfrutar de un trabajo, ni tampoco poder acceder a uno. Cuando alguien no encontraba trabajo en un plazo determinado se le consideraba como no apto y tenía que abandonar la búsqueda para darle la oportunidad a otros que no estaban aún en esa categoría. Era una forma de controlar ordenadamente la tasa de cinco millones de desocupados que había siempre en el país, de la cual formaba parte ahora.

No me quedaba más que acatar lo inevitable.

–Hay algo que me gustaría saber. ¿Cómo borran ustedes a los reflejos?

–¿Cómo así?

–Es decir... ¿apagan el sistema y nada más? No sé, meten un virus...

–No, no. A ver, no es tan fácil. El reflejo tiene su propia actividad neural y ésta es capaz de resistirse al desmembramiento digital. No puedo darle los detalles técnicos de cómo se disuelve el reflejo, sólo le puedo decir que antes que ocurra le provocamos una reacción emocional que disminuye su resistencia al proceso de borrar.

–No entiendo. ¿Acaso le dicen al reflejo lo que le va a pasar?

–No exactamente. Lo que hacemos es manipular su entorno virtual de tal modo que su vida se vaya desmoronando para así provocarle una baja en sus patrones psicossomáticos.

–¿Patrones psicossomáticos?

–Claro. Su hija, por ejemplo era dentro del sistema una holoescultora con buenas críticas y ventas interesantes. Antes de borrarla insertamos dentro de su conciencia un programa que disminuyó su capacidad para evocar imágenes pictóricas. Su hermana se quedó, literalmente, sin capacidad ni fuerzas para delinear un rostro o un perro. A ello se le sumó el aumento artificial de críticas desfavorables y claro, las cuentas no se pagan solas.

–¿Qué pasó entonces?

–Bueno, lo mismo que en su vida real. Se suicidó.

No podía creerlo. Entonces, no borran a los reflejos. Se dedicaban sólo a liquidarles sus vidas, empujándolos a la conclusión destructiva e inminente. Perdí la compostura. Hijos de...

–Cálmese. No todos siguen el mismo curso. Aplicamos eso con su hermana porque lo reflejamos de su vida real. Algo de eso también pasó con el niño. ¿No falleció de una afección cardíaca? Bueno, sólo aceleramos el proceso natural, eso es todo.

Aquello sí tenía sentido.

–Con su esposa podría pasar lo mismo. Podríamos reactivar su antiguo tumor y doparla con morfina par que muera en el sueño. Luego procederíamos a cremarla y *esparcir sus cenizas*, que en nuestra jerga significa disolver la información digital. Es más fácil borrar entidades microscópicas que un sistema humano entero. Pero insisto, es una posibilidad. Aunque debo decirle que en su reflexión ella ya generó un tumor. Eso me hace pensar que dicha enfermedad es algo que ella lleva consigo, irremediamente. O bien, es producto de una situación emocional. Como usted debe saber los reflejos generan comportamientos y actitudes similares en sus ambientes digitales. Si su esposa tuvo un tumor en su vida real producto de una situación x, puede repetirlo siendo reflejo.

Me estremecí.

-¿Puedo ver una simulación de eso?

-Me parece que ya la vio morir ¿verdad?

-No, no la vi cuando estaba en agonía. Yo... no estuve ahí.

-Lo siento. Bueno, pero su situación puede cambiar... Como decimos aquí, un reflejo debe estar seguro de que todo termina alguna vez. Si no la vio morir en vida real, tiene la oportunidad de verla como reflejo. Es prácticamente lo mismo. Y si se esfuerza puede recordar ese momento como algo real que pasó.

Tenía toda la razón, como de costumbre. Volví a sentirme perplejo y derrotado, pero duró muy poco. De pronto sentí que lograba asimilarlo. Como que al fin lograba entender la finalidad última de cada muerte. Pensaba en los reflejos, en esas "vidas" digitadas pretendiendo significar algo. Como el falso amor, como el mundo de allá afuera, no podían ir hacia mí para convertirse en símbolos. No podían "vivir" si ya estaban muertos dentro de mí.

Sólo quedaba una cosa por hacer. Un último reflejo de la vida.

* * *

Las horas pasaron lentamente. Hacía rato que su cuerpo no era más que un desecho. Me acerqué todo lo que pude a ella y memoricé el hedor enfermizo de su carne pudriéndose en la habitación, esperando que la misma carne resucitara alguna vez, quizás en el eterno retorno de las experiencias humanas. Su cuerpo seguía sobre la cama mientras el conjunto de máquinas y sistemas seguían monitoreando su lenta agonía. Sus brazos ya tenían manchas violetas y sus manos se cerraban en puños, densamente oscuros. De tanto en tanto me gustaba levantar las sábanas y acariciarle sus piernas frías, completamente inmóviles. Y sólo habían pasado unas siete horas. ¿Cuánto más tardaría en morir? ¿Cuánto había tardado la primera vez?

Supe de la noticia gracias a la Anita, pero jamás llegué a la clínica. No tuve el valor para verla. Nunca supe por qué. Quizás porque sabía que ese tumor era una proyección maligna de mi propio ser. Nunca en realidad pude entender la razón para abandonarlos a todos, como si su mera existencia fuese una afrenta para mi propia vida. Es tan extraño. ¿En qué momento nos convertimos en reflejos de algo que fuimos? O bien, ¿cómo hacemos para volver a recuperarnos?

Tenía las respuestas. Una por una. Ya no me era difícil aceptar que de una forma u otra yo era el responsable de la muerte de todos. Así lo creí en su momento y así necesitaba creerlo ahora. Ahí estaba la lógica implacable para borrar los reflejos. Podía irme a casa con la certeza de que yo había destruido a toda la familia, y de que nadie más que yo podía soportar esa responsabilidad. Supongo que la necesitaba. Por eso debía borrar a todos. Debía sentir que su muerte era algo que sólo podía provenir de mí. Y mientras los ojos de Graciela, mi mujer, fallecían lentamente, mientras el aire que salía de su boca era la única señal de que aún estaba ahí, mi mente grababa cada detalle e imagen para revivirlas todo el tiempo posible, todo el tiempo necesario para sentirla en su hora final.

Cuando ocurrió sólo pude tocar mi sien y salir de ese universo de certera irrealidad. Volví a mi hogar, donde no me esperaba nadie, y donde tampoco habría alguien alguna vez. Y eso tampoco era algo distinto o inesperado. La sociedad decadente tiene su lógica absurda que contribuye a la normalidad. Lo normal era abandonar todo, incluyendo a mí mismo.

Así que este reflejo humano vuelve a su casa, cierra la puerta y espera con calma. Abre los ojos y los vuelve a cerrar. Duerme un poco, más tranquilo, pues algo es seguro:

Todo termina alguna vez.

© 2003, Pablo Castro Hermosilla.

LOS QUE NO VUELVEN

por Gabriel Mérida

Esta mañana he visto desde cubierta las naves voladoras. Iban a proveer a otro de los barcos dispersos por el mar. Amanecía entre los picos azul oscuro de la Cordillera de los Andes. Todas sus altas laderas negras caían de lleno sobre el rojizo océano Pacífico. Las naves aparecieron por el sudeste, acercándose cada vez más, dejando una estela sonrosada entre las nubes. Cuando pasaron sobre nosotros moviéndose hacia otras ex-ciudades al norte, el sol les dio de pleno, encendiéndolas como veloces pájaros de fuego. Como un ave Fénix, habría pensado, si no fuera porque aquí no hay ni siquiera cenizas de las que algo pueda renacer.

Llegué al barco Santiago Centro justo para cumplir 40 años. Mientras celebraba solo, mis ex-compatriotas bajaban con sus trajes de buzo desechables a dar una vuelta por las calles sumergidas de la ex-capital. Ex-Santiago de Chile. Esa tarde, conocí a Lucía. “La vida comienza a los

cuarenta” me dijo. Ella tenía dos años de vida y era la única persona sobre el barco de menos de 50 años, aparte de mí. Tenía el pelo negro liso y la chasquilla horizontal sobre su frente la hacía parecer algo menor que yo. Gran sonrisa y ojos melancólicos, todo a la vez.

Hoy he visto a otro de los que no vuelven del paseo submarino. Ha sido muy breve: el océano pintado de rojo, calmo como siempre, y de súbito un montón de burbujas agitando un punto lejos del barco. Quizás se ha tratado de alguien con quien he hablado en estos días. Es extraño que la muerte no dé más que esa señal: burbujas llevándose el último aliento y quizás las últimas palabras de alguien



© Sergio Alejandro Amira

ha decidido no volver a la superficie.

Los viejos se han tomado más de cien fotografías contra la cordillera. Es el encanto del absurdo. Hace veinte años, entre esas montañas y el mar había un delgado país con casi veinte millones de habitantes. La población actual es de unas quinientas personas, repartidas en veinte barcos a lo largo del ex-territorio, cada uno anclado sobre una ex-ciudad.

Esta fue la explicación que le di a Lucía: imagina que eres un niño de seis años, y al lado tuyo, en la playa, tu primo con el que no te llevas ni bien ni mal comienza a construir un castillo de arena. Pasan los minutos y se forman las torres y los muros, y las conchas marinas decoran el portal, y una caracola carmesí se sitúa sobre la cúpula más alta. Tu primo sonrío al terminar su hermoso castillo, alto y firme y aparentemente tan sólido. Mientras llama a tus tíos para que lo vean, en lo que menos piensa es en la ola que viene junto con la marea de la tarde para transformar todo en barro otra vez. Tu primo llora, sus papás lo levantan y lo consuelan. Como el castillo no es tuyo, tú no sientes nada.

El cataclismo fue entre mayo y agosto del 2009. Yo fui de los primeros en partir. A mis diecinueve años no me importaba mucho que un país se hundiera en tres meses si eso significaba la oportunidad de estudiar en Nueva York. ¿Qué era Chile? ¿A quién le importaba? Era impresionante, claro está, pero ya había ocurrido en Filipinas y Madagascar. Con la plata del subsidio dejé a mis padres bien instalados en Madrid, lejos de cualquier playa. Ahora que reabrieron hace un año el mar territorial, simplemente me di cuenta de que los pasajes no eran caros. Es decir, no eran tan caros. Haciendo un pequeño esfuerzo, podía pagarlos.

Esta mañana Lucía ha entrado a mi cabina, camarote o como se llame.

–¿No era anoche tu turno para bajar? –me ha preguntado.

–Me quedé dormido temprano.

Aunque no ha dicho nada, me he sentido como si tuviera que defender mi historia.

–No soy el único. Mucha gente pierde su turno. Me tocará de nuevo en tres días.

–Tú lo has perdido ya tres veces con ésta.

–Siempre ha ocurrido algo. Imprevisiones. ¿Cuántas veces has bajado tú?

–Unas cinco. Nunca llego muy abajo, eso sí. Le tengo miedo a la descompresión...

–¿Bajas y no llegas a la ciudad? Entonces, ¿por qué lo haces?

–Las ruinas no me interesan. Me interesa el lugar.

Como se ha acercado, he aprovechado para tomarle una mano.

–¿Aún no entiendes por qué estoy aquí, cierto? –me ha dicho, retirando la mano sin enojarse. Sin mirarme.

–Ni siquiera entiendo muy bien por qué estoy yo. ¿Hoy me vas a contar?

Ella ya ha llegado hasta la puerta y la ha abierto.

–Después. Te lo prometo.

De noche las sillas de playa emergen del piso de cubierta. Los androides nos sirven todos los tragos chilenos que pidamos. Es parte del paquete. Los viejos suben y comienzan a charlar. Lucía y yo les llamamos la atención al principio, por nuestra "juventud". Cuando vieron que no recordábamos mucho del Chile del siglo XX, nos ignoraron amablemente.

–El 2010 era el bicentenario... –comienza a decir Menque mientras yo miro mi vaso. Es vino tinto, hecho con uvas del valle de Aconcagua. Sólo que esas viñas llevan veinte años hundidas; este vino es una cepa genética. ¿O se dice clonada? Como sea, es artificial. No entiendo nada de biología, pero el vino de todas maneras es bueno. Muy amargo.

Lucía alterna su mirada entre el océano y yo. Los viejos han elevado el tono de voz. Al

parecer Ruiz, el autoflagelante, de nuevo está discutiendo contra la idea de país que defiende Menque, el auto-complaciente.

–...una ciudad abrumadora y opresiva, la más contaminada de Sudamérica y con la mayor cantidad de enfermedades mentales del hemisferio. Con razón todos los que podían viajar se iban y no volvían...

El capitán, un hindú alto y elegante, se une a la conversación para cambiar los ánimos. Le pregunta a Lucía algo que no escucho.

–Deberíamos haber hecho lo que los japoneses –responde ella. Los demás se calman.

–Nosotros no teníamos tanto dinero como para comprar una de las islas recién emergidas –le contesta Menque. A él, desde ese día, no lo he vuelto a ver.

* * *

–¿Escuchaste lo que decían anoche? –me pregunta Lucía mientras miramos el mar. Es alrededor de las tres de la tarde. Los viejos duermen la siesta, y la tripulación robot del barco está buscando en el agua señales de los desaparecidos en la mañana. Son dos, y ya encontraron la mascarilla de uno.

–No anoche. Pero la escuche después de llegar. Lo mismo de siempre, ¿no?

–Claro. Viva-Chile contra No-me-importa-Chile. Sólo que pensé... –duda un momento. El viento le desordena la chasquilla pero no altera su sonrisa suave ni sus ojos tristes-. Pensé que si los no-me-importa se quejan tanto... ¿Qué están haciendo acá?

–Yo también lo había pensado.

–Claro, pero lo más extraño es que los viva-Chile no lo piensan nunca. O por lo menos nunca le hacen esa pregunta a los no-me-importa.

Uno de los androides azulados encontró la otra mascarilla. Eso significa que los dos desaparecidos se han suicidado, y que ya pueden volver al barco. La gente viene acá a morir, y a

los que siguen vivos no les importa. O si les importa, no lo dicen.

–Yo creo que sí lo piensan, Lucía. Pero no pueden usar ese argumento. Es como una palabra prohibida en el juego.

Cuando vuelven los androides y le dan el informe al capitán, alcanzo a escuchar el nombre de Menque.

* * *

Ruiz me ha hablado hoy día. Me ha preguntado sobre mi familia, sobre mi vida, sobre los veinte años que llevo fuera. Le he dicho que vivo en Nueva York. No le he querido contar mucho más, no sé por qué. Le he explicado amablemente que prefiero no decir mucho, y él me ha contado que con todos pasa lo mismo. Nadie habla mucho sobre su vida en el mundo. Todos los que tienen su edad (o sea, todos excepto Lucía y yo) prefieren recordar su vida en Chile.

Me he ido a la cama con la imagen de Ruiz. Su rostro arrugado, sus ojos azules y grandes, y su boca temblorosa preguntándome: “Pero tú tienes familia, hijos, una vida, ¿cierto?”

* * *

En la tarde refrescó un poco, pero la noche es calurosa y tranquila; todo el mundo está en el lado este del Santiago Centro, mirando la cordillera pintarse de negro, recortándose contra las estrellas. Lucía y yo, del lado oeste, hemos preferido mirar hacia el resto del Pacífico.

–Estás esperando que te cuente, ¿no?

–Me lo prometiste.

Ella espera que el androide le sirva su tinto (cepa genética original del valle del Maipo) antes de comenzar a hablar.

–Federico era mi novio en ese tiempo. Era una relación bastante feliz y perfecta. Tú sabes como son las cosas a los 21 años. Cuando los geólogos dijeron que en Chile también habría deslizamiento de placas, él supo que sus padres

no partirían. Se quedó con ellos. Fue una de las 7.438 personas que se negaron a trasladarse. Yo viajé a Italia, me sentí muy triste por dos años, luego logré olvidarlo. Volví a vivir, me casé y formé una bella familia.

Comienza a dudar, como si lo anterior lo hubiera recitado miles de veces y lo que viniera ahora lo estuviera recién redactando.

–Cuando supe lo de la reapertura, bueno... me hizo mal. Tuve una pequeña, digamos, crisis. Lo hablé con todos, y fui a ver a una psiquiatra. Primera vez en mi vida. Ella me aplicó el nuevo test cerebral. Poder ver tus sueños. Yo nunca soñaba... eso creía, pero ella me mostró que sí lo hacía. Resultó que soñaba con burbujas. Burbujas que salían del mar. En el mar se estaba hundiendo Federico, y yo saltaba al agua para morir con él.

Las luces de los otros barcos, el Florida al sur y el Maipú al oeste, se reflejan en sus ojos negros, como las estrellas en el océano.

–Había soñado con eso durante veinte años.

* * *

Ruiz se puso hoy su traje de buzo. Le echó una mirada al capitán y a los otros que esperaban su turno. Yo vi sus ojos azules detrás de la mascarilla. Era extraño: sin el marco de las arrugas y los lunares, se veía que eran ojos de adolescente. Pero de adolescente con depresión. Eran ojos tristes. Luego se lanzó al agua y no volvió a subir. Nadie vio sus burbujas. Los androides no hallaron su mascarilla.

El capitán del barco es el único miembro humano de la tripulación, y eso a medias. He descubierto que su pierna izquierda es de metal y plástico verde. Los ex-chilenos viejos hablan con los ex-chilenos viejos. Como yo no sé ex-qué-diablos soy, y no he visto a Lucía, hablo con él.

–Balance del día dieciocho de septiembre
–me explica después de transmitir al La Serena

y al Concepción–: bajan veinte, vuelven siete. Esta es una fecha especial, parece.

–Fiestas patrias –le explico–. Aniversario de la independencia.

–Por supuesto. A propósito, no se lo tome mal, pero... la dama joven que lo acompañaba no ha vuelto.

–¿No? –Me siento extraño por un segundo. Recuerdo la sonrisa de Lucía. Siempre sonreía, pero siempre estaba triste. Recuerdo el castillo de mi primo. Como no es tuyo, no sientes nada–. Algún día tenía que ocurrir, creo.

–Así es. Mire, para mí todo esto es... Ya he sido capitán en Japón, en Madagascar, en Filipinas... Es siempre lo mismo. La amargura, los viejos, los que bajan una y otra vez a ver la ciudad hasta que la tristeza los deja allá abajo. Los jóvenes como ustedes también se repiten.

–¿Sí? ¿Entonces por qué no me dice qué va a pasar ahora?

–Yo creo que usted lo sabe.

* * *

Las naves voladoras pasaron de nuevo esta noche, esta vez rumbo al sur. Lucía está muerta y nunca las vio, pienso. También pienso que en la oscuridad, sin el sol, no son tan bellas. Y pienso: aquí no hay ni siquiera cenizas de las que algo pueda renacer.

Esta mañana el capitán me ha dado el permiso. Antes de hundirme lo miro, y me pregunto si él ve en mis ojos lo que yo vi en los de Ruiz. ¿Quién habrá visto los ojos de Lucía?

No nado. Sólo dejo que los plomos me arrastren. Contemplo el paisaje. Los cardúmenes serpentean entre las avenidas. Los corales se juntan alrededor de los automóviles. Los grandes edificios están todos derrumbados y las algas asoman por sus ventanas. Una sinuosa línea verde a los lejos debe ser el río Mapocho, que cruzaba la ciudad. Todo esto se ve claro desde arriba, pero mientras descendo la luz de la

mañana se pierde.

Cuando por fin toco el suelo, me doy cuenta de que estoy en la Alameda. Con mi linterna algunos vidrios brillan, algunas casas me muestran sus interiores llenos de peces. Ruiz tenía razón. Ahora recuerdo lo plomiza y abrumadora que era esta ciudad. Sin embargo aquí estoy, pensando en qué palabras decir para que las burbujas se las lleven al cielo.

Mientras rompo el tubo de oxígeno, un destello en lo alto me llama la atención. Es el cerro San Cristóbal, casi el centro geográfico de la ciudad. En su cima, cercana a la superficie, la antigua Virgen brilla con los rayos del sol. Las burbujas tapan todo de repente, pero la lejana estatua blanca parece... parece un hermoso pájaro de fuego.

© 2003, Gabriel Mérida.

Sobre el autor: Gabriel Ernesto Mérida Fuentes nació en Arica en 1982 y reside en Santiago desde el 2000 cuando ingresó a la escuela de Periodismo en la Universidad de Chile. El año 2002 obtuvo el segundo lugar del concurso de cuentos de ciencia ficción del fanzine *Fobos* con el relato *Para no estar solos*.

YGDASIL

por Jorge Baradit

<<Guiamos el desarrollo de la Web con sentido estético.

Planeamos el desarrollo de la Internet como una copia de la particular estructura neuronal de un santo.

Cada nodo incorporado diariamente es una letra del conjuro definitivo. Y cuando la última palabra sea agregada, el altísimo tocará esta obra de sacra artesanía con su dedo hirviente y se alzarán viva, cantando una letanía electrónica en nota sol, levitando sobre las cabezas de los hombres.

Todas las mentes se sincronizarán a través del tono transmitido desde el cielo y serán infectados de amor a Dios. El alma de la humanidad emergerá y se hará carne y cable como gran insecto elevándose en una sola mente, cantando oraciones en código binario plenas de señales montadas en frecuencias standard, transmitiendo el infinito rostro de Dios directamente a la corteza cerebral.>>

-Transmisión pirata emitida a fines del siglo XX en la forma de un virus informático para usuarios. El contenido fue decodificado, por error, sesenta años después-

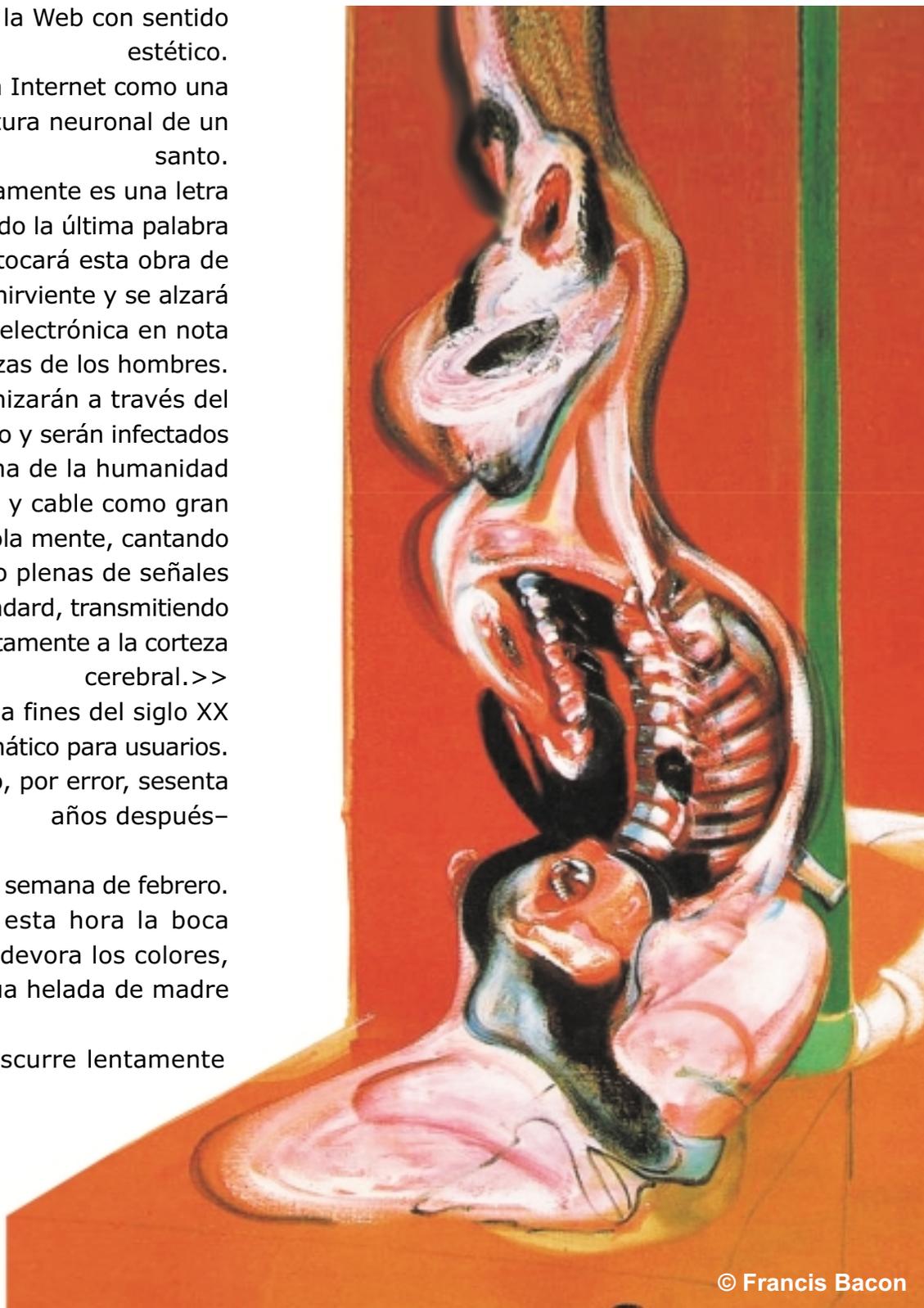
Es el atardecer de la segunda semana de febrero.

Como todos los días a esta hora la boca monstruosa de la Coatlicue devora los colores, la luz y el calor con su lengua helada de madre terrible.

La vida del planeta se escurre lentamente por el oriente.

* * *

Un nahuatl mira hacia el cielo con melancolía. La noche derrama sus negras lágrimas sobre el cielo de



© Francis Bacon

México y los engranajes del calendario celeste sólo le confirman, con su caligrafía congelada, lo que su estirpe sabe desde hace décadas: la matemática tropezó consigo misma, los números comenzaron a fallar, la realidad está muriendo.

A sólo unos kilómetros de ahí un hombre pintado de azul araña la tierra con sus gemidos, arrastrándose dolorosamente por el centro geométrico del desierto de Sonora.

Lloran todos los médiums en 800 kilómetros a la redonda. Hacia donde miran ven de frente el rostro del doliente que se arrastra. Pareciera ser el espíritu del desierto que muere, saliendo a jirones por la boca del desgraciado en la forma de cuchillos kirlian y frecuencias electrónicas desgarradoras. Los aullidos del hombre pulsan como una inflamación en los scanners. Son rítmicos a la manera de un código o una serie matemática, espasmos binarios de dolor digital. Estridencia astral que copa los receptores de microondas y que ha mantenido despierta a la unidad del ejército mexicano "Iztacuauhtli" toda la noche frente a los monitores.

1. RAMIREZ

-¡Quiero la ubicación de la fuente de las anomalías y la quiero ahora!- gritó el comandante Ramírez. Llevaban horas recibiendo reportes acerca del extraño comportamiento de la realidad en distintos Estados de la Federación Mexicana. Pronto el Ministerio del Interior comenzaría a hacer preguntas para las que no había respuestas. Además, todos conocían la difícil situación que atravesaba el militar. Los técnicos del Departamento de Estado habían descubierto que, en una de sus vidas pasadas, Pablo Ramírez Escobar había sido un asesino a sueldo. También habían conseguido rastrear hacia atrás un componente de su estructura psíquica hasta una mujer que había exigido a gritos la Crucifixión. La Iglesia, políticamente muy poderosa, vetaba secretamente ese tipo de nexos escandalosos y

las instrucciones del gobierno eran claras al respecto desde hacía varios años, "Sólo almas nuevas o de probada pureza pueden acceder a los puestos de poder".

Ramírez era un animal en extinción, desesperado por justificar su existencia en una sección perdida al fondo del escalafón militar mexicano. Lo que menos necesitaba eran problemas. Había trepado desde el fondo de la carrera militar con mucho esfuerzo, sin apoyo y a base de grandes sacrificios. Sumiso hasta la humillación con sus superiores, soñaba con las balas que reservaba para cada uno de ellos, guardadas en el fondo de su corazón como el veneno de una araña pequeña, acurrucada en un rincón esperando su momento.

-Si no tengo el informe en 5 minutos voy a comenzar a cortar cabezas - gruñó.

-El informe aún no está completo, señor... La zona está muy inestable y las comunicaciones se cortan con facilidad. P... pero podría leer el boletín preliminar... señor -dijo un operario, muy nervioso. Ramírez hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza y el subalterno comenzó a leer.

-El grupo 3 informa que, pasadas las 4 de la madrugada, hizo contacto con la fuente de las anomalías. "Nuestro grupo estaba compuesto por dos sargentos, una médium, dos niños y tres perros implantados para búsqueda. En las coordenadas adjuntas encontramos un fenómeno inesperado..." -el subalterno se detuvo y miró a Ramírez-. El detalle indica que hallaron algo que definieron como un "transpuesto", señor. Una malformación difícil de explicar. Un hombre agónico con su alma "desplazada". Su existencia se encontraba "traslapada" entre su propio cuerpo, un cactus, una roca y una rata. El resto trataba de "aferrarse desesperadamente a la realidad, siendo succionada a jirones por la nada", dice textualmente. Los perros se pusieron histéricos y lo atacaron con furia. Los sargentos intentaron accionar sus limitadores pero los

perros habían enloquecido y tuvieron que matarlos. Los niños no han vuelto a controlar sus esfínteres desde entonces y la médium... bueno, ella murió al cabo de unos minutos y un equipo trabaja para determinar a la brevedad el paradero de su personalidad original. Ella maneja información clasificada y determinar la identidad de su siguiente reencarnación nos es prioritario.

Ramírez mantuvo la vista en el suelo. La situación era un completo desastre. Si se administraba con astucia no había nada mejor que una crisis para trepar posiciones.

–¿Alguna información sobre la procedencia de esta anomalía? –preguntó distraídamente.

–No, señor. Excepto una marca en su tobillo izquierdo. “Sujeto de prueba N°21”, señor.

Ramírez se mordió repetidamente el labio inferior.

“Pruebas extranjeras en suelo mexicano con tecnología desconocida. Una grave amenaza sobre suelo patrio”, pensó.

–Perfecto –murmuró, y no pudo evitar una sonrisa.

2. MARIANA

Ella.

Ella crucificada y toda la humanidad naciendo violentamente entre sus piernas, como una multitud buscando comida.

El parto sangriento de toda una especie.

Ella como mater dolorosa de miles de Cristos, arrojados al polvo aullando, envueltos en placenta, amarrados de pies y manos, sanguinolentos después de atravesar la matriz erizada de púas de la Reina de la Colmena.

Ella clavada a los meridianos y auscultada desde adentro por insectos electrónicos.

* * *

–¡Ayúdenme! –gritó Mariana cuando abrió los ojos.

Sudaba copiosamente.

Siempre era lo mismo, soñar horrores y despertar asustada. Temblando, aferrada a imágenes horribles que retrocedían demasiado lento de su memoria cuando reingresaba a la realidad. Infierno personal. La muerte diaria cocinada en el óxido de la droga.

Siempre cansada de constatar que seguía viva, que tendría nuevamente que luchar para levantar su cuerpo adolorido de miembros hinchados, de olores avinagrados. Hediondez de resurrección.

Pero esta vez las cosas eran bastante distintas. Para su sorpresa, no despertó en su horrible cuartucho de las afueras de Puebla, esa celda de tres por dos metros contigua a otras de igual tamaño, habitadas por despojos humanos tan patéticos como ella misma y administrada por un matón que cobraba dos monedas por día a estos animales que noche a noche llegaban arrastrándose hasta su puerta. Celdas llenas de cucarachas y pulgas, hediondas a mierda porque casi todos eran adictos al “maíz”, droga que relaja los esfínteres y te deja tan agotado que después no tienes fuerzas para limpiar la inmundicia.

Esta vez despertó en una pulcra cabina de sueño, bastante lujosa, de esas instaladas bajo las aceras en el centro de ciudad de México. No se había orinado y estaba recién bañada. Miró en torno a ella los blancos cojinetes de espuma, las gavetas llenas de objetos olorosos. Sonrió, entre feliz y sorprendida. Entonces comenzó a recordar poco a poco.

Estaba en un callejón vigilando al tipo que le habían encargado liquidar. Era un traficante de “maíz” que se había metido en el territorio del “guajolote”, un mafioso que controlaba su imperio desde una enorme tina de baño llena de agua de mar. Había pedido que fuera Mariana, específicamente, la que se encargara del entrometido. No podía dar una mala señal a su competencia y la “chilena” era famosa por su

crueldad en el arte de matar. Sería una buena advertencia para todos.

Llevaba dos días siguiéndole los pasos al traficante y había decidido que esa sería la noche del sacrificio.

Los efectos de las anfetaminas habían comenzado a agudizar los ángulos de su visión de gato y las manos se crispaban sobre sus cuchillos. La adrenalina subía a medida que el traficante se acercaba al callejón sin advertir al terrible animal agazapado que, erizado de garras metálicas, esperaba ansioso abrirle las carnes.

De pronto, Mariana sintió un dolor agudo en el cuello. Instintivamente se llevó la mano al lugar y recogió una aguja, un mareo la invadió y al minuto siguiente observaba a 3 metros de altura lo que le ocurría a su cuerpo abajo en el callejón. Había sido "dividida" químicamente.

Tres furgones militares sin marcas llegaron velozmente al lugar. Un equipo de enfermeros descendió de ellos, la desnudaron y fue sacada rápidamente de ahí casi sin ruido.

A partir de allí su memoria se convertía en retazos nebulosos de eventos inconexos: Un hombre bajo, de rasgos nahuatl, muy agresivo, de apellido Ramírez. Algo sobre un "transpuesto"; un encargo, el gobierno muy preocupado, amenazas... muchas amenazas. Ella vomitando, un golpe seco en la cara, un grito que le partió la cabeza; pero sobre todo la luz. Había demasiada luz.

Intentó recordar algo más pero le resultó imposible. Miró a su alrededor buscando la puerta de la cabina. Se palpó los costados y descubrió que le habían quitado sus cuchillos. Abrió las gavetas buscando algo que pudiera usar como arma, pero sólo encontró cremas y polvos cosméticos. Se sentó con las piernas cruzadas intentando pensar, sacudió su cabellera negra cortada a tijeretazos, como queriendo limpiarla de estática, suspiró y se decidió a salir. La precaución con que abandonó la cabina era

mecánica. Años de vivir tanteando el suelo y oliendo el aire de la jungla urbana, siempre cazador y siempre presa. Aunque esta vez se sentía más tranquila, sabía que si la hubieran querido juzgar ya estaría tras los barrotes de la cárcel de Oaxaca, y si la hubieran querido matar ya sería polvo disperso en algún suburbio de esta enorme costra metálica, ingobernable y llena de laberintos.

Subió la escalinata metálica que conducía hacia la calle con aparente relajo. El sol la encandiló suspendido ahí a medio camino de su muerte contra el horizonte de edificios. Reconoció el pasaje Motolínia, a sólo unos metros del Zócalo y en pleno centro histórico de Ciudad de México, corazón de la enorme megápolis que se extendía a kilómetros a la redonda sobre el antiguo lecho de un lago, el Anáhuac de los aborígenes. Ahora no era más que otra mala copia hipertrofiada de las megápolis europeas de antaño, un quiste extraño en el costado del continente.

México City, la "costra" le decían con desprecio. Desde el cielo se ve como una monstruosa ameba metálica engarfiada a la tierra como un parásito gris, emanando calor y mucho ruido electrónico. Las carreteras que se entierran en sus costados no cesan de inyectarle vegetales, trozos de animales, madera y combustibles que la ciudad devora y degrada generando más y más calor. Una reina monstruosa y obesa, incapaz de moverse, voraz e insaciable, sudando y defecando sin parar.

Entre los racimos de millones de seres humanos que se mueven en esa caldera, que mancha como un punto rojo sangre los mapas termales de los satélites, estaba Mariana, mirando a su alrededor la incesante actividad de la media tarde en Ciudad de México. Intentando entender todo lo que estaba ocurriéndole.

No podía recordar casi nada.

–Putá la huevá rara –murmuró rascándose la cabeza, sólo para descubrir pequeñas marcas

de sutura en la zona de su parietal derecho, "¿implantes?", pensó con horror.

–Debes ponerte en camino, la operación comenzará dentro de unos minutos– sonó la voz imperativa de Ramírez dentro de su propia cabeza, como un cuchillo hundiéndose en su masa encefálica.

–¡¿Quién los autorizó a implantarme, hijos de la chingada?!! –gritó la mujer tomándose la cabeza con las dos manos. El dolor entraba como un clavo a través de su cráneo.

–Tranquilízate. Somos el gobierno de México. Busca nuestras instrucciones entre tus recuerdos recientes.

–¡Pero si no soy nadie! –interrumpió. No entendía por qué el gobierno podía interesarse en ella. El gobierno prefería matar a la gente como ella en espectaculares purgas transmitidas en directo por la televisión.

No era más que una asesina de barrio miserable, el último depredador de la escala alimenticia. Mariana, la "cortapicos", la "cuchillo", la "chilena". Evitaban verla cuando cruzaba la calle como un espectro doloroso y la mirada extraviada, a veces aún manchada con la sangre y el hedor de su último trabajo.

–Revisen la intensidad de la frecuencia... –escuchaba a lo lejos la voz de Ramírez hablando con sus técnicos. Qué tenía que ver el gobierno con ella, si era sólo un animal salvaje que mataba para drogarse, mientras esperaba desaparecer cualquier día, en cualquier esquina de esta Babilonia monstruosa tejida estrato sobre estrato con metal, fibra óptica y huesos humanos.

Ella, la "cortapicos". Mataba sólo hombres en un ritual que ya era leyenda. Lloraba mientras despedazaba a sus presas.

–A unos metros te espera un automóvil blanco, ¿lo ves? Ahí encontrarás todo lo necesario para infiltrarte en tu objetivo. Deberás interceptar las cifras del Banco de México y analizarlas antes de la medianoche –la voz le reventaba los globos

oculares, sentía claramente las uniones de su cráneo como cordones de fuego–. No debes fallar o morirás –cada palabra le producía el mismo efecto que golpes directos al mentón. Y la náusea.

Se sentó en el borde de la acera. No entendía nada.

–Están equivocados. Yo soy nadie... me duele tanto –murmuraba con los ojos apretados y llorosos, confundida por las voces y el dolor de su cerebro inflamado–. ¡Déjenme ir! –gritó.

–Cálmate, al parecer hay un problema en tus implantes de comunicaciones. No entres en pánico.

Mariana se puso bruscamente de pie –¡Déjenme en paz!–, gritó e intentó caminar, pero cayó de bruces, desmayada contra el concreto de la calle. La gente sólo esquivó ese bulto en su camino, nadie intentó socorrerla, nadie prestó atención tampoco a los vehículos que llegaron y a los soldados que se la llevaron. No era anormal un espectáculo de ese tipo en las calles de México.

Ella.

Ella dentro de ella, luchando por no ahogarse en oscuridad líquida. Enredada en sus intestinos, atrapada dentro de su cráneo.

Cuarenta Marianas amarradas dentro de un saco que cuelga de su propia columna vertebral.

Despertó muy confundida dentro de un vehículo de seguridad. Miró a su alrededor y sólo vio el interior de una cabina blanca que vibraba y se inclinaba mientras avanzaban hacia un destino desconocido.

Se sentía mucho mejor, es decir, demasiado bien para una junkie de 36 años que acababa de desmayarse de dolor.

–Espero que hayas notado el cambio –dijo Ramírez.

–¿A qué te refieres? –respondió con el pensamiento, sin articular palabra.

–Que bien. Aprendes rápido, chamaca –bromeó el militar–. Tuvimos que ajustar un par de cosas en tu cabeza. Disculpa si no puedes recordar tu vida entre los 20 y 22 años, debimos eliminar experiencias incompatibles con el software de comunicaciones. Tampoco recordarás lo que significa la palabra “semilla”, ni la sensación de tocar la corteza de un tronco de pino, pero no creo que te importe demasiado.

Mariana se sentía demasiado bien. La lenta caída en el pozo de la droga–maíz termina por hacerte olvidar el significado de “estar bien” física y mentalmente. Al final te conviertes en un organismo semiinconsciente, acosado por el frío y la necesidad; con la vista nublada y todos los sentidos abiertos a la paranoia y al único objetivo reconocible entre tanta estática: conseguir más.

“Quizás me limpiaron de la adicción”, pensaba. “Quizás me inyectaron alegría química”.

–Oye, Ramírez. Creo que cometieron un error. Yo no se nada de infiltraciones o espionaje, creo que....

–Silencio –la interrumpió el militar–. Lo que tú creas no importa.

–Ándate a la mierda. No tengo ninguna intención de trabajar para el gobierno, cabrones de la puta. Ahora mismo...–no terminó la frase, algo le ocurría a su cabeza. Fue violentamente inundada con vértigo sintético, las paredes se alejaron y todo comenzó a dar vueltas; un sonido agudo se clavó de lado a lado entre sus oídos. Vomitó, las venas le estallaban, pánico, sudor helado.

–Vas a trabajar para nosotros te guste o no. Además, no es necesario que seas experta en nada, tienes la cabeza llena de chips “recipientes” capaces de alojar a los espíritus de decenas de colaboradores muertos: médicos, asesinos, ingenieros, etc. Tenemos “oficinas en el más allá”, querida. Nuestros “contactados” reclutan a cientos de espíritus, todos gustosos de cooperar

a cambio de volver a sentir el mundo, aunque sea a través de una marioneta como tú. No te preocupes, ellos harán el trabajo por ti.

El vehículo zumbaba meciendo su estructura y meciendo los órganos de la mujer que, acurrucada en una esquina, luchaba por fijar la mirada en un punto y recuperar la estabilidad.

–El grupo que escogimos para ti es particularmente eficiente. Si tu cooperación finalmente nos satisface, serás liberada, exorcizada por expertos y tu cuenta corriente sufrirá un repentino abultamiento. Con papeles nuevos y dinero podrás comenzar una nueva vida en cualquier lugar del mundo... excepto en México, por supuesto.

–La vida no es para mí –murmuró mientras se limpiaba la boca y recuperaba la calma–. Creo que dios se equivocó al mandarme para acá. Quizás soy un ángel que quería tener experiencias fuertes –sonrió con dificultad.

–Si no cooperas –agregó Ramírez, tomando un tono sombrío– será peor que morir, te lo aseguro. Terminarás tus días como una prostituta-esclava en algún suburbio inmundo de Colombia –Mariana palideció–, Mutilada, sin brazos, sin piernas, incapaz de moverte; violada 8 a 10 veces al día por vagabundos y drogadictos durante algunos años. Seis, tal vez cuatro, con suerte –Ramírez sabía que había tocado un punto sensible, la mujer estaba paralizada–. Te venderemos como a una “perra”, igual que tu madre –algo brotó frío y áspero desde su corazón para recorrer toda su piel–. Si nos ayudas, tendrás una vida de verdad. Sabemos que quieres salir de la inmundicia, además, tendrías el agradecimiento eterno del pueblo de México y de todo el mundo libre –concluyó, sarcástico.

Mariana miró hacia la oscuridad de la única ventana en el vehículo. Afuera no se veía nada, afuera no había nada. Apretó las mandíbulas e intentó controlar su angustia.

–Díganme qué tengo que hacer.

Así, mientras los técnicos le transmitían las instrucciones en código mnemónico por debajo de su conciencia, Mariana se perdía en un recuerdo al fondo de un reflejo en la moldura plástica cromada del vehículo. Ejercitaba el viejo juego de perderse en un detalle de la pared para evitar el dolor, el mandala que abría para huir de su cuerpo cuando era niña y su padre no era su padre. Los detalles juguetones en los reflejos de sus pupilas llameantes en esas noches de terror de su infancia. Puertas a través de las que entraba para encerrarse en la dolorosa fortaleza donde se congelaba de soledad.

El ruido del vehículo.

Las luces de los postes de alumbrado, pasando por la ventana como la gráfica cardiovascular de un muerto. Su corazón abandonado en un rincón, la mirada perdida, el zumbido de la información entrando en su memoria.

3. ALVARADO

Pedro Alvarado era el joven representante del pueblo para el Estado de Yucatán y celoso supervisor gubernamental de la operación que se llevaba a cabo. El y Ramírez se entendían a la perfección. Los dos eran animales medianos en la escala de poder y se ayudaban mutuamente con entusiasmo, mientras llegaba el momento de clavarse un puñal en la espalda. Hasta entonces su confianza era completa y mantenían ese puñal siempre a la vista.

Alvarado estaba cómodamente sentado en el sillón de Ramírez cuando se desplegaron los monitores que seguirían los movimientos de Mariana. Con él presente la operación se ponía en marcha oficialmente.

Su impecable imagen combinaba perfectamente con su estudiada forma de sentarse. Pierna cruzada mostrando relajación, cuerpo recostado hacia atrás para comunicar seguridad, cabeza erguida y mentón retraído mostrando

dignidad. Todo orientado hacia el centro vacío de la sala para hacer sentir su poder.

–Y dime, Ramírez, ¿cómo va el entrenamiento de Mariana? –la voz era fuerte, por sobre el volumen usual de conversación e hizo que todas las cabezas giraran hacia el militar.

–No muy bien –gruñó. Siempre se sentía incómodo ante esos manejos psicológicos, esas destrezas comunicacionales tan finas que lo sacaban de quicio. Lo de él era el grito o el comentario lacónico; la política y sus rincones lo descolocaban–. Ya hemos perdido tres días ajustando las “posesiones” del equipo. Su mente es todo un caso, aún no entiendo por qué la escogiste a ella.

–Eso no importa –murmuró– quiero saber qué le dijiste sobre nuestro “problema” –interrogó sin molestarse en mirarlo.

Ramírez miró de reojo a sus subalternos que, al igual que él, sabían que esa pregunta era humillante. Todos estaban al tanto de la información transmitida a Mariana, hacer que Ramírez la repitiera era tratarlo como a un escolar. Era decirle que no estaba seguro de su capacidad.

El militar decidió jugar este ajedrez y caminó dos pasos hacia la ventana, dándole la espalda con medida indiferencia, sabía que su gente lo miraba y no quería perder autoridad. Entonces contestó con voz fuerte.

–Ella sabe lo que el gobierno decidió que debía saber –insistiendo en la palabra “gobierno” para recordarle que los dos tenían al mismo jefe–. Pero, por si no lo recuerdas, te lo voy a repetir. Ella sabe que descubrimos un sujeto de prueba en el desierto, sometido a quién sabe qué tipo de experimento. Sabe que es una tecnología absolutamente nueva, limpia, altamente destructiva, con alcances militares insospechados que vulneran nuestro sentido de la seguridad nacional.

>>Sabe también que el “transpuesto” liberó

egos de vidas pasadas y se contaminó con esencias insostenibles, como recordar haber sido una roca y acoger esa memoria infinita. Recordar haber estado enterrado a 500 kilómetros de profundidad durante 18 millones de años no es algo que la mente humana pueda resistir sin dañarse.

>>También fue informada que la internación de esa tecnología fue hecha a espaldas de nuestro gobierno y que nuestra misión consiste en infiltrarnos en el Banco de México para seguir la única pista que tenemos: unos movimientos bancarios inusuales en torno a la importación de aparatos médicos, alrededor de la fecha en que se desataron los hechos de Sonora.

Alvarado hizo un silencio para mirar de reojo a los técnicos que aún no terminaban de conectar los racimos de aparatos que controlarían la evolución del operativo.

–¿Ella sospecha por qué la escogimos?.

–No –recalcó Ramírez con energía– y a decir verdad, yo tampoco. Todavía no entiendo por qué te decidiste por ese espantapájaros drogadicto para una operación tan relevante. Si me hubieran preguntado...

–Pero nadie lo hizo –interrumpió con suavidad–. El gobierno considera este operativo como “estratégico”. No pensarías que iban a dejar las decisiones importantes en manos de militares –sonrió–. No lo tomes a mal...tú me entiendes.

No, Ramírez no entendía y lo tomaba muy mal. Pero calló.

–De acuerdo a mis planes –dijo Alvarado marcando sutilmente la palabra “mis”– Mariana es la mejor elección que podríamos haber hecho.

Ramírez suspiró. Ya tenía 48 años y la fila de culos aún por lamer se perdía en el horizonte de su estancada carrera, estancada como un bocado amargo en mitad de su garganta.

Suspiró y se acercó a los primeros monitores que se encendían. Pidió que le muestren el perfil

digital de Mariana en la Red y casi se le salieron los ojos del rostro. La mujer aparecía llena de lazos, vasos comunicantes, infecciones digitales, seguimientos policiales y todo un gran karma electrónico muy ruidoso. Ramírez casi entró en pánico.

–¿Quieres decirme que “ésto” es tu mejor elección!? –gritó perdiendo la compostura por primera vez–. ¿iMedio México la busca y tú la usas como espía!? –Alvarado lo miraba sin mover un músculo–. Esa mujer, ese esperpento deja un rastro tan notorio como un animal herido en la nieve. Debemos cancelar de inmediato y voy a dar instrucciones de entregarle la responsabilidad a una unidad de nuestra confianza....

–iBasta! –lo interrumpió el político–. ¿Es que no entiendes nada? Mariana es sólo una carnada. Es un trozo de carne para atraer a los tiburones ¿O tú crees que íbamos a enviar personal clasificado a realizar la infiltración? –sonrió sarcástico–. Es una empresa privada, ¡por dios! Si descubren a un agente oficial infiltrándose en sus instalaciones el escándalo podría derrocar a todo el gobierno –Ramírez miraba sintiéndose estúpido–. Ella será la vara con la que probaremos si el alto voltaje de su reja funciona. Ella es un mensaje que sin duda leerán, “los estamos vigilando, sabemos lo que están haciendo.”

–Pero ellos la destruirán....

–Por supuesto. Pero no te preocupes, leerán el mensaje y eso es todo lo que nos interesa por el momento. Ella no es una agente del Estado así que no podrán sacarle cosas importantes de sus neuronas; excepto lo que nosotros queremos que sepan, por supuesto.

Ramírez estaba furioso, había sido humillado en presencia de sus subalternos sin ninguna misericordia. Gritó un par de órdenes a los técnicos para que finalizaran las instalaciones y salió de la sala con el enojo vivo bajo la piel. Alvarado lo miró retirarse con una sonrisa,

“indígena con charreteras”, pensó.

4. EL BANCO DE MEXICO

Las redes de comunicaciones se habían convertido en carreteras blindadas por donde la información viajaba segura, encapsulada en encriptados imposibles. La única posibilidad de robar información era el viejo sistema de forzar la cerradura y entrar como un ladrón en la noche, evadir la seguridad y salir corriendo antes que sonaran las alarmas y las mandíbulas de acero se cerraran sobre la carne del intruso.

Mariana llevaba ocho horas inmóvil dentro de un ducto de evacuación de desechos orgánicos, colgando de un garfio y respirando por una mascarilla. Cada quince minutos el edificio del Banco de México “orinaba” a través del ducto y Mariana podía avanzar unos centímetros sin ser detectada. El esfuerzo de avanzar contra la corriente de desechos era enorme y los brazos le dolían. “Qué mierda estoy haciendo aquí”, era la pregunta que se hacía durante todo el tiempo que permanecía colgada, como una pupa, de las paredes interiores de la “uretra” del edificio.

Al cabo de catorce horas había alcanzado por fin penetrar el casco de la construcción, a la altura del piso 40 bajo tierra. Desde allí sólo le tomó una hora más llegar hasta el centro de la estructura, de forma tubular, donde se albergaba la médula espinal del edificio. De ocho metros de diámetro, la médula se extendía a lo alto de toda la construcción conectando los pisos y coordinando todas las funciones biológicas y administrativas de la empresa. Era el sistema neurovegetativo de una nueva generación de edificios “vivos”, monstruosas neuronas de exoesqueleto metálico llamadas “colmenas”.

Mariana enganchó el seguro de su cinturón a un tubo que se insertaba en la médula para abrir con comodidad su traje elástico de seguridad. Metió una mano entre sus piernas y extrajo de su ano un pequeño tubo metálico que

insertó en su nariz. El tubo desplegó unas pequeñas garras que lo aseguraron a las paredes de la cavidad nasal, Mariana palideció; luego extendió lentamente una aguja hasta la base del cerebro y se “conectó” a la corteza de la mujer. Del otro extremo sacó un line-in, delgado como un cabello, que insertó directamente en una de las arterias que se hundían en la médula del Banco de México.

Por sencilla osmosis, la fibra interventora era capaz de oír y discriminar la transmisión de datos, por vía química, que circulaba a través de sus fibras de mielina. El tubo metálico en la nariz de Mariana modulaba la información y la codificaba, en la forma de imágenes y patrones aleatorios perdidos en la vorágine de recuerdos de infancia del recipiente.

Sintió un sabor acre en la boca, entonces supo que estaba transmitiendo los datos hacia la central.

Mientras sentía un cosquilleo en un lugar indefinido sobre el paladar, estiró un poco los miembros y se relajó, respiró muy hondo y sonrió feliz por el éxito de una operación que, sólo unas horas antes, le habría parecido imposible debido a su avanzado estado de dependencia a las drogas. Su mente comenzó a volar entre pensamientos variados. “Estoy divagando”, se dijo a sí misma, sorprendida. El maíz era una droga esclavizante y la adicción no daba tiempo a pensar en otra cosa que no fuera conseguir más. Te mantenía todo el día hambriento, como un lobo famélico que sólo se saciaba mientras devoraba a dentelladas los gramos siempre escasos, para quedar nuevamente vacío, ansioso y sediento. La sensación de calma que envolvía a Mariana la embargó de emoción, se sentía viva. Era una extraña paz abrazándola ahí, en la oscuridad, a cien metros bajo tierra. De pronto se vio a sí misma despierta, humana de nuevo, lúcida. La revelación repentina agrietó su pared y una gota se filtró por sus ojos para caer rodando

lentamente por su mejilla. Por fin estaba consciente de la muerte en vida por la que se había arrastrado durante tantos años.

Fue una larga noche donde lloró por todo lo que no había llorado jamás. Lloró por su madre, por su padre, por sus víctimas; por la pesadilla que aterrorizó a la niña y de la que acababa de despertar con pesados 36 años sobre sus hombros, en un cuerpo de mujer medio seco por la falta de afecto.

Era un llanto de nacimiento ahí, en la oscuridad, a cien metros bajo tierra.

En la sala de control, Ramírez y sus subalternos se miraban sin comprender nada. Evaluaban los datos, sudaban nerviosos, revisaban las gráficas buscando anomalías. No entendían ese llanto largo y desgarrado que llegaba por sus comunicadores desde las entrañas del Banco de México. Qué ocurría... ¿incompatibilidad química?

* * *

A las 8 de la mañana apareció Alvarado con una taza de café en la mano. Los tacos de sus zapatos resonaban en las baldosas aislantes que cubrían el suelo de los pasillos. La noche había sido larga y el sueño corto, así que el café tendría un par de polizones disolviéndose clandestinamente al fondo de la taza. Nada anormal, sólo el rito diario de la clase ejecutiva incapaz de renunciar a la ayuda de los químicos, a esas alturas, imprescindibles para sostener el ritmo endemoniado que exigían las responsabilidades laborales. Todos en el gobierno apoyaban la lucha contra las drogas, pero todos también sabían que sin ellas el sistema se derrumbaría, agotado e imposibilitado de contener el stress y la exigencia de forma natural. Los destinos del país eran dirigidos por una banda de drogadictos obsesos, necesariamente relacionados y chantajeados por hermandades del comercio ilegal.

–¿Cuánto falta? –preguntó en medio de un bostezo. Ramírez no despegó la vista del monitor y murmuró–. Estamos en itinerario. Esta niña resultó ser bastante buena y nos está transmitiendo más información de la que pensábamos.

–Bien por ti –dijo estirando los brazos– recuerda que tus galones dependen de tu eficiencia en esta operación –el militar tragó saliva y se negó a contestar, era demasiado temprano para responder a las provocaciones. Además, Alvarado era un político joven enviado aquí seguramente para medirle su desenvolvimiento. Esta misión no era precisamente un premio, de modo que sus situaciones eran bastante similares.

–¿Qué vas a hacer si los del Banco no la descubren pronto? Supongo que tienes un plan de contingencia...

–¡Shht! –interrumpió muy concentrado –en diez segundos va a comenzar la fiesta– el político volvió a bostezar sonoramente, sólo para burlarse de la expectación de Ramírez.

–¡Ahora! –dos monitores se apagaron y una pantalla apareció flotando en el centro de la sala, llena de fibras luminosas haciendo veloces recorridos en torno a un punto violeta. Poco a poco las fibras se conectaban al punto hasta que toda la gráfica quedó inmóvil, pulsando ingrávida. Letras salieron de la nada indicando vectores y gráficas se derramaron hasta el suelo. Un reloj contó cinco segundos hacia atrás y toda la sala quedó a oscuras.

Mariana no notó nada anormal al principio, sólo el cese del cosquilleo en el paladar. Luego notó que el zumbido también había cesado y supo que algo andaba mal. Ramírez la había abandonado

Quiso moverse, pero estaba paralizada. Las luces de seguridad que cargaba se apagaron y se encontró de pronto sola, a cien metros bajo tierra, presa del pánico pero incapaz de gritar;

paralizada por quién sabe qué químico, atrapada entre los intestinos de un monstruo que la había identificado como a un cuerpo extraño y que en cualquier momento comenzaría algo muy parecido a una digestión.

–Ahora, cuéntame qué fue lo que hiciste –preguntó Alvarado café en mano. En su rostro había trazos de preocupación que Ramírez, demasiado entusiasmado con su éxito, sólo interpretaba como irritación mal escondida ante la genialidad de su maniobra.

–Mariana –dijo en voz alta, imitando la actitud del profesor que comienza una lección– resultó más eficiente de lo que pensábamos. Los imbéciles del departamento de seguridad del Banco de México, no estaban pudiendo detectarla.

Entonces di un giro al operativo –continuó lleno de autosatisfacción, “bastante patética”, pensaba Alvarado–. Me comuniqué directamente con ellos y les dije que estaban siendo infiltrados. Su sorpresa fue mayúscula. Antes que pudieran decir nada los amenacé con informar a la prensa de la situación si no cooperaban. Les aseguré que el descrédito y la fuga de capitales serían inevitables, que la ofuscación de sus superiores sería tal, que no daba ni una moneda por sus vidas –Alvarado veía en torno suyo los rostros embobados de los subalternos de Ramírez con una mezcla de asco y rabia. La táctica descrita era tosca, grosera, carente de toda sutileza. No era una estrategia fina, era una simple amenaza de gorila.

–Les exigí de inmediato la información completa sobre los movimientos bancarios que necesitábamos. De esa manera nos ahorramos un par de semanas de investigación, por lo menos –sonrió buscando aprobación en los ojos de su gente.

“Qué espectáculo”, pensó Alvarado –Y, ¿qué te pidieron a cambio? –preguntó con calculada indiferencia, haciendo girar el café dentro de la taza.

–La ubicación de Mariana... por supuesto.

–Por supuesto –murmuró Alvarado, apretando las mandíbulas en un gesto de preocupación que esa vez no pasó desapercibido para Ramírez.

5. NIGREDO

Ella.

Ella embarazada, con el estómago lleno de cuervos.

Una muchedumbre grita y se remueve, virulenta, bajo la tierra, entre sus válvulas y pasadizos.

(Del cielo llueven ojos izquierdos).

Ella arrastrando sus 40 úteros infectados bajo la tormenta. Maúlla lastimosamente, se rasca los parásitos que florecen alrededor de su boca, mientras arrastra su prole no nata por el único camino. Con el alma cayéndosele a pedazos, deja un rastro.

El Vía Crucis tiene la forma del circuito impreso grabado en su paladar, y es un nombre.

Despertó ahogada en un grito, pero no pudo moverse. El cuadro le encogió el corazón.

Estaba desnuda, de alguna manera fijada a la superficie de una mesa de madera negra. La larga mesa ocupaba casi toda la superficie de una especie de sala de reuniones de color blanco. En torno a ella, unos doce hombres de edad heterogénea, vestidos formalmente, permanecían sentados mirándola. Sobre la puerta, una placa metálica con el logo iridiscente del Banco de México.

Pasaron un par de horas, durante las cuales Mariana intentó inútilmente comunicarse con ellos. Les pidió, les exigió, les gritó. Los amenazó, les rogó, sin obtener respuesta alguna.

Cuando la mujer agotó incluso las lágrimas, uno de ellos se puso de pie y extrajo de su bolsillo un punzón. Le dibujó hermosos kanjis sobre la piel del torso que, a pesar de la sangre, dejaban leer perfectamente los pasajes luminosos

del "sutra del loto". Le atravesaron los pezones con clavos de cobre finamente tallados, le cortaron los párpados con una tijera antiquísima de acero templado y de orejas talladas en madera de nogal. Uno de los hombres, de rasgos asiáticos, le hundió un bisturí con mango de bronce a la altura del chakra "anahata" y practicó un corte longitudinal hasta llegar al pubis y dividir el clítoris a la mitad. Nadie le tocó la vagina.

Otro personaje, de origen indefinido, se acercó lentamente con un martillo en las manos. Entre la semiinconsciencia y el ahogo del dolor la mujer alcanzó a gemir con angustia, aunque sin ninguna esperanza

–No, por favor.

Entonces, la crucificaron a la mesa.

Le arrancaron dientes y algunas uñas. Le extrajeron costillas y dedos. Alinearon todo cuidadosamente en torno a ella como un gran mandala de restos humanos, mientras murmuraban y repetían la palabra "perfecto" acentuando cada final de frase.

La mujer desorbitaba los ojos intentando ver más allá de la niebla y la asfixia del martirio. Abría la boca en el grito mudo de la carne. vDe pronto, el ritual pareció terminar. Sólo el jadeo mínimo de Mariana denunciaba que esos despojos desordenados, sanguinolentos, habían sido un ser humano.

Entonces entró ese otro hombre.

Con una daga le abrió el costado lentamente, copuló con ella a través de la herida y eyaculó en su interior al cabo de unos minutos. Con una frase dio por terminada la reunión y se retiraron.

Alguien llegó, le clavó un gancho a la cadera y la arrastró hacia un ascensor. Salieron a un estacionamiento y la arrojaron al compartimiento de carga de una camioneta.

Mariana seguía semiinconsciente y cada imperfección del pavimento la atravesaba con dolores lejanos como recuerdos.

Sintió la luz cuando abrieron la camioneta,

sintió el golpe de su cabeza contra el pavimento cuando la arrojaron fuera. Escuchó algo acerca de la altura del puente y la profundidad del río.

El cielo estaba muy azul, había bosques a lo lejos.

Sintió una repentina ingravidez y luego el golpe contra el agua. Había cierta calma en todo lo que ocurría, veía perfectamente a las algas mecerse y a las burbujas subir hacia la superficie mientras se hundía.

Se hundía, sabía que se hundía de espaldas hacia el olvido, la luz alejándose poco a poco allá arriba. Sentía que la oscuridad la abrazaba con su tela espesa, que la muerte la cubría casi con ternura. "Ya pasó todo", le susurraba mientras se hundía en el sueño, como una novia dolorosa.

Todo parecía un sueño.

Las algas del fondo la envolvieron con sus dedos transparentes cuando casi tocaba su cuna definitiva.

Todo debía ser un sueño.

Del fondo salieron unos brazos que la estrecharon y Mariana escuchó una voz diciéndole al oído –Llevo 20 años esperándote bajo el limo–.

6. EL SELKNAM

Ella.

Ella en un paisaje con los colores mal calibrados.

Una cuerda baja desde el cielo y la sostiene colgando por los pies, sangra por la nariz. Bajo ella un charco de sangre de 5 metros de profundidad donde nadan peces extraños e ideas desesperadas.

Ella, murmurando un nombre que no recuerda mientras un insecto le hace una cesárea. En las antípodas del planeta un sacerdote levanta la ostia y un aullido brota del cáliz. El insecto entra por la herida del parto y se acomoda para dormir.

–¿Los de Seguridad del Banco de México enviaron la información?– preguntó Alvarado.

Eran las tres de la mañana, tenía el cabello desordenado, la corbata en el bolsillo y ojeras que le llegaban a las rodillas.

– El último paquete llegará en dos horas. Han debido sortear su propio sistema de seguridad y los segmentos de datos se están transmitiendo codificados en cadena. Sólo cuando los hayamos recuperado en su totalidad, podremos reconstruir el conjunto– Ramírez no desvió la vista de un teclado–ouija color siena, de reciente fabricación. Sus curvas simulaban un cangrejo y las terminaciones eran exquisitas.

“Que estúpido”, pensó Alvarado. “Es obvio que están ganando tiempo. Seguramente para cuando hayamos reconstruido la información, ellos ya habrán limpiado toda evidencia y descubriremos que nuestros datos son basura”. –¿Ya sabes qué hicieron con Mariana?

–Seguramente algo horrible. Esa gente busca destruir el cuerpo, pero también inutilizar el espíritu –murmuró Ramírez tecleando la ouija con nerviosismo–. Si conseguimos rastrear sus residuos en el plano astral, seguramente veremos las condiciones desastrosas en que dejaron su esencia –sonrió–. Un guiñapo arrastrándose demasiado lento para llegar a ninguna parte, desmoronándose como una figura de barro seco. El problema es que...–se detuvo para teclear un comando avanzado en la ouija– en esas condiciones debería estar dejando un rastro por demás visible. Algunas brasas Kirlian aquí y allá. Pero no hemos detectado nada con el sello característico de ese grupo misterioso que opera con el Banco de México.

–¿De los “Perfectos”? –murmuró Alvarado distraídamente.

–¿De quiénes? –lo miró el militar muy sorprendido.

–Nada, nada –sonrió– es sólo un término de usuario –salió de la sala sonriendo teatralmente, feliz de ofuscar al “mono con uniforme”, como lo llamaba a sus espaldas–. No busques a los

vivos entre los muertos –gritó desde el pasillo.

“Típico de políticos”, pensó Ramírez. “Jugando a hacerte sentir desinformado”.

–No encontramos reencarnaciones con el perfil de la identidad “Mariana”, señor –lo interrumpió un subalterno–. Tampoco posesiones con su patrón de aura, señor.

La preocupación de Ramírez era evidente para todos. Era muy importante que la mujer estuviera fuera de circulación. Un cabo suelto en una operación encubierta tan comprometedora se leía como un fracaso inexcusable. Gobiernos completos habían caído por menos, aunque siempre volvían al poder de una u otra manera. Pero los responsables directos, los funcionarios como él, con suerte podían rehacer sus vidas en otro país.

Ella.

Ella clavada a una pared en el centro de un campo arado.

Ella sabe que bajo la pared hay un elefante enterrado de pie, que evita que el mundo se desplome.

Un ladrido sale de los ojos de ella y la multitud huye despavorida, porque en el ladrido hay un color lleno de cosas que nadie quiere saber. Un pez atraviesa la escena y sabemos que en realidad todo ocurre bajo el mar.

Ella.

Ella de pie frente a un hombre muy extraño.

–¿Cómo te sientes? –le pregunta de improviso–. Soy quien te rescató desde el fondo del río. Entré para ver tu estado. Intenta descansar, tu recuperación tardará un par de semanas más –Mariana lo miraba con asombro mientras se transformaba una y otra vez, en una mujer, una carta de Tarot, un campo de margaritas, un caballo árabe, en el cielo estrellado esa mañana en Tlatelolco, en una voluta de humo de su primer cigarro de marihuana.

–Todo está muy raro desde que aparecieron los selknam –se dijo, mirándose a los ojos. Un escarabajo entraba por su nariz sonando como un viejo reloj a cuerda.

Un mapa con venas en vez de ríos.
El cielo es su córnea.
Muchas hormigas. Muchos días.

El selknam tenía a Mariana colgando por los pies de un árbol, en un lugar escondido de la sierra en el Estado de Guerrero.

Alrededor del tronco había dispuesto un círculo de rocas negras y cuatro espejos marcando los cuatro puntos cardinales. Sobre los espejos había derramado palabras poderosas y pétalos de flores.

Llevaba dos días girando ritualmente en torno al árbol, para frenar la fricción con que el tiempo desgasta las cosas y así disminuir su efecto erosivo sobre la memoria de Mariana. La danza se sostenía sobre un canto de tres notas musicales que estimulaban curativamente su glándula pineal.

Al tercer día desenterró los pulmones de la mujer y los introdujo en agua consagrada antes de reintegrárselos. Puso un pez minúsculo en cada ojo antes de reintroducirlos en sus cuencas. Abrió por el estómago a un lobo y extrajo el corazón de Mariana, escondido allí durante días, lejos de los ojos de la muerte.

Cosió las heridas con fibra de cactus y se sentó a esperar.

A los nueve días ocurrió la maravilla.

Con el primer rayo de sol se escuchó un llanto de bebé saliendo del árbol, que crujía angustiado. Poco a poco el llanto llegó a su adultez, las astillas saltaban, la corteza se resquebrajaba. De pronto, una mano rompe la corteza y aflora buscando asirse, luego otra mano. Mariana luchando por romper el cascarón y salir a respirar. Finalmente el tronco cede, la corteza explota y Mariana emerge envuelta en savia y musgo

vomitando tierra. Pone un pie fuera del círculo de rocas y cae al suelo completamente desvanecida, a los pies del selknam que permanece sentado, indiferente, recortado contra el sol de la mañana.

Las aves no cruzan el espacio sobre el selknam.

Ella.

Ella recostada durante mucho tiempo junto a un gato con forma humana.

–Despierta –susurró el selknam. Mariana abrió los ojos y lo vio, en cuclillas junto a ella. No supo si le despertaba curiosidad, sorpresa o asco, se sentía extraordinariamente calmada. Podría haber visto al diablo y no le habría producido mayor efecto. De todas maneras lo que tenía enfrente era toda una rareza, tenía que admitirlo.

–¿Se puede saber qué clase de “cosa” eres tú? –bromeó.

“Eso” se mantuvo inmóvil unos segundos demasiado extensos, se puso violentamente de pie y extendió su “boca”.

–Selknam –dijo y prolongó la última letra haciendo vibrar a todo el lugar. Mariana sintió también como su cuerpo temblaba, envuelta en un placer

violeta muy similar al arrobó después del orgasmo.

–iWow!– sonrió –¿Podrías repetir eso?

–Se hace lo que se debe hacer, ni más, ni menos.

La mujer se sentía increíblemente bien. Entre la bruma de una memoria obviamente intervenida, veía heridas, torturas. Pero donde deberían haber terribles marcas había piel lisa, donde hubo fracturas no habían desgarros; todo estaba en su lugar y en perfecto estado, incluso el trauma del dolor estaba suturado.

–No se me ocurre cómo lo hiciste, pero

gracias. Ahora completa el favor e indícame cómo volver a ciudad de México. Tanto espacio abierto me pone nerviosa.

El selknam la observó de arriba abajo –Entonces, ¿no lo sabes?.

Mariana notaba como las letras, pronunciadas con inusual transparencia por el selknam, resonaban en distintas partes de su cuerpo. La “n”, en cambio, le traía el recuerdo de un rayo de sol asomándose tras un arbusto a sus ocho años, siempre igual, como si tocara la misma tecla en el piano de su memoria. Las “l” parecían estimularle sus glándulas salivales, las vocales tenían relación con sus órganos internos y la “t”, un indefinible sabor a algo masculino que la ponía nerviosa.

–Perdóname, “bicho”...

–Mi nombre es Reche –la interrumpió.

–Discúlpame, Reche –remedó–, pero, ¿qué es lo que debería saber?

–No puedes volver atrás. Todo ha comenzado. No hay regreso –diciendo esto se sentó en posición de loto.

–Qué es lo que ha comenzado, bicho –continuó Mariana, un tanto nerviosa.

–Selknam –repitió el Reche y quedó inmóvil mirándose el pie izquierdo.

–Oye, te hice una pregunta, huevón –pero el selknam se veía como una imagen de video congelada, plana, mal definida, en pausa–. Todo está muy raro desde que aparecieron estos huevotos –dijo mientras se enderezaba lentamente, buscando con la mirada algo con qué cubrirse. Comenzaba a bajar la temperatura en la sierra y el viento se arrastraba inundándolo todo, mojando las piedras con su lengua helada.

Tras un arbusto encontró una manta, no muy gruesa pero útil.

Mariana de pie, temblando contra el atardecer.

–Estoy viva –dijo para sí con una sonrisa triste–. No entiendo nada, pero estoy más viva que nunca –y lloró en silencio frente al misterio.

Arriba, las estrellas comenzaban a brotar como recuerdos en la mente del mundo.

7. LAS “PERRAS”

–Definitivamente la mujer no está muerta –gruñó Ramírez. Alvarado, junto a él, no movió un sólo músculo.

–¿Qué vas a hacer entonces, comandante? –preguntó.

–Qué “vamos” a hacer, querrás decir –Alvarado lo miró sonriendo.

–Es muy probable que, gracias a tu espectacular manejo, la gente del Banco de México haya limpiado todas sus relaciones con el fenómeno de Sonora y estén buscando a Mariana para devolvernos la mano ¿Te das cuenta lo que ocurriría si ellos exponen a la luz pública tu operativo de infiltración a una institución privada, comandante? –dijo el político, cómodo y feliz, navegando en los marasmos que tan bien conocía.

–El gobierno no nos va a defender... –murmuró.

–¡Por supuesto que no! –exclamó levantando los brazos–. Van a negar toda participación. Lo van a presentar como un simple caso de estafa. Dos inescrupulosos funcionarios, o sea nosotros, utilizando la estructura estatal con oscuros fines personales –Alvarado se acercó a Ramírez y le susurró al oído–. Nos van a crucificar para mantener limpio el honor de la institución, comandante. Quizás una mañana amanecemos colgados por el cuello en nuestras celdas, “incapaces de soportar el dolor por haber traicionado a la nación” –y se alejó unos pasos emitiendo una risita burlona, de espaldas al apesadumbrado militar.

–Comuníquense con Pedro, el ermitaño. El va a encontrarla, él la va a eliminar –ordenó Ramírez mirando al suelo.

Ella.

Ella en posición fetal, dentro de una nuez. Abajo, el océano Atlántico hablando con unas aldeanas.

–Ahora va a despertar –susurró el selknam.

El bulto de mantas pareció cobrar vida, un brazo se extendió fuera y estiró los dedos. Mariana sacó la cabeza de su noche personal como una luna somnolienta. Dolía abrir los ojos tanto como doblar una articulación, pero había algo placentero en ello que la hizo sonreír.

–Esta saliendo el sol –dijo bostezando. Había cantos de pájaros, crepitar de brasas; todos esos sonidos mínimos, en puntillas de pies, que van desapareciendo a medida que el mundo despierta. Había humo flotando, la luz era submarina.

–¿Por qué me rescataste? –preguntó de golpe. Alguna urgencia interior guardada desde la noche saltó como un resorte por su boca. Ni siquiera lo miraba, parecía más preocupada por encontrar algo para comer entre las coloridas mantas y cordeles llenos de nudos, similares a los quipus que viera en alguna imagen cuando niña.

–No fue un rescate. Sólo estuve en el lugar correcto para ser puente de los acontecimientos.

–OK, super claro –murmuró escarbando dentro de un bolso huichol, cargado de imaginería psicodélica–. ¿No tienes nada para comer? –dijo finalmente, molesta.

El selknam apareció frente a ella, a 10 centímetros de su rostro. Mariana notó que estaba inmovilizada y tuvo miedo. El se puso de rodillas frente a ella y hundió el brazo hasta el codo en la tierra para sacar una liebre viva, chillando y pataleando. Mariana estaba muy sorprendida pero también hambrienta, así que juntó leña rápidamente y en unos minutos la liebre se asaba al palo, despidiendo olores que le excitaban los nervios. Tenía tanta hambre que de pronto supo que sus manos sólo existían con el objeto de acercar comida a su tubo de

deglución.

–Es extraño matar –dijo como hablándole al fuego–, es necesario pero te enseñan que no debes sentir placer cuando lo haces.

–Es distinto matar que alimentarse.

–El trabajo más difícil del Universo es ser animales éticos –dijo sonriendo–, tener conviviendo en la misma celda a este cerebro, este estómago y estos genitales es un mal chiste. Pasan todo el día peleándose el timón–.

–¿No les han enseñado a controlarse, aún?

–Puf... lo intentan. Somos lobos educados como vacas, pero lobos al fin –dijo con cansancio y arrojó una piedra al fuego, las chispas envolvieron a la liebre. El silencio enmarcó el momento.

–Parece que nuestro problema –continuó Mariana– es que somos depredadores viviendo en manadas. La matanza interna es terrible. El cerebro fabrica un montón de razones para justificarlo, pero en el fondo de todo sólo está “el loco”, hambriento de carne humana.

–Los hombres están divididos.

–La Tierra es un barco sin timón, compadre –prosiguió Mariana, como si no lo hubiera escuchado– lleno de locos devorándose, a la deriva. Debemos ser todo un espectáculo para el resto del Universo –hizo una pausa para arrojar otra piedra–. Sería mejor que nos borrarán de una vez.

–Nadie va a mancharse las manos con ustedes –dijo el selknam, molesto.

La mujer se abrazó las rodillas con los brazos y apoyó la barbilla en ellas. Se balanceó e hizo ruidos con la boca mirando fijamente a la liebre, “está casi lista”, pensó.

–Ahora dime por qué me salvaste. Y quiero una respuesta que pueda entender. Sabes a lo que me refiero –estiró las manos, quebró un hueso, acercó la carne a su boca, la saliva comenzó a fluir, el estómago rugió exigiendo ser saciado. Los dientes comenzaron a destrozar al

pequeño animal.

El selknam la miraba con una mezcla de curiosidad y algo parecido al asco. "Se comunican con el mismo órgano con el que se alimentan", pensó, "Su sistema de ventilación hace vibrar el aire con códigos rudimentarios. Son realmente groseros, pero bellos. Salvajes, abisales, frágiles. Sus ojos son de las cosas más hermosas que he visto, sus mentes son malignas e impredecibles. Es de esperar que no se propaguen".

-¿No me vas a responder? -insistió Mariana, en cuclillas y con la boca llena de grasa-. ¿Por qué me salvaste?.

-Estás en el curso de los acontecimientos.

-¿Que acontecimientos?

-Los acontecimientos por los que se requirió mi presencia en este plano.

-¿Qué acontecimientos, por la chucha?!

-gesticuló, impaciente, con una pierna de liebre a medio roer en la mano derecha.

-Se está produciendo un grave problema en este sector del Universo, generado por tecnología humana que debo descubrir y eliminar. v-Continúa, por favor -Mariana ya no estaba comiendo.

-Algo está rompiendo la relación entre las cosas físicas y las cosas astrales. Alguien descubrió como romper ese enlace, que es fundamental para la estructura de las cosas.

-¿Y qué eres tú? ¿Una especie de ángel enviado a salvarnos?.

-A nadie le importa "salvarlos". De hecho ustedes generan el problema. Piensa en mí como en un anticuerpo que el Universo produce cuando se le infecta una herida.

-¡Chucha! -bromeó Mariana -estoy hablando con un leucocito.

-Alguien está soltando los enlaces astrales. Alguien está evitando el flujo sostenido de almas hacia Dios. Y él las necesita más que nunca.

Mariana lo miró con sospecha. Quizás su inverosímil existencia hacía menos ridícula su

historia. Su apariencia era imposible, sus palabras también, "está todo tan raro desde que estos huevones aparecieron", pensó.

-¿Qué tiene que ver Dios con todo esto?

-Dios está agonizando. Este Universo es algo lejanamente parecido a una máquina de suspensión vital -la mujer no pudo evitar sonreír. El selknam estaba ahí enfrente, pero de alguna manera estaba también hablándole unos minutos hacia adelante en el futuro. Y también estaba a sus espaldas, aunque su voz... parecía salir desde la mano izquierda de Mariana.

La mujer sacudió la cabeza y alzó la voz -¿Y qué tengo que ver yo con todo esto?-. Pero el selknam no estaba hacia donde ella hablaba. De pronto se dio cuenta que siempre había estado sentado, en loto, suspendido a 20 centímetros del suelo a 20 metros de distancia. No tenía boca y junto a él estaba ella misma durmiendo abrazada a otras dos Marianas, una de color rojo y otra de color negro. Se tomó la cabeza y cerró los ojos, pero seguía viendo la escena. -Déjame en paz. No tengo nada que ver en esta locura.

-Estás en el curso de los acontecimientos.

-¡Otra vez con eso! Soy una mujer que no sabe ni dónde está parada. Lo único que se es que por fin desperté de una pesadilla de veinte años de duración. Saqué la cabeza del agua, ¿me entiendes? No quiero tener nada que ver contigo, ni con Ramírez, ni con tus "acontecimientos". Así que muchas gracias, pero yo me voy de aquí apenas termine de comerme este conejo.

-Liebre.

-¡Da lo mismo! Yo me voy.

-No puedes, ellos te buscan -le dijo el selknam desde su nuca. Mariana se dio vuelta pero se vio a ella misma, por dentro.

-¿Quiénes me buscan, Ramírez y sus milicos?

-preguntó. Un mareo le hizo cerrar los ojos. Vio a su madre en una bolsa de basura, con varios días de muerta.

–Ellos quieren hacerte desaparecer. Así, suelta, eres un peligro para su seguridad. Sólo siendo útil evitarás ser considerada “prioridad para terminación.” –Esta vez el selknam le habló en la forma de un recuerdo. Sintió que le había dicho esa frase tres horas atrás.

–Pero, ¿por qué me quieren muerta? Les conseguí la información que querían. Estoy segura que alcancé a transmitirla antes de que me descubrieran.

–A ellos no les interesaban esos datos. Ellos mismos te denunciaron a cambio de la información que realmente necesitaban y que era inaccesible para cualquier saboteador.

–No te creo.

–Te necesitan muerta para borrar toda evidencia de la operación.

–¡No te creo! El selknam la miró jadear.

–Da lo mismo, ya todo está hecho –se obscureció en meditación, inmóvil por las siguientes tres horas.

Mariana se recostó agotada. Durmió, despertó, se volvió a dormir. No podía sacarse de la cabeza la imagen de su madre muerta.

Así que Ramírez la quería eliminar. Ellos eran demasiado poderosos, “si no cumples tu objetivo te venderemos como a una perra”, le habían gritado en el rostro.

Le resultaba extraño volver a pensar en su madre de esa manera. Durante años la enarboló como una herida que le inflamaba la rabia al destrozar a sus víctimas. Era su estandarte, su escapulario tatuado con sangre al pecho, un grito horrible que emergía desde su esternón como un foco de luz oscura iluminándole el camino hacia una sed de venganza jamás saciada.

Cuando mataba pensaba en ella y su dolor le daba fuerzas sobrehumanas y crueldad sin límites. Sólo el agotamiento detenía la carnicería, luego venía el llanto, el vacío.

Pero ahora se detenía en su imagen, “una perra, como tu madre”, le había gritado Ramírez.

Su madre no era más que una sombra de su infancia, irradiando una energía misteriosa y abstracta. Nunca la vio moverse, nunca le escuchó decir una sola palabra, pero en su inocencia le parecía oírle diciendo frases de ternura, “que linda estás hoy, Marianita”, “que duermas bien, mi amor”. Incluso ahora sonreía sintiendo la caricia de esos artificios.

Ese día jugaba con guijarros en el patio de su casa, cuando vio a los perros arrastrar esa bolsa de basura. Mariana corrió a observar qué tesoro habían desenterrado sus amigos de cuatro patas. Lo que vio le abrió el corazón y la vida en dos partes.

–¿Por qué lloras? –preguntó el selknam.

–Tienes razón –sollozaba– ellos me quieren eliminar. Pero no me van a matar, me van a vender como a una “perra”, como mi madre.

El Reche la miraba estremecerse, se preguntaba por el tipo de reacción química anómala que se estaba produciendo al interior de ella.

–¿Qué es eso, qué es una “perra”? Explícame.

Mariana suspiró, se secó los ojos con la manta y miró lejos, hacia sus recuerdos.

–Las “perras” son un producto artesanal típico de los suburbios de Santiago de Chile.

>> Cuando la Trata de Blancas se volvió un negocio masivo, los traficantes comenzaron a refinar y diversificar sus procedimientos. Ya no sólo ofrecían productos caros, como niñas vírgenes o mujeres condicionadas para la esclavitud, también desarrollaron un producto de consumo masivo, barato y menos exigente: la “perra”.

>> El procedimiento es bastante sencillo. Secuestran mujeres, les extraen las cuerdas vocales, las córneas, médula espinal, un riñón y todo lo “cosechable” para el mercado negro de órganos. Luego les fríen el cerebro mediante un proceso artesanal muy lento y doloroso. Inducen pavor límite a través de punciones

directas a la masa encefálica, inundan la corteza con pulsos eléctricos, producen el suicidio químico del yo. La corteza cerebral se fríe lentamente. A través de una interface gráfica podrías ver como les cortan los pezones que las sostienen a la realidad, como caen luego de espaldas al pozo negro de la catatonía, al útero sellado de la muerte en vida.

>>Es un proceso barato. Y para abaratarlo aún más, les amputan brazos y piernas para disminuir el costo de almacenamiento y transporte. Las cuelgan en bolsas a unos rieles frigoríficos donde mantienen sus metabolismos funcionando al mínimo, alimentadas con suero directo a las venas.

>>El transporte se hace en camiones de frío, viejos y sucios. He visto camiones abandonados con cargamentos completos, grandes cantidades de bolsas apiladas pudriéndose en el desierto, rostros incógnitos asomándose desde el plástico.

Mariana se detuvo, la mirada perdida, mirando sin mirar.

-Es extraño que se pierdan tantos cargamentos -continuó-. La policía no se mete si les das su parte y las mafias se protegen con favores políticos. Las "Perreras" son empresas prósperas.

-Desde fuera su planeta se ve como una vorágine de genitales y dientes, una herida supurada -agregó el selknam, fríamente-. Las personas que hacen uso de estos productos, ¿no corren riesgos?

-Si claro. Todo el proceso es artesanal y muy sucio. la posibilidad de adquirir una "perra" infectada no es baja. Aunque la infección más común no es biológica, sino producida por la mala manipulación de la psique al momento de "freírla". La "perra" queda efectivamente inmóvil, pero consciente. El horror que siente la hace sudar en exceso, su musculatura vaginal se tensa y todo es un desastre.

>>La mayoría opta por ir de noche a algún

algún basural y abandonarlas a las jaurías de perros que, por lo menos, aprovecharán su carne -la distancia con que Mariana se refería al tema parecía protegerla de su propio origen. Había algo defensivo en la naturalidad con que abordaba un tema tan espantoso.

-Las mujeres raptadas que presentan "potencial", es decir, jóvenes y hermosas, no son mutiladas sino sólo "estupidizadas". Aunque una "estúpida" semiinconsciente es un lujo al que muy pocos pueden pagar. Para los menos acaudalados están las "perras" de uso personal. Y para el resto la alternativa es ahorrar y comprar una "perra" con fines comerciales. Ese era el caso de mi padre.

Mariana se detuvo en ese punto del relato y todo se detuvo con ella. Su rostro no estaba en su lugar, la boca semiabierta incapaz de continuar y los ojos sin mirada en ellos.

-Tu madre era una "perra", ¿cierto? Por eso el chantaje de Ramírez te aterra.

La mujer miraba un dibujo en la manta. Una espiral roja y negra sobre un fondo azulino representando la energía del "hikuri" de los huicholes.

-Ramiro, mi padre -continuó sin despegar la vista de la espiral-mantenía a mi madre en un cuartucho inmundo en el patio trasero de la casa. Ahí había un colchón grasiento, tubos de evacuación y el atril para el suero. Ella era su micro-empresa y su goce personal. Nunca le habían acomodado los jefes y los trabajos que el gobierno le conseguía eran rápidamente abandonados por su falta de disciplina, anegados por el alcohol y una furia incontrolable que estallaba en los momentos más inoportunos.

>>Era rentable tener una "perra" en un barrio de parias incapaces de solventarse una propia -Mariana esbozó una sonrisa muerta. Nunca había hablado de esto con nadie. Había intentado enterrar todo bajo capas de olvido inútiles. Ahora, en la primera oportunidad, todo afloraba fresco

y reciente, dolorosamente nítido-. Todo funcionaba bien hasta que fue detenido por robar una botella de vino. Volvió a la casa siete meses después y para su sorpresa, encontró un bebé moribundo, apenas pataleando entre restos descompuestos de placenta, junto a la vagina destrozada de su "perra". Agradeció a su buena fortuna cuando comprobó que era mujercita; una niña virgen era un producto muy escaso y muy caro, cuando cumpliera doce años valdría una pequeña fortuna.

>>Me alimentó y me cuidó. Yo pensaba que me quería, pero no era más que su inversión a futuro más preciada -Mariana nuevamente se detuvo para sonreír-. ¿Te das cuenta que nací gracias a una botella de vino? -pero la broma sonó vacía. Ella estaba vacía. Los ojos se le llenaron de lágrimas pero se contuvo, volvió la vista hacia el valle y suspiró.

-No continúes si no lo deseas.

-No, no, está bien. Creo que así es mejor.

>>¿Sabes?, es extraño. Pero ni siquiera sé cómo se llamaba. Siempre me referí a "ella", la que está en el cuarto de atrás. Nunca me incomodó no saber su nombre. Excepto aquel día en que no la encontré en su cuarto. El colchón estaba vacío y por primera vez se veía como lo que era: materia muerta, concha vacía. Salí corriendo a llamarla y no supe cómo, la palabra mamá no quiso salir por mi garganta. Entonces vi a los perros arrastrando esa bolsa de basura -las lágrimas de Mariana caían de un rostro indiferente, mirando hacia otro tiempo no tan lejano como ella quisiera-. Esa noche mi padre tomó demasiado licor. Enojado, insultaba a gritos a mi madre por la mala ocurrencia de haber muerto. Golpeó la mesa con la botella y maldijo con furia su deceso, los trozos de vidrio volaron por toda la habitación. Mi curiosidad pudo más y me asomé a mirar el desastre. De pronto sus ojos se clavaron en los míos como arpones. Durante dos eternos segundos el Universo

completo se detuvo y me sentí cazada, inmóvil como una presa pequeña. Él avanzó y fui incapaz de huir. Apenas pude ver el puñetazo girando en el aire hacia mi mandíbula. Sumergida en estática negra, espesa, viaje de ida y vuelta a la nada.

>>Cuando regresé, me aplastaba el cuerpo de mi propio padre y sufría un insoportable dolor entre las piernas. Le rogué que se detuviera, lloré de dolor durante veinte minutos eternos intentando zafarme del abrazo asfixiante, de su lengua metiéndose en mi garganta, pero fue inútil. Algo enorme y quemante me partía los interiores. Pensaba que estaba intentando matarme de alguna forma horrible, apuñalada cientos de veces. La idea de que mi padre no me quería e intentaba matarme me paralizó. Entonces deje de luchar.

>>Cuando se levantó y se sentó en la silla junto a la mesa, yo estaba muerta, vacía, desmembrada. Mi alma había volado a otro lugar y mis ojos estaban clavados en un nudo de la madera en el techo. Recorrí todos sus detalles mientras mi padre se extendía en cuáles iban a ser mis deberes a partir de ese momento. "Desde mañana reemplazarás a tu madre", dijo finalmente.

>>Se había hecho de noche nuevamente en la sierra. El selknam indicó la entrada a una caverna y entraron en silencio cargando las mantas y bolsos. Mariana se sentó sobre una de ellas, el selknam encendió fuego y esperó.

-Fui amarrada por el cuello al mismo colchón donde había muerto mi madre. En los siguientes cuatro años fui diariamente violada por todo un zoológico humano indescriptible, asqueroso, muy creativo y variado en su sentido del placer.

>>Manejaba la geografía de grietas, arrugas y manchas en las paredes como si fueran un espejo de mi mente. Eran mi libro de oración y mis puertas de escape.

-¿Cómo te liberaste? -preguntó el selknam.

–Un once de junio mi padre me desencadenó para lavarme la espalda y fumigar el colchón. Algo estalló en mi interior y me abalancé sobre él envuelta en alaridos inhumanos. Mi padre quizás no había notado que había crecido bastante, casi a la par con mi odio. Agarré su rostro y hundí mis pulgares en sus ojos. Él comenzó a gritar buscando la puerta, pero yo la había cerrado. Con el atril del suero le di un golpe seco en los testículos. Le quité el cuchillo que guardaba en el cinturón y le abrí el estómago. Le corté las orejas, la nariz, los dedos e introduje todo por la herida del abdomen, incluida la bolsa de suero y algunos trozos de madera. Le abrí la tráquea, le corté el pene y se lo introduje por la garganta.

>>Luego lloré a gritos, me bañe todo el cuerpo con su sangre y lloré hasta perderme. Devoré sus testículos con recogimiento.

>>Dormí acurrucada junto a su cadáver por tres días. La sangre había cuajado, el olor era insoportable, pero yo seguía abrazada a él.

>>No recuerdo muy bien, pero creo que uno de mis clientes habituales fue quien me sacó de ahí. Me vistió, me alimentó y me cuidó con mucha compasión, luego lo maté y esparcí sus restos por toda la calle.

>>Rodé de pueblo en pueblo hasta ciudad de México. Conseguí un espacio en el subterráneo y conseguí un nombre al matar pública y salvajemente al "jarocho". El pobre sólo quería agarrarme una teta y terminó con sus manos dentro de su estómago. Entre el público había un hampón de origen colombiano que se impresionó con mi acto y comenzó a protegerme a cambio de pequeños "favores". Me volví adicta al maíz a los 16 años, luego todo se vuelve difuso. Día y noche nos consumíamos en una tormenta de fuego y entre la niebla de mi inconsciencia mataba a uno o dos enemigos del colombiano, lloraba de alegría. Me volví adicta al odio y a la carne de hombre.

>>Un día desperté y el colombiano estaba regado por toda la habitación. Tuve que huir a los suburbios exteriores y comenzar a trabajar por mi cuenta. Ahí me encontró Ramírez. Cuando desperté, estaba metida cien metros bajo tierra robándole datos al Banco de México.

>>Estoy cansada, compadre. Como después de una noche de pesadilla de veinte años de duración.

>>No sé si es tarde para comenzar una vida nueva, pero lo voy a intentar.

–Ellos no te van a dejar.

–Me voy a esconder.

–Te van a encontrar –Mariana apretó las mandíbulas porque en el fondo sabía que tenía razón. Lo miró con rabia, quería esa esperanza, realmente quería tener la esperanza y ese bicho se la negaba.

Era un bicho realmente extraño, algún mecanismo impedía que pudiera recordar sus facciones, aunque lo mirara fijamente siempre tenía la sensación de estarlo mirando por primera vez.

–¿Y qué quieres que haga?.

–Completa tu objetivo original. Descubre la tecnología que produjo al "transpuesto" de Sonora.

–Ellos ya me dejaron fuera de la operación.

–Ellos no tienen nada. Tú eres la que está en el camino de los acontecimientos. Tú eres la que va a descubrir todo. Si estoy junto a ti es porque necesito saberlo y tú eres la que lo va a descubrir.

Mariana resopló y se puso de pie con un quejido. Se estiró como un gato y bostezó.

–Yo ya no tengo objetivo. Me voy a esconder por un tiempo en Perú. Tengo unos amigos en Arequipa que trafican buen software narcótico y podrían...

–Ellos te van a encontrar –la interrumpió.

–¡Déjame en paz, insecto de mierda! –restalló con furia.

El selknam la miró en silencio por unos segundos –me voy a sentar en esa roca a mirar tu futuro– y avanzó tranquilamente para instalarse junto a la entrada de la cueva–. Tu única salida es seguir el curso de los acontecimientos y encontrar esa tecnología. Cualquier otro camino te lleva a la destrucción en pocas horas.

–Voy a intentarlo. Si nos hemos podido esconder aquí por tantos días, podré hacerlo en otro lugar también –insistió.

–Ellos no te dejarán libre a menos que sigas dentro del operativo. Fuera de él eres un cabo suelto.

–¡Pero si ya me dejaron fuera! ¿iEs que no lo entiendes!?! –gritó Mariana, pero no hubo respuesta, sólo el crepitar del fuego. El selknam ya no estaba ahí.

8. PEDRO, EL ERMITAÑO

La mujer se dejó caer en el suelo de la caverna, agotada. El selknam tenía razón, ellos nunca la dejarían ir con todos esos datos en su interior. Debería esconderse y huir durante mucho tiempo antes de encontrar la paz. “Por lo menos en este lugar puedo estar segura unos días”, pensó a la vez que buscaba con la mirada las mantas para dormir.

–Hola, Mariana –una voz gutural que no era la del selknam, se arrastró desde la entrada de la caverna. Había algo de burlón en el acento.

–¿Selknam?.

–No, Marianita. Soy el que te va a liberar. El que te va a arrastrar por los cabellos desde aquí hasta ciudad de México. Soy el brazo que te lanzará hacia tu destino, fundida como hierro candente en el volcán de la fe.

A medida que hablaba, una silueta se definía, avanzando por la caverna, acercándose hacia ella.

El miedo comenzó a invadirla –Selknam, ¿dónde estás? –instintivamente buscó alternativas de fuga, armas, piedras. Para su espanto se

encontró indefensa y acorralada contra el fondo de la caverna.

–¡Selknam, ayúdame! –le gritaba al bulto indefinido, sentado junto a la entrada sin ningún atisbo de actividad, en que se había convertido el Reche.

–Tranquila, mi amor. Sólo quiero tu cerebro. Tu alma se podrá quedar en lo que reste de ti, una vez que finalice –se acercó a la luz de la fogata y entonces pudo verlo, pero su mente difícilmente pudo comprender lo que se le aparecía ahí frente a sus ojos. Una entidad difusa, fuera de foco, desplazándose arrítmicamente de izquierda a derecha sin transiciones como una película mal proyectada. Un engendro inexplicable que se dividía en tres colores que volvían a ser uno. Su voz salía de un punto en el espacio que sólo a veces coincidía con su boca. Algunas “cosas” lo orbitaban.

–Bésame, Marianita –le susurró la voz, extendida hasta el oído de la mujer como un dedo pegajoso.

–¡Seeelknam! Hijo de la conchetumadre ¡Ayúdame! –gritaba.

* * *

Alvarado limpiaba con elegancia sus anteojos, que usaba esporádicamente más con la intención de parecer intelectual que para corregir un casi inexistente problema visual. Los limpiaba con calma y elegancia, como correspondía a un caballero de noble origen. Su antepasado directo era uno de esos europeos salvajes arrojados a las costas mexicanas hirviendo de codicia, domesticados luego por el lujo que compraron con el oro robado a los indígenas. Por sus venas corría la sangre de los nobles ladrones que habían clavado la espada en tierras nahuatl, nobles que aún mamaban de la herida abierta sin atisbo de saciarse. Eran los dueños desde esos tiempos y lo seguirían siendo.

–Necesito que el tema “Mariana” quede

resuelto antes de hoy en la noche –le dijo a Ramírez de un punto a otro de la sala, para que todos escucharan–. Se acabaron las excusas y me veré forzado a tomar medidas más drásticas –agregó con el tono en que su casta se dirigía a la servidumbre–. La operación está sufriendo enormes retrasos por tu incapacidad para deshacerte de una puta –y lo miró directamente a los ojos sin pestañear. Ramírez hervía, pero sabía que tenía razón.

A pesar de la amargura que le producía verse humillado frente a sus subordinados, todos de origen popular, contestó calmadamente.

–Pedro, el ermitaño, ya la debe haber rastreado.

–¿Sabes? Nunca entendí por qué es tan especial ese Pedro ¿Es algún agente o sólo otro de esos mercenarios que recoges de las calles?

–Pedro Damián, el ermitaño, es un selknam psicótico. Un embrión mal desarrollado que se obstinó en vivir. Su cerebro es inestable como toda su existencia. Su lóbulo temporal continúa, en otra dimensión, hacia el cerebro de un tiburón blanco. Su cuerpo deforme no está del todo en nuestro espacio, se remueve y vibra como una imagen de video deteriorada.

No es fácil describirlo, pero ante su presencia se tiene la sensación de una anomalía perversa, de existencia corrupta. Muchos de nosotros pensamos que ofende a Dios.

Alvarado había cambiado de expresión a medida que oía los detalles.

–Suenan espantoso.

–Lo es. Es una pesadilla viviente.

–¿Cómo es que algo así trabaja para nosotros?

–Entiende que no trabaja oficialmente para nosotros.

–Si, entiendo– sonrió –tú trabajas en los límites de lo permitido. Eres el basurero que se encarga del “trabajo sucio”, ¿no?.

–Si, Alvarado –dijo disimulando su amargura– soy de los que le recogen la basura a tipos como

como tú.

>>Pedro, el ermitaño, hace trabajos para nosotros a cambio de “miedo residual”.

–Parece que hay varias cosas que no me informaron cuando me enviaron a este agujero ¿Qué es “miedo residual”, por el amor de Dios?

–Todas las unidades operacionales como la nuestra, trabajan con médiums, contactados, poseídos y entidades psíquicas altamente tóxicas. Se necesita un complejo sistema de extracción y limpieza en las redes de aire acondicionado. Las infecciones que pueden producirse son realmente peligrosas, si vieras las imágenes que obtenemos con los filtros adecuados se te pondrían los pelos de punta. Quizás por eso no te contaron nada –sonrió viendo la cara de preocupación que comenzaba a aparecer en Alvarado–. Hace algunos años conseguimos convertir en datos los procesos chamánicos de exorcismo y desarrollamos extractores que están constantemente filtrando la carga en las auras de los operarios, quebrando “presencias”, absorbiendo la pena que emanan algunas entidades; absorbiendo algunas almas que se han arrastrado hasta nosotros evadiendo los firewalls, sedientas de calor humano, a través de las carreteras que abrimos entre mundos.

>>Todo lo extraído se reduce en unas cámaras de disolución. Los dolores demasiado gruesos se fijan con estática a unas barras de ferrita del tamaño de una mano. Les llamamos “miedo residual” y Pedro, el ermitaño, tiene un especial gusto por ellas.

–¿Cómo? –Alvarado se reía nerviosamente–. ¿Le pagamos con almas en pena?– sonrió cruzándose de piernas y brazos, pensando “este cabrón realmente lo está disfrutando”.

–Si no me crees –dijo Ramírez y modificó la función en la pantalla de su monitor– te puedo contar que en estos momentos hay algo parecido a un niño trepando abrazado a tu pierna derecha y una entidad, vagamente similar a un pulpo,

a un pulpo, está adherida a tu espalda intentando penetrar tus chakras con sus tentáculos –Alvarado hizo una mueca parecida a una sonrisa y tragó saliva. Todos los operarios miraban expectantes la pequeña venganza de Ramírez. De pronto sonaron todas las alarmas y las luces enrojecieron.

–iSeñor, Pedro encontró a Mariana! –Ramírez corrió hacia el puesto del controlador y le palmoteó la espalda–. Bien, muchacho. Abre la comunicación ¿Tenemos imagen?.

* * *

–iSeelknaaam! ¡Este huevón me quiere matar! ¡Ayúdame desgraciado! – Mariana respiraba agitadamente.

Pedro se hundió la mano en el ojo derecho y giró algo que sonó como un switch, una nube se formó en torno a él y lo hizo desaparecer. De la nube emergió la imagen de la madre de Mariana levitando hacia ella. La mujer entró en pánico.

* * *

–¿Qué ocurre? –preguntó Alvarado inclinándose sobre el monitor–. Ahora se ve distinto.

–Pedro tiene disociados todos los componentes de su psique. Su ego, su yo y todas sus capas psicológicas tienen vida independiente en torno a él. Lo orbitan, entran y salen frenéticamente.

>>“Eso” que está viendo Mariana es su arma más peligrosa –continuó–. Su ánima es una entidad femenina voraz e infecciosa, sus raíces penetran tu psique desde el inconsciente colectivo e inculca recuerdos tóxicos en tu mente que se reproducen y copan tu memoria. Es capaz de reencarnarse en cualquier estructura, puede hacer vivir a un cuchillo o una montaña pequeña. Es un conjuro negro personificado.

–“Eso”, ¿es parte de Pedro? –preguntó Alvarado con nerviosismo.

–Es la entidad “Juana”. Su sonda, su proyectil, su perro guardián, su amante, su tarot, su droga. Veneno psicológico vivo.

–Recuerda que no debe dañarla, sólo capturarla ¿Podrá entender eso?

* * *

–iNo me toques! –Mariana gritaba completamente fuera de sí frente a la visión fantasmagórica de su madre mutilada. La veía desde todos los puntos de vista y era capaz de leer la estructura molecular de toda su piel. Comenzó a vomitar.

–No quiero hacerte daño, hija mía. Sólo quiero llevarte conmigo para que disfrutes este calvario. Sólo quiero nos abracemos en esta muerte antes de la muerte –extendió un brazo desde la zona de su corazón y la tocó entre los ojos. Mariana estaba siendo inoculada con veneno psíquico directo a sus neuronas, pulsos cargados con los recuerdos atroces de las “perras”. Se desorbitaban sus ojos, el cuerpo completamente crispado; se orinó y le faltaba la respiración. Sentía que una mantarraya le envolvía el cerebro con un color hediondo lleno de microbios catódicos. Anémonas electrónicas interviniendo sus sistemas, colonias de parásitos mnemónicos proliferando en los resquicios de su masa encefálica.

–Ahorita te vas conmigo a Colombia, Mariana. Que pinche “perrita” vas a ser. Pero como soy todo un bromista, vas a estar consciente todo el tiempo, mi chula.

* * *

–No vamos a hacer eso –dijo Alvarado– idíselo ya!

–Bien, el trato era que si ella no cumplía la íbamos a...

–iNo, imbécil! –le gritó en la cara y perdiendo toda la compostura, lo aferró de una solapa. Ramírez lo miró más sorprendido que molesto.

-¡Te ordeno que controles a esa cosa de inmediato! -Ramírez se soltó de un manotazo. Desde el comunicador se escuchó una voz extraña.

* * *

-Ya está bien. Suéltala -dijo el selknam y desplazó el espacio que ocupaba Pedro un milímetro hacia la izquierda. El demonio alcanzó a huir por una puerta y entrar inmediatamente tras el Reche en la forma de una ola de ira roja.

El selknam huyó dos años hacia el pasado, a un momento en que Pedro meditaba, y le enterró un estilete de metal en su columna. Saltó hacia una grieta de tiempo y cayó al presente de cara a una ola roja bastante más débil, la esquivó con un pase de Aikido y, tomando el mango del estilete, le arrancó la columna vertebral de un elegante tirón.

Pedro cayó de bruces.

El selknam, inmóvil en el gesto, la columna colgando de su mano.

El silencio, el crepitar del fuego. Mariana en el suelo, desvanecida.

* * *

-¿Qué pasó? -preguntó Ramírez.

-No tengo idea quién es ese huevón -dijo Alvarado- pero te salvó de una caada mayúscula.

-Verifiquen si todavía tenemos comunicación con los aparatos de Pedro -reaccionó mecánicamente el militar, sorprendido por la aparición del selknam y la particular preocupación de Alvarado por Mariana.

© 2003, Jorge Baradit.

[...continúa en *TauZero* #3]

Sobre el autor: Jorge Baradit es un diseñador gráfico que sólo se dedicó a escribir historias porque no aguantaba las imágenes que tenía que cargar en la cabeza. Nacido en Valparaíso, gemelo, gallo y león por haber nacido a las 10:45 de la mañana un mes antes de la llegada del hombre a la Luna, el año de Woodstock; atrasado para París, adelantado para Salvador, pero cerquita igual. O sea, llegó atrasado a todas las fiestas que inauguraron el período más esquizoide del siglo XX. Cyberpunk por consecuencia, vive intoxicado de rayos catódicos, ondas electromagnéticas, comida intervenida genéticamente, aire contaminado, ideas tóxicas y sexo inseguro. Sobresaturado de información, cruza la ciudad en una moto, medio mareado por las luces, leds y líneas de alta tensión como un bit atrasado esquivando apenas las neuronas grasosas del tendido urbano. Fue rebelde pero ahora está demasiado cómodo debajo de su plumón de pluma de ganso. Lo único que quiere es deshacerse de los escarabajos que le llenan la caja craneana.

EL SERMÓN DOMINICAL

por Carl Sagan

[...] Suelo dar conferencias científicas ante audiencias populares. En algunas ocasiones me preguntan sobre la exploración planetaria y la naturaleza de los planetas; en otras, sobre el origen de la vida y la inteligencia en la Tierra; en otras todavía, sobre la búsqueda de vida en cualquier lugar; y otras veces, sobre la gran perspectiva cosmológica. Como esas conferencias ya las conozco por ser yo quien las da, lo que más me interesa en ellas son las preguntas. Las más habituales son relativas a objetos volantes no identificados y a los astronautas en el principio de la historia, preguntas que en mi opinión son interrogantes religiosas disfrazadas. Son igualmente habituales, especialmente después de una conferencia en la que hablo de la evolución de la vida o de la inteligencia, las preguntas del tipo: «¿Cree usted en Dios?». Como la palabra *Dios* significa cosas distintas para distintas personas, normalmente pregunto qué entiende mi interlocutor por «Dios». Sorprendentemente, la respuesta es a veces enigmática o inesperada: «¡Oh! Ya sabe Ud., Dios. Todo el mundo

sabe quien es Dios», o bien, «*Pues una fuerza superior a nosotros y que existe en todos los puntos del universo*». Hay muchas fuerzas de ese tipo, contesto. Una de ellas se llama *gravedad*, pero no es frecuente identificarla con Dios. Y no todo el mundo sabe a lo que se hace referencia al decir Dios. El concepto cubre una amplia gama de ideas. Alguna gente piensa en Dios imaginándose un hombre anciano, de grandes dimensiones, con una larga barba blanca, sentado en un trono en algún lugar ahí arriba en el cielo, llevando afanosamente la cuenta de la muerte de cada gorrión. Otros –por ejemplo, Baruch

Spinoza y Albert Einstein– consideraban que Dios es básicamente la suma total de las leyes físicas que describen al universo. No sé de ningún indicio de peso en favor de algún patriarca capaz de controlar el destino humano desde algún lugar privilegiado oculto en el cielo, pero sería estúpido negar la existencia de las leyes físicas. Creer o no creer en Dios depende en mucho de lo que se entienda por Dios.

A lo largo de la historia, ha



© Luis Royo

habido posiblemente miles de religiones distintas. Hay también una piadosa creencia bien intencionada, según la cual todas son fundamentalmente idénticas. Desde el punto de vista de una resonancia psicológica subyacente, puede haber efectivamente importantes semejanzas en los núcleos de muchas religiones, pero en cuanto a los detalles de la liturgia y de la doctrina, y en las apologías consideradas autenticantes, la diversidad de las religiones organizadas resulta sorprendente. Las religiones humanas son mutuamente excluyentes en cuestiones tan fundamentales como: un dios o muchos, el origen del mal, la reencarnación, la idolatría, la magia y la brujería; el papel de la mujer, las proscriciones dietéticas, los ritos mortuorios, la liturgia del sacrificio, el acceso directo o indirecto a los dioses, la esclavitud, la intolerancia con otras religiones y la comunidad de seres a los que se debe una consideración ética especial. Si despreciamos esas diferencias, no prestamos ningún servicio a la religión en general, ni a ninguna doctrina en particular. Creo que deberíamos comprender los puntos de vista de los que hacen las distintas religiones e intentar comprender que las necesidades humanas quedan colmadas con esas diferencias.

Bertrand Russell fue arrestado en una ocasión por protestar pacíficamente en ocasión del ingreso de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial. El funcionario de la prisión preguntó a Russell cual era su religión, lo que era una pregunta rutinaria por aquel entonces en todos los ingresos. Russell respondió «*Agnóstico*» y tuvo que deletrearle la palabra. El funcionario sonrió afablemente, movió la cabeza y dijo: «*Hay muchas religiones distintas, pero supongo que todos adoramos al mismo Dios*». Russell comentó que esa observación le mantuvo alegre durante semanas. Y no debía haber muchas cosas que lo alegraran en la cárcel, aunque consiguió escribir toda la *Introducción a la filosofía matemática* y

empezó a leer para su trabajo *El análisis de la mente*, todo ello dentro de sus limitaciones.

Muchas de las personas que me preguntan por mis creencias lo que en realidad quieren es confirmar si su sistema de creencias particular es coherente con el conocimiento científico moderno. La religión ha salido dañada de su confrontación con la ciencia, y mucha gente –pero no todo el mundo– se muestra reacia a aceptar un cuerpo de creencias teológicas que entre en conflicto frontal con lo que conocemos. Cuando el *Apollo 8* cumplía la primera navegación tripulada alrededor de la Luna, en un gesto más o menos espontáneo los astronautas a bordo leyeron el primer versículo del Génesis en un intento, a mi criterio, de tranquilizar a los contribuyentes norteamericanos en cuanto a que no existía incoherencia entre las consideraciones religiosas tradicionales y un vuelo tripulado a la Luna. Los musulmanes ortodoxos, por su parte, se sintieron ultrajados por los astronautas del *Apollo 11*, ya que para el Islam la Luna posee un significado especial y sagrado. Después del primer vuelo orbital de Yuri Gagarin, y en un contexto religioso muy distinto, Nikita Krushev, presidente del Consejo de Ministros de la URSS, afirmó que Gagarin no había encontrado *ni dioses ni ángeles allá arriba*; es decir, Krushev tranquilizó a su “feligresía” en el sentido de que el vuelo orbital tripulado no entraba en contradicción con sus creencias.

[...] Una prominente religión norteamericana predicaba resueltamente que el mundo finalizaría en 1914. Ahora bien, 1914 ha llegado y se ha ido y, aun a pesar de que los acontecimientos de ese año fueron verdaderamente importantes, el mundo no parece haberse acabado. Son tres las respuestas que pueden ofrecer los seguidores de una religión organizada ante un fracaso profético tan notorio como éste. Podrían haber dicho: «*¿Dijimos 1914? Lo sentimos, queríamos decir 2014. Un pequeño error de cálculo;*

esperamos que no les haya causado ningún perjuicio». Pero no lo hicieron. Podrían haber dicho: «*El mundo se habría acabado en 1914, pero rogamos tan intensamente e intercedimos tanto ante el Señor, que eso evitó el fin de la Tierra*». Pero tampoco lo hicieron. En lugar de ello, hicieron algo más ingenioso. Anunciaron que el mundo se había acabado realmente en 1914 y que si los demás no nos habíamos dado cuenta, ese era nuestro problema. Ante tamañas evasivas resulta sorprendente que esa religión tenga todavía adeptos, pero las religiones son duras de roer. O bien no hacen ninguna propuesta que pueda refutarse, o bien revisan rápidamente la doctrina después de una refutación. El hecho de que las religiones sean tan descaradamente deshonestas, tan despreciativas de la inteligencia de sus adeptos y de que a pesar de ello todavía florezcan no dice nada bueno en favor del vigor mental de sus creyentes. Pero también pone de manifiesto, como si ello necesitase una demostración, que cerca del núcleo de la experiencia religiosa existe algo que se resiste a la racionalidad.

Muchas de las controversias descritas por Andrew Dickson White en el libro *The Warfare of Science with Theology in Christendom* son discusiones sobre los orígenes. Se solía pensar que hasta el más trivial acontecimiento del mundo –la eclosión de una flor, por ejemplo– se debía a una microintervención directa de la Deidad. La flor era incapaz de abrirse por sí sola; Dios tenía que decir: «¡Eh, flor, ábrete!». Al aplicar esta idea a los asuntos del hombre, las consecuencias sociales han sido a menudo muy variables. Por un lado, pareciera indicar que no somos responsables de nuestras acciones. Si la representación teatral que es el mundo está producida y dirigida por un Dios omnipotente y omnisciente, ¿no puede deducirse acaso que cualquier mal que se produzca es una acción de Dios? Me consta que esta idea resulta embarazosa

para Occidente; los intentos por evitarla pretenden que lo que parece ser obra del demonio en realidad forma parte del Plan Divino, demasiado complejo para que podamos comprenderlo en toda su extensión; o que Dios prefirió ocultar su propia visión de la causalidad cuando se dispuso a hacer el mundo. No hay nada totalmente imposible en esos intentos filosóficos de rescate, pero parecen tener un fuerte carácter de apuntalamiento de una estructura ontológica tambaleante. Además, la idea de una microintervención en los asuntos del mundo ha sido utilizada para prestar apoyo al *statu quo* social, político y económico. Por ejemplo, estaba la idea del «Derecho Divino de los Reyes», que fue teorizada por filósofos como Thomas Hobbes. Si alguien tenía pensamientos revolucionarios con respecto a Jorge III, por poner un ejemplo, entonces era condenado por los delitos religiosos de blasfemia e impiedad, así como por otros delitos políticos más vulgares, como la traición.

Hay muchos debates científicos legítimos relacionados con orígenes y finales. ¿Cuál es el origen de la especie humana? ¿De dónde vienen las plantas y los animales? ¿Cómo surgió la vida? ¿Y la Tierra y los planetas, el Sol y las estrellas? ¿Tiene origen el Universo y, en ese caso, cuál? Y también una pregunta más fundamental y poco frecuente, de la que muchos científicos opinan que carece de sentido por no poderse comprobar: ¿Por qué las leyes de la Naturaleza son como son? La idea de que es necesario un Dios (o varios) para producir esos orígenes ha sido atacada en repetidas ocasiones en los últimos mil años. Gracias a nuestros conocimientos acerca del fototropismo y de las hormonas vegetales, podemos explicar hoy la eclosión la flor sin recurrir a una microintervención divina. Lo mismo pasa con la causalidad en el origen de las cosas. A medida que vamos comprendiendo mejor el universo, van quedando menos cosas para Dios. La visión que tenía Aristóteles de Dios era la de

un ser capaz de producir el primer movimiento sin moverse, un *roi faineant*, un rey perezoso que crea primero el universo y se sienta luego para observar cómo van tejiéndose las intrincadas y entremezcladas cadenas de la causalidad a lo largo de los tiempos. Pero esa idea parece abstracta y alejada de la experiencia cotidiana. Es un tanto perturbadora y aviva la vanidad humana.

Los seres humanos parecen tener una aversión natural hacia la progresión infinita de las causas, y ese desagrado es precisamente el fundamento de las demostraciones más famosas y más efectivas de la existencia de Dios, formuladas por Aristóteles y Tomás de Aquino. Pero esos pensadores vivieron mucho antes de que las series infinitas se convirtiesen en un lugar común de las matemáticas. Si en la Grecia del siglo V a. J.C. se hubiese inventado el cálculo diferencial e integral o la aritmética transfinita, y no hubiesen sido desestimados posteriormente, la historia de la religión en Occidente hubiese podido ser muy distinta, o por lo menos no hubiera existido la pretensión de que la doctrina teológica puede demostrarse mediante argumentos racionales a quienes rechazan la revelación divina, como intentó Tomás de Aquino en su *Summa Contra Gentiles*.

Cuando Newton explicó el movimiento de los planetas recurriendo a la teoría de la gravitación universal, dejó de necesitarse que los ángeles empujasen los planetas. Cuando Pierre Simon, marqués de Laplace, propuso explicar el origen del sistema solar –aunque no el origen de la materia– también mediante leyes físicas, la necesidad de un dios para los orígenes de las cosas empezó a ser profundamente cuestionada. Se cuenta que Laplace presentó una edición de su trabajo matemático *Mecanique céleste* a Napoleón, a bordo del barco que a través del Mediterráneo los llevaba a Egipto en su famosa expedición de 1798. Unos días más tarde, siempre

según la misma versión, Napoleón se quejó a Laplace de que en el texto no apareciese ninguna referencia a Dios. La respuesta fue: «*Señor, no necesito esa hipótesis*». La idea de que Dios es una hipótesis en lugar de una verdad evidente es una idea moderna en Occidente, aunque ya fue discutida seria y torcidamente por los filósofos jónicos hace unos 2.400 años.

Normalmente se cree que al menos el origen del universo necesita de un Dios, según la idea aristotélica. Vale la pena detenemos un poco más sobre este punto. En primer lugar, es perfectamente posible que el universo sea infinitamente viejo, eterno, y por tanto no requiera ningún Creador. Esta idea concuerda con nuestros conocimientos cosmológicos actuales, los que permitirían un universo oscilante en el que los acontecimientos desde el Big Bang no serían sino la última encarnación de una serie infinita de creaciones y destrucciones del universo. Pero, en segundo lugar, consideremos la idea de un universo creado de la nada por Dios. La pregunta que aparece inmediatamente (de hecho, muchos críos de diez años piensan espontáneamente en ella antes de ser disuadidos por los mayores) es: ¿de dónde viene Dios? Si la respuesta es que Dios es infinitamente viejo y ha estado presente en cualquier época, no hemos resuelto nada. Con ello nos habremos limitado a retrasar un poco más el afrontar el problema. Un universo infinitamente viejo y un Dios infinitamente viejo son, a mi entender, misterios igualmente profundos. No hay evidencia de que uno de ellos esté más solidamente establecido que el otro. Spinoza pudo haber dicho que las dos posibilidades no se diferencian en nada en absoluto.

Cuando se trata de afrontar misterios tan profundos, considero prudente adoptar una actitud humilde. La idea de que los científicos y los teólogos, con el bagaje actual de conocimientos, todavía raquítico, acerca de este cosmos

tan amplio y aterrador, pueden comprender los orígenes del universo es casi tan absurda como la idea de que los astrónomos mesopotámicos de hace 3.000 años –en quienes se inspiraron los antiguos Hebreos, durante la invasión babilónica, para explicar los acontecimientos cosmológicos en el primer capítulo del Génesis– hubiesen comprendido los orígenes del universo. Sencillamente no lo sabemos. El libro sagrado Hindú, el *Rig Veda* (x: 129) presenta una visión mucho más realista sobre este asunto:

¿Quién sabe con certeza? ¿Quién puede declararlo aquí?

¿Desde cuándo ha nacido, desde cuándo se produjo la creación?

Los dioses son posteriores a la creación de este mundo;

¿Quién puede saber entonces los orígenes del mundo? Nadie sabe desde cuando surgió la creación;

Ni si la hizo o no;

Aquel que vigila desde lo alto de los cielos, sólo él sabe –o tal vez no lo sabe.

Pero la época en la que vivimos es muy interesante. Algunas preguntas sobre los orígenes, incluso algunas preguntas relacionadas con el origen del universo, pueden llegar a tener una comprobación experimental en las próximas décadas. No existe una posible respuesta para las grandes preguntas cosmológicas que no choque con la sensibilidad religiosa de los seres humanos. Pero existe la posibilidad de que las respuestas desconcierten a muchas religiones doctrinales y burocráticas. La idea de una religión como cuerpo de doctrina, inmune a la crítica y determinado para siempre por algunos de sus fundadores, es a mi criterio la mejor receta para una larga desintegración de esa religión, especialmente en los últimos tiempos. En cuestiones de orígenes y principios, la sensibilidad religiosa y la científica tienen objetivos muy parecidos. Los seres humanos somos de tal forma

que deseamos ardientemente conocer las respuestas a esas preguntas –a causa quizá del misterio de nuestros propios orígenes individuales. Pero nuestros conocimientos científicos actuales, aún siendo limitados, son mucho más profundos que los de nuestros antecesores babilonios del año 1000 a. J.C. Las religiones que no muestran predisposición por acomodarse a los cambios, tanto científicos como sociales, están sentenciadas de muerte. Un cuerpo de creencias no puede ser vivo y consistente, vibrante y creciente, a menos de ser sensible a las críticas más serias que Le puedan ser formuladas.

La Primera Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos contempla la diversidad de religiones, pero no prohíbe la crítica religiosa. De hecho, protege y alienta la crítica religiosa. Las religiones tienen que estar sujetas, por lo menos, al mismo grado de escepticismo que, por ejemplo, las opiniones sobre visitas de OVNIs o sobre el catastrofismo de Velikovsky. Creo aconsejable que sean las propias religiones las que fomenten el escepticismo sobre los puntales fundamentales de sus propias bases. No se cuestiona que la religión proporcione alivio y ayuda, que sea un baluarte siempre presente para las necesidades emocionales y que pueda tener un papel social extremadamente útil. Pero eso no significa en absoluto que la religión tenga que ser inmune a la comprobación, al escrutinio crítico, al escepticismo. Resulta sorprendente el bajo nivel de discusión escéptica de la religión que se da en el país que Tom Paine, el autor de *The Age of Reason*, contribuyó a fundar. Sostengo que los sistemas de creencias que no son capaces de aceptar la crítica no merecen ser. Aquellos que son capaces de hacerlo posiblemente tengan en su interior importantes parcelas de verdad.

La religión solía proporcionar una visión, normalmente aceptada, de nuestro lugar en el universo. Ese ha sido, con toda seguridad, uno de los objetivos principales de los mitos y las

leyendas, de la filosofía y la religión, desde que han existido los seres humanos. Pero la confrontación entre las distintas religiones y de la religión con la ciencia ha desgastado esos puntos de vista tradicionales, por lo menos en la mente de muchos. La forma de encontrar nuestro lugar en el universo se consigue examinando el universo y examinándonos a nosotros mismos –sin ideas preconcebidas, con la mente lo más abierta que podamos. No podemos empezar totalmente de cero, ya que afrontamos el problema con ciertas inclinaciones, debidas a nuestro origen hereditario y ambiental; pero, una vez comprendidos esos prejuicios artificiales, ¿no es posible arrancar de la Naturaleza nuestros conocimientos?

Los que propugnan religiones doctrinales –aquellas que priman un determinado cuerpo de creencias y que desprecian a los infieles– están amenazados por el valiente afán de adquirir conocimientos. Dicen que puede ser peligroso profundizar demasiado. Mucha gente ha heredado su religión al igual que el color de sus ojos: la consideran algo sobre lo que no hay que pensar con detenimiento y, en cualquier caso, algo que escapa a nuestro control. Pero aquellos que sienten en lo más profundo de su ser una serie de creencias, que han ido seleccionando, sin excesivos prejuicios, de entre los hechos y las alternativas, han de sentirse atraídos por los interrogantes. El disgusto hacia las dudas relativas a nuestras creencias es la señal de alerta del cuerpo: ahí se encuentra un bagaje doctrinal no examinado y posiblemente peligroso.

Christian Huygens escribió en 1670 un interesante libro en el que hacía una serie de especulaciones atrevidas y premonitorias sobre la naturaleza de los demás planetas del sistema solar. Huygens era muy consciente de que muchos consideraban objetables sus especulaciones, así como sus observaciones astronómicas. «Pero tal vez dirán», pensaba Huygens, «que no nos

corresponde a nosotros ser tan curiosos e inquisitivos en esas Cosas que el Supremo Creador parece haber conservado para su propio Conocimiento: Ya que al no haber deseado llevar más allá el Descubrimiento o Revelación de ellas, no parece sino presunción investigar en aquello que ha considerado oportuno esconder. Pero hay que decir a esos caballeros», proseguía atronadamente Huygens, «que es mucha su pretensión de determinar hasta que punto, y no más allá, debe caminar el Hombre en sus Búsquedas y la de imponer límites a la Actividad de los demás Hombres; como si conociesen los Límites que Dios ha impuesto al Conocimiento; o como si los Hombres fuesen capaces de superar esos Límites. Si nuestros Antecesoros hubiesen sido hasta ese punto escrupulosos, todavía seríamos ignorantes de la Magnitud y la Figura de la Tierra, o de que existe un sitio llamado América».

Si consideramos el universo como un todo, encontraremos algo sorprendente. En primer lugar, encontramos un universo que es excepcionalmente bello, construido de forma intrincada y sutil. Sobre si nuestra apreciación del universo se debe o no a que formamos parte de él –sobre si lo encontraríamos bello, independientemente de como estuviese constituido el universo– no pretendo dar una respuesta. Pero no existe la menor duda de que la elegancia del universo es una de sus propiedades más notables. Al mismo tiempo, no puede cuestionarse que existen cataclismos y catástrofes que se repiten periódicamente en el universo y a la escala más temible. Se dan, por ejemplo, explosiones de quásares que posiblemente arrasen los núcleos de las galaxias. Parece probado que cada vez que explota un quásar, saltan por los aires más de un millón de mundos y que innumerables formas de vida, algunas de ellas inteligentes, quedan brutalmente destruidas. No es ese el universo tradicionalmente

benigno de la religiosidad convencional de Occidente, construido para el provecho de los seres vivos y, en particular, de los hombres. De hecho, las enormes dimensiones del universo –más de cien mil millones de galaxias, cada una de las cuales contiene más de cien mil millones de estrellas– ponen de manifiesto la inconsecuencia de los acontecimientos humanos en el contexto cósmico. Vemos al mismo tiempo un universo muy bello y muy violento. Vemos un universo que no excluye al dios tradicional de Oriente u Occidente, pero que tampoco requiere uno.

Creo intensamente que si existe un dios o algo por el estilo, nuestra curiosidad y nuestra inteligencia han de ser proporcionadas por ese dios. Seríamos desagradecidos para con esos dones (así como incapaces de emprender ese tipo de acción) si suprimiésemos nuestra pasión por explorar el universo y a nosotros mismos. Por otro lado, si ese dios tradicional no existe, nuestra curiosidad y nuestra inteligencia son las herramientas fundamentales para procurarnos la supervivencia. En ambos casos la empresa del conocimiento es coherente tanto con la ciencia como con la religión y resulta esencial para el bienestar de la especie humana.

© 1974, Carl Sagan.

EL MONSTRUO SUBATÓMICO

por Isaac Asimov

[...] Electricidad y magnetismo están íntimamente relacionados; en realidad, resultan inseparables. Todo lo que posee un campo eléctrico tiene un campo magnético, y viceversa. De hecho, los científicos normalmente hablan de un campo electromagnético, más que de un campo eléctrico o magnético por separado. Hablan de la luz como de una radiación electromagnética, y de la interacción electromagnética como de una de las cuatro interacciones fundamentales de la Naturaleza.

Naturalmente, pues, no resulta sorprendente que la electricidad y el magnetismo, cuando se consideran por separado, muestren numerosas semejanzas. Así, un imán tiene dos polos, que presentan extremos opuestos, por así decirlo, de propiedades magnéticas. Les llamados «polo norte» y «polo sur». Existe una atracción entre los polos norte y sur, y una repulsión entre dos polos norte o entre dos polos sur.

De forma semejante, un sistema eléctrico tiene dos extremos opuestos, que llamamos «carga positiva» y «carga negativa». Existe una atracción entre una carga positiva y otra negativa, y una repulsión entre dos cargas positivas o entre dos cargas negativas. En cada caso, la atracción y la repulsión son de intensidades iguales, y tanto la atracción como la repulsión se hallan en proporción inversa al cuadrado de la distancia.



Sin embargo, queda una enorme diferencia de una clase.

Suponga que tiene una varilla de material aislante en la que, de una forma u otra, ha producido en un extremo una carga negativa y, en la otra, una carga positiva. Así, pues, si se rompe la varilla por la mitad, una de esas mitades tiene una carga completamente negativa, y la otra mitad es enteramente positiva. Y lo que es más, existen partículas subatómicas, como los electrones, que llevan sólo una carga negativa y otros, como los protones, que llevan sólo una carga positiva.

No obstante, supongamos que tiene un imán largo, con un polo norte en un extremo y un polo sur en el otro. Si lo rompemos por la mitad, ¿existe una mitad enteramente polo norte y otra mitad enteramente polo sur?

¡No! Si se parte un imán en dos, la mitad del polo norte, al instante, desarrolla un polo sur en donde se ha roto, mientras que la mitad del polo sur desarrolla en el punto de ruptura un polo norte. Es imposible hacer nada para que cualquier objeto posea sólo un polo magnético; ambos están siempre presentes. Incluso las partículas subatómicas que poseen una carga eléctrica y, por ende, un campo magnético asociado, poseen un polo norte y un polo sur.

Tampoco parece que existan partículas subatómicas concretas que lleven solo polos norte o sólo polos sur, aunque hay incontables partículas subatómicas que llevan sólo cargas positivas o sólo cargas negativas. No parece existir algo, en otras palabras, como un «monopolo magnético».

Hacia 1870, cuando el físico escocés James Clerk Maxwell elaboró por primera vez las relaciones matemáticas que describían el campo electromagnético como un fenómeno unificado, presentó el mundo con cuatro concisas ecuaciones que parecían totalmente suficientes para el propósito para el que habían sido ideadas. En

caso de haber existido monopolos magnéticos, las cuatro ecuaciones hubieran sido bellamente simétricas, con lo que electricidad y magnetismo habrían representado una especie de imagen de espejo uno del otro. Sin embargo, Maxwell dio por supuesto que los polos magnéticos siempre existían por parejas, mientras que las cargas eléctricas no, y esto, forzosamente, introducía una asimetría.

A los científicos les disgustan las asimetrías, puesto que ofenden el sentido estético e interfieren en la simplicidad (el desiderátum de la ciencia perfecta), así que ha existido siempre una constante sensación de que el monopolo debería existir; de que su no existencia representa un defecto en el diseño cósmico.

Después de que fuese descubierto el electrón, se llegó a saber finalmente que la carga eléctrica está cuantificada; es decir, que todas las cargas eléctricas son múltiplos exactos de algún valor fundamental más pequeño.

Así, todos los electrones poseen una idéntica carga negativa y todos los protones una carga positiva idéntica, y las dos clases de carga son exactamente iguales la una a la otra en tamaño. Todos los otros objetos con carga conocidos tienen una carga eléctrica que es exactamente igual a la del electrón, o a la del protón, o es un múltiplo exacto de una u otra.

Se cree que los quarks tienen cargas iguales a $1/3$ y $2/3$ de la del electrón o protón, pero los quarks no han sido nunca aislados; e incluso aunque lo fuesen, esto meramente representaría que el valor fundamental más pequeño es un tercio de lo que se creía que era. El principio de la cuantificación permanecería.

¿Por qué la carga eléctrica debe cuantificarse? ¿Por qué no podría existir en un valor desigual, exactamente como lo hace la masa? A fin de cuentas, la masa de un protón es un múltiplo enteramente desigual de la masa de un electrón. ¿Por qué no habría de ocurrir lo mismo con la

carga?

En 1931, el físico inglés Paul A. M. Dirac planteó la cuestión de una forma matemática, y llegó a la decisión de que esta cuantificación de la carga sería una necesidad lógica si existiesen los monopolos magnéticos. En realidad, aun cuando hubiese sólo un monopolo en algún lugar del Universo, la cuantificación de la carga sería una necesidad.

Resulta tentador argumentar a la inversa, naturalmente: puesto que la carga eléctrica está cuantificada, los monopolos magnéticos deben existir en algún lugar. Parecía acertado buscarlos.

Pero ¿dónde y cómo pueden encontrarse, si es que existen? Los físicos no lo sabían y, lo que era peor, no estaban seguros de cuáles podrían ser las propiedades de esos monopolos. Parecía natural suponer que eran partículas con bastante masa, porque de no serlo no serían muy comunes y no podrían producirse con facilidad en el laboratorio; y esto explicaría el por qué nadie había tropezado con ellos de manera accidental.

No existió ninguna guía teórica hasta los años setenta, cuando había gente elaborando algunas grandes teorías unificadas con el propósito de combinar las interacciones débiles, fuertes y electromagnéticas, todo ello bajo una simple serie de ecuaciones.

En 1974, un físico neerlandés, Gerard't Hooft, y un físico soviético, Alexandr Poliakov, mostraron, de forma independiente, que de las grandes teorías unificadas podía deducirse que los monopolos magnéticos debían existir, y que no tienen meramente mucha masa, sino que son unos monstruos.

Aunque un monopolo sería aún más pequeño que un protón, envuelta en su pequeñez podría haber una masa de entre diez trillones y diez cuatrillones de veces la del protón. Si se encontrase en el extremo superior de este ámbito, un monopolo tendría un equivalente en energía de 10.000.000.000.000.000.000.000.000

electrón-voltios (10^{28} eV).

¿Y qué cantidad sería eso en masa? Al parecer, un monopolo magnético podría tener una masa de hasta $1,8 \times 10^{-9}$ gramos. Esto equivale a la masa de 20 espermatozoides humanos, todos metidos en una sola partícula subatómica.

¿Cómo pueden formarse estos monstruos subatómicos? No existe modo alguno de que los seres humanos puedan encerrar tanta energía en un volumen subatómico de espacio, ni en la actualidad ni en un futuro previsible. En realidad, no existe ningún proceso natural que tenga lugar en alguna parte del Universo ahora (por lo que sabemos) que pudiera crear una partícula con una masa tan monstruosa.

La única posibilidad es volver al Big Bang, o gran explosión inicial, cuando las temperaturas eran increíblemente elevadas y las energías estaban increíblemente concentradas. Se calcula que los monopolos debieron formarse sólo 10^{-34} segundos después del Big Bang. Después, el Universo habría sido demasiado frío y demasiado grande para este propósito.

Probablemente, se formaron los monopolos norte y sur, quizás en cantidades enormes. Probablemente, un gran número de ellos se aniquilaron los unos a los otros, pero cierto número debió de sobrevivir, simplemente porque, por pura casualidad, no llegaron a encontrar otros del tipo opuesto. Después de que los monopolos sobrevivieran cierto tiempo, la firme expansión del Universo hizo cada vez menos probable que se produjesen colisiones, y esto aseguró su ulterior supervivencia. Por lo tanto, hoy existe cierto número de ellos flotando en torno del Universo.

¿Cuántos? No demasiados, pues por encima de cierto número el efecto gravitatorio de esas monstruosas partículas hubiera asegurado que el Universo, antes de ahora, alcanzase un tamaño máximo y se derrumbase de nuevo por su propio impulso gravitatorio. En otras palabras, podemos

calcular una densidad máxima de monopolos en el Universo simplemente reconociendo el hecho de que nosotros mismos existimos.

Sin embargo, aunque en escaso número, un monopolo debería, de vez en cuando, moverse en las proximidades de un aparato de grabación. ¿Cómo podría detectarse?

En un principio, los científicos, suponían que los monopolos se movían a casi la velocidad de la luz, como lo hacen las partículas de rayos cósmicos; y como las partículas de rayos cósmicos, los monopolos deberían estrellarse contra otras partículas en su camino y producir una lluvia de radiación secundaria que se podría detectar con facilidad, y a partir de la cual el mismo monopolo se podría identificar.

Ahora que se cree que el monopolo es de una masa monstruosa, las cosas han cambiado. Estos enormes monopolos no podrían acumular suficiente energía para moverse muy rápidamente, y se estima que deben de viajar a una velocidad de un par de centenares de kilómetros por segundo; es decir, menos de una milésima parte de la velocidad de la luz. A tan bajas velocidades, los monopolos simplemente se deslizarían al lado y a través de la materia, sin dejar ninguna señal de la que hablar. Es posible que esto explique el que hasta aquí no se hubieran descubierto los monopolos.

Bueno, entonces, ¿qué debe hacerse?

Un físico de la Universidad de Stanford, Blas Cabrera, tuvo una idea. Un imán que impulse energía a través de una bobina de cable enviará una oleada de corriente eléctrica a través de ese cable. (Esto se conoce desde hace un siglo y medio.) ¿Por qué no instalar una bobina así y esperar? Tal vez pasaría un monopolo magnético a través de la bobina y señalaría su paso mediante una corriente eléctrica. Cabrera calculó las posibilidades de que esto sucediera basándose en la densidad más alta del monopolo dado el hecho de que el Universo existe, y decidió que

semejante eventualidad podía ocurrir como promedio, cada seis meses.

Por lo tanto, Cabrera instaló una bobina de metal de niobio, y la mantuvo a una temperatura cercana al cero absoluto. En esas condiciones, el niobio es superconductor y posee una resistencia cero ante una corriente eléctrica. Esto significa que si de alguna forma comienza a fluir por el mismo una corriente, esa corriente fluirá de manera indefinida. Un monopolo que pase a través de la bobina no dará lugar a una oleada instantánea de corriente, sino a una corriente continua.

Naturalmente, una corriente podría ser iniciada por cualquier viejo campo magnético que se encontrase cerca; el propio campo magnético de la Tierra, los que son establecidos por cualquiera de los mecanismos técnicos que le rodean, incluso por pedazos de metal que se estén moviendo porque se encuentran en el bolsillo de alguien.

Por tanto, Cabrera colocó el carrito dentro de un globo de plomo superconductor, el cual estaba dentro de un segundo globo de plomo superconductor. Los campos magnéticos ordinarios no traspasarían el plomo superconductor, pero un monopolo magnético sí lo haría.

Aguardó durante cuatro meses y no sucedió nada. El nivel de corriente, señalado en un rollo móvil de papel, permaneció durante todo ese tiempo cerca de cero. Esto en sí era bueno. Demostraba que había excluido con éxito los campos magnéticos al azar.

Luego, a la 1.53 de la tarde del 14 de febrero de 1982, se produjo un flujo repentino de electricidad, y en la cantidad exacta que cabría esperar si hubiese pasado a través de allí un monopolo magnético.

Cabrera comprobó todas las posibles eventualidades que podían haber iniciado la corriente sin la ayuda de un monopolo, y no

pudo encontrar nada. El monopolio parecía la única alternativa posible.

Así pues, ¿se ha detectado el esquivo monopolio? En este caso, se trata de una notable proeza y de un fuerte apoyo a la gran teoría unificada.

Sin embargo, el problema es que no se repitió ese suceso único, y resulta difícil basar algo en un solo caso.

Asimismo. La estimación de Cabrera del número de monopolos que están flotando por ahí se basaba en el hecho de que el Universo se encuentra aún en expansión. Algunas personas creen que existe una restricción más fuerte derivada de la posibilidad de que los monopolos que flotan por la galaxia borren el campo magnético galáctico general. Puesto que el campo magnético galáctico aún existe (aunque sea muy débil), esto podría establecer un valor máximo de la densidad del monopolio aún mucho más bajo, tan bajo tal vez como 1/10.000 de la cifra de Cabrera.

Si eso fuese así, cabría esperar que pasase un monopolio a través de su coche una vez cada 5.000 años como promedio. Y en este caso que hubiese pasado uno después de esperar sólo cuatro meses es pedir una suerte excesiva, y se hace difícil creer que se tratase de un monopolio.

Sólo se puede hacer una cosa, y los físicos lo están haciendo. Continúan sus investigaciones. Cabrera está construyendo una versión mayor y mejor de su mecanismo, lo cual incrementará en cincuenta veces sus posibilidades de hallar un monopolio. Otros físicos están ideando otras formas de abordar su descubrimiento.

En los próximos años, la búsqueda del monopolio aumentará enormemente en intensidad, porque hay mucho en juego. Su descubrimiento definitivo nos proporcionará una indicación de las propiedades del monstruo subatómico y de sus números. Y a partir de ello, podemos aprender cosas acerca del principio del

Universo, por no hablar de su presente y de su futuro, algo que, en caso contrario, tal vez jamás averiguaríamos.

Y, naturalmente, hay un Premio Nobel que está esperando a alguien.

© 1993, Isaac Asimov.

–Fragmento tomado del libro de divulgación científica *El Monstruo Subatómico: una exploración de los misterios del universo* por Isaac Asimov. ©1993, Salvat Editores, S.A. Barcelona. España–

PARAPSICOLOGÍA Y CIENCIA FICCIÓN

por Jorge Balej

<<Hay más cosas en el cielo y en la tierra,
Horacio, de las que sueña tu filosofía.>>
-William Shakespeare - *Hamlet*-

<<Solo hay dos cosas infinitas: el
universo y la estupidez humana. Y no
estoy tan seguro de la primera.>>
-Albert Einstein-

La Parapsicología y los Fenómenos Paranormales

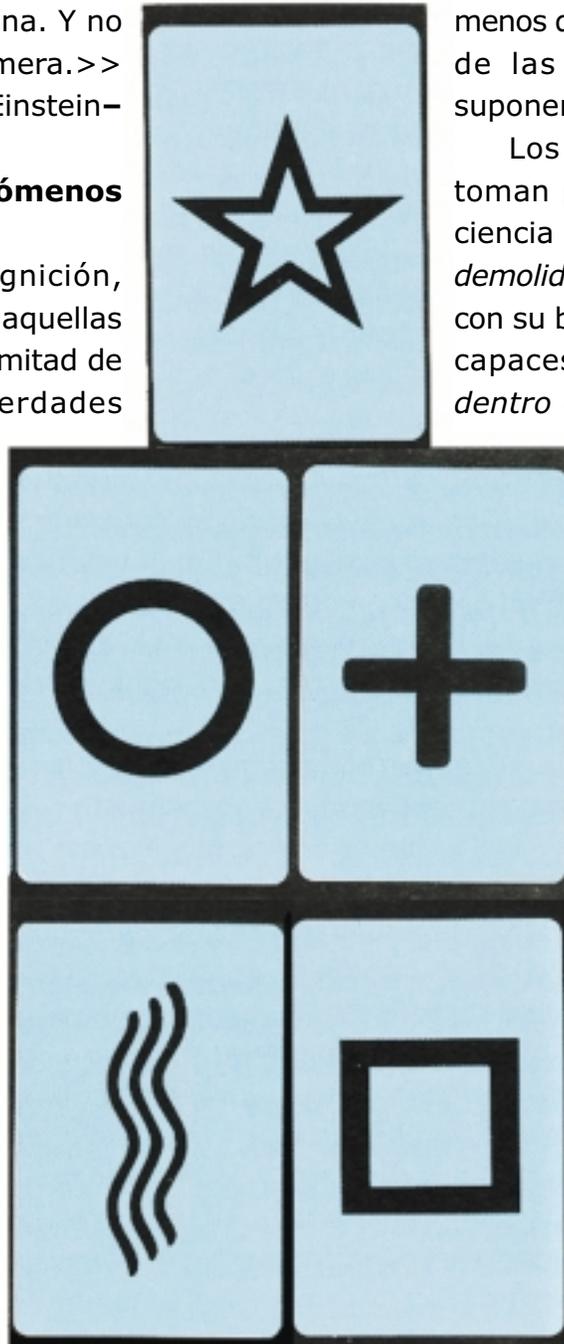
Telepatía, telekinesis, precognición, astrología son solo algunas de aquellas cuestiones consideradas por la mitad de los seres humanos como verdades indiscutibles, cuya creencia raya lo místico religioso y por la otra mitad como supercherías que son juzgadas indignas de discusión y mucho menos de investigación seria. En varias universidades parapsicólogos afirman haber realizado experimentos donde se demuestra la realidad de estos fenómenos, siendo por lo general criticados y menospreciados por los escépticos e investigadores de ciencias duras. Al mismo tiempo un número creciente de astrólogos, mentalistas y adivinadores de diversa extracción y nivel ético recorren los estudios de televisión, son consultados por políticos y famosos de toda especie y se

llenar de dinero (o no, sin duda hay de todo) en sus consultorios. Ese es el estado actual de la cuestión. No pretendo llegar a ninguna conclusión definitiva sobre la existencia o no de fenómenos paranormales, simplemente intentaré presentar

una opinión que espero sea mas o menos desprejuiciada y exponer algunas de las cosas que se saben (o se suponen) al respecto.

Los fenómenos parapsicológicos toman parte en muchas historias de ciencia ficción. Por ejemplo *El hombre demolido* y *Tigre, Tigre* de Alfred Bester con su batallón de telépatas y humanos capaces de teleportarse, *Muerto por dentro* con el dramático relato de un

telépata perdiendo sus poderes, *Carrie*, *Ojos de Fuego* y *La Zona Muerta* de Stephen King (por citar solo algunos libros de este autor) donde se sugiere que la posesión de tales poderes no hace necesariamente la vida mas fácil, la trilogía de Ender de Orson Scott Card en donde extrañas razas alienígenas se comunican telepáticamente, toda la serie del Imperio Galáctico y la Fundación de Isaak Asimov donde hasta los robots poseen habilidades de control mental, *La mano izquierda de la oscuridad* de Ursula K. Le Guin con sus tejedores telepáticos, *El señor de la luz* y sus dioses humanos, *El hombre en el*



castillo esa formidable ucronía de Phillip K. Dick basada en los hexagramas del I-Ching y tantos otros.

Ni hablar de las películas y series de televisión cuyos héroes o villanos tienen habilidades como telepatía, telekinesis o precognición, basta con citar *Scanners* de David Cronenberg y últimamente *X-Men*. En resumen, la idea de seres humanos poseedores de poderes especiales no resulta para nada absurda desde el punto de vista de la ciencia-ficción donde se supone que en un futuro (probablemente cercano) esta clase de cosas podrían convertirse en realidad.

¿Poseerá la raza humana tales poderes, al menos en forma latente? Los parapsicólogos afirman que sí, y aportan en defensa de su tesis la existencia de ciertas personas que tendrían habilidades tales como mover objetos con solo desearlo (telekinesis), transmitir o recibir los pensamientos de otros (telepatía), adivinar el futuro (precognición) o conocer el paradero de alguien desaparecido con solo tocar un objeto que le pertenezca (psicometría). Es difícil saber si los experimentos realizados con tales personas fueron llevados a cabo en condiciones de laboratorio controladas y con todas las precauciones necesarias para evitar el fraude. Según parece los poderes de muchos de estos mentalistas dejan de funcionar en condiciones de laboratorio y la mayoría se niega a presentarse ante audiencias de magos profesionales (el caso de famoso mentalista israelí Uri Geller es paradigmático). Esto último casi bastaría para descartar de plano la realidad de estas habilidades, pero la incógnita continúa porque sin duda todos nosotros hemos tenido experiencias donde la concatenación de hechos ha parecido casi mágica. En cierta oportunidad me encontraba caminando por una calle del centro de Buenos Aires cuando vino a mi memoria la imagen de una persona a quien no había visto en varios años (ni siquiera había pasado por mi

cabeza desde mucho tiempo atrás), un minuto después me topé con ella doblando una esquina. Hechos como este me han ocurrido en varias oportunidades y creo no equivocarme si digo que esa clase de cosas son bastante frecuentes. ¿Quién no ha soñado cierta noche con un viejo amigo ausente durante mucho tiempo para recibir a la mañana siguiente un llamado telefónico de ese mismo amigo? (¡no me lo vas a creer, pero anoche te soñé!). En cuanto a mi anécdota, la probabilidad de que eso ocurra seguramente es bastante baja (no la he calculado, tampoco planeo hacerlo, no se preocupen), sin embargo se podría argumentar, y con cierta razón, que un hecho de baja probabilidad también puede ocurrir (todo lo posible puede pasar). Respecto a los sueños, todos los tenemos cada noche y seguramente conservamos en la memoria sobre todo aquellos que parecen relacionarse con cosas que nos ocurren al día siguiente mientras que olvidamos fácilmente los otros (la gran mayoría). De todos modos, aunque estas explicaciones sean absolutamente correctas pueden no resultar del todo satisfactorias. ¿Habrá algo más detrás de estos eventos que la mera casualidad?

Un intento de respuesta podría comenzar con la observación de los seres no humanos que habitan la Tierra. Los biólogos han descubierto en los animales toda una colección de sentidos desconocidos para la raza humana. El oído del delfín y otros mamíferos acuáticos así como el del murciélago les permiten ubicar objetos por medio de un sistema de sonar increíblemente sofisticado (que obviamente existía mucho antes de que al hombre se le ocurriera la idea); la línea lateral de los tiburones que consiste de una serie de vesículas situadas a los costados del cuerpo del pez y parecen ser sensibles a los campos electromagnéticos que producen sus presas acuáticas al moverse; la capacidad de las aves para guiarse en sus migraciones utilizando el campo magnético de la Tierra; la sorprendente

habilidad de los perros para encontrar el camino a sus amos, aun a distancias considerables o saber (aparentemente) que estos están por regresar a casa minutos antes de que lleguen (¿será solo cuestión de oído y olfato finos?). Rupert Sheldrake (PhD en biología de Cambridge) ha estado estudiando estos fenómenos, en particular en los animales domésticos, con el objeto de determinar si son producidos por efectos puramente físicos o de tipo paranormal y además averiguar si los humanos poseemos capacidades evolutivas similares pero, de alguna manera, recesivas. La página web de este investigador (ver links) es bastante interesante y sugiere una serie de experimentos para realizar sobre estos temas.

Puede que algunas de sus teorías resulten controvertidas (cosas como campos mórficos y telepatía animal) pero no creo que un trabajo serio pueda ser descartado sin más. Volviendo a la cuestión del párrafo anterior, quizás la explicación para las anécdotas mencionadas sea también una cuestión de olfato u oído ultrafinos de los que no tenemos registro consiente, podríamos ser poseedores sin darnos cuenta de sentidos más agudos de lo que pensamos, sentidos capaces de detectar a una persona sin verla y activar la memoria generando un recuerdo-imagen de ella.

Esto puede no ser tan absurdo considerando que nuestro cerebro recibe segundo a segundo el bombardeo de millones de unidades de información provenientes del entorno, por lo que debe evitar la sobrecarga filtrando esta información y permitiendo el paso solo a aquella fracción (muy pequeña) que sirve para vivir. Se calcula que de cada millón de estímulos que el cerebro recibe solo pasa uno. ¿No es posible que la información proveniente de tales sentidos haya sido descartada en los albores de la civilización simplemente por que no era necesaria para la supervivencia?

Supongamos por un momento que los fenómenos paranormales son reales. De ser así nos vemos obligados a hacer algunas distinciones. En primer lugar debemos decidir si la telepatía, precognición, telekinesis, etc. son fenómenos cognoscibles o incognoscibles. ¿Que significa que algo sea cognoscible? Significa que es factible investigarlo desde un punto de vista científico porque en definitiva es un fenómeno físico medible y cuantificable, esto no implica que sea sencillo de explicar sino que la explicación existe. Algo incognoscible, en cambio, es algo que por definición no es producido por una interacción física y por lo tanto no es analizable desde un punto de vista experimental. Por ejemplo, la existencia del alma es una de las piedras angulares de muchas religiones y según recuerdo, en el pasado hubo estudiosos que pretendían “pesar” el alma poniendo en una balanza a un moribundo y manteniéndolo allí hasta que se produjera la muerte, la diferencia de peso (de haberla) sería el peso del alma

No se si tuvieron éxito, me permito dudarlo ya que un hallazgo como este sería muy conocido, si fracasaron podemos suponer que el alma no presenta evidencia física de existencia, es decir, no interactúa con nada de modo que esa interacción se pueda medir. Entonces, y a todos los efectos, la existencia o no del alma sería irrelevante para la ciencia (al decir de algunos “es una hipótesis innecesaria”). Lo que quiero decir con esto es que el alma entraría en el terreno de lo incognoscible y la creencia o no en su existencia sería una cuestión de fe. Voy a hacer otra suposición: todo fenómeno que provoque alteraciones o interactúe con el entorno físico debe ser cognoscible. Esta es solo una hipótesis de trabajo, por supuesto, pero es lo menos que se puede pedir para que tenga algún sentido investigar estas cosas. Bajo esta hipótesis muchos fenómenos parapsicológicos (de existir) deberían ser cognoscibles pues producen

alteraciones en la materia (movimiento en el caso de la telekinesis, alteraciones cerebrales en telepatía, etc.).

Otra cuestión es si estos fenómenos provienen de fuentes conocidas o desconocidas, esto es: la telepatía, por tomar un ejemplo ¿se produciría debido a una interacción conocida en la física actual o a una por descubrir? Es un argumento muy común entre los creyentes de estos fenómenos el que dice que siempre existen cosas nuevas en la naturaleza por conocer y que obviamente los científicos no lo saben todo. Por supuesto, esto es correcto, por ejemplo en el siglo XIX antes de Maxwell y de todos aquellos que sentaron las bases de la teoría electromagnética nadie sospechaba que existían ondas con las cuales se podrían transmitir mensajes, imágenes y todo tipo de información ni que de hecho vivimos sumergidos en un mar de estas ondas provenientes del espacio (y ahora, por supuesto, de fuentes artificiales). La ignorancia sobre este campo, siendo invisible e indetectable por los medios conocidos antes de su descubrimiento hubiera hecho pensar a cualquiera que un artefacto como el televisor era cosa de brujería. De modo que ¿por que no pensar que los fenómenos parapsicológicos son el resultado de campos físicos aun no conocidos? El argumento es bueno, solo le veo un defecto, bajo la misma presunción todo es posible. Quiero decir que absolutamente cualquier teoría o suposición debería entonces considerarse verdadera (por mas absurda que fuera) con solo decir que en un futuro indeterminado podrían descubrirse sus bases científicas.

Este no es el modo en que trabaja la ciencia. Para aceptar que es necesario crear una nueva teoría para explicar una serie de hechos primeramente se verifica que estos hechos sean reales mediante experimentos repetidos una y otra vez por muchos investigadores independientes (la fusión fría, por ejemplo, que

fue noticia hace algunos años no sobrevivió esta etapa). Las mediciones obtenidas son analizadas para intentar explicarlas con las teorías conocidas. Si esto fracasa entonces se arriesgan teorías nuevas. Estas teorías pasan por el filtro de la crítica desapasionada (y a veces cruel, quien haya intentado publicar un paper alguna vez lo sabe) de otros científicos. Si son aceptadas se requerirá entonces de más experimentación para corroborar que las predicciones que arrojan las nuevas teorías son correctas.

Esto es lo que se ha dado en llamar el método científico. Sin duda es un método conservador, pero no para censurar lo novedoso sino para evitar el fraude. Aun con este método cambios dramáticos han ocurrido muchas veces en el campo de la física, pero el hecho de que esto haya pasado no implica necesariamente la verdad o falsedad de nada. Lo que quiero decir es que basar el valor de verdad de una afirmación en que "en el futuro se puede descubrir que es cierta" carece de sentido lógico.

Discutamos en particular la telepatía. Como en el párrafo anterior supongamos que existe y que su génesis es algo conocido. ¿De que manera se puede producir esta forma de comunicación? Ya expusimos el argumento de los sentidos ultrafinos pero esta puede no ser la única explicación. En la serie sobre la Fundación de Asimov, los miembros de la Segunda Fundación poseen un modo de comunicación no verbal que podría considerarse telepático, pero que se basa en la lectura de mensajes corporales, mientras que en la serie *Dune* de Frank Herbert la Bene Gesserit utiliza información de este tipo ("mirar a la manera Bene Gesserit") para influir en la política del Imperio. Esta clase de transmisión de información es comúnmente aplicada en el reino animal y de hecho bastante conocida para la raza humana. La lectura de expresiones en el rostro humano y la postura corporal nos dicen mucho sobre el estado mental del portador; con

frecuencia estas cosas nos informan mas que las palabras pues generalmente es muy difícil mentir con el cuerpo. Una nueva rama de la psicología llamada Programación Neurolingüística aprovecha esta comunicación no verbal para obtener información del inconsciente de los individuos y utilizarla en terapia. Pero en un terreno mas próximo, muchos "adivinos" acostumbran leer las expresiones y la posición del cuerpo de sus clientes utilizando estos datos para lograr aciertos en sus "predicciones".

— Mmmm, creo que veo un viaje... —dice el adivinador (alzado de cejas escéptico en el cliente) —no, no... evidentemente no hay un viaje en su futuro próximo.— cambia de opinión el adivinador. ¡Si, acertó!, debe tener poderes...

Esta teoría suena bien, pero por lo general los que defienden la telepatía hablan de comunicación a distancia, sin contacto visual entre emisor y receptor, por lo tanto tendremos que descartar la lectura corporal. Profundicemos un poco mas. El cerebro funciona por medio de señales eléctricas. Las neuronas generan potenciales que se transmiten a través de sus axones, estos liberan en los extremos unas sustancias químicas llamadas neurotransmisores que portan la información de la señal hasta los receptores en las dendritas de otra neurona. ¿Podría ser que la red de neuronas del cerebro, actuando como una antena, emita ondas electromagnéticas capaces de transmitir mensajes al cerebro de otra persona? En primer lugar el cráneo actúa como filtro para la mayoría de las ondas electromagnéticas, deja pasar solo las de baja frecuencia, por lo tanto si el cerebro actúa como emisor de radio solo podría emitir en frecuencias bajas. Esto no es absurdo, la longitud de la red de neuronas debe ser sumamente grande y podría producir ondas de baja frecuencia sin demasiados problemas (la frecuencia es inversamente proporcional a la longitud de onda, entonces baja frecuencia significa larga longitud,

y la longitud de onda debe ser proporcional a la longitud de la antena), además cuanto mas baja es la frecuencia menor es la energía de la onda y no se requeriría un generador tan poderoso. El problema es que las ondas de baja frecuencia transmiten poca información. En los submarinos las transmisiones se hacen con ondas largas ya que son las únicas que pueden atravesar grandes masas de agua. Los submarinos llevan arrastrando tras de si un cable que puede tener longitudes del orden del kilómetro y que actúa como antena. Sin embargo las transmisiones son terriblemente lentas (un mensaje por teletipo podría tardar minutos en escribirse completamente), así que pueden imaginar lo que tardaría en transmitirse una imagen. Quizás el cerebro posea un formato de compresión mucho mas eficaz que el zip para archivos, el jpg para imágenes o el mp3 para música. No se rían, no es broma, no me parece ridículo que el cerebro posea sistemas de compresión eficaces considerando la cantidad increíble de información que alberga. Tal vez se transmitan archivos comprimidos que se descomprimen en el cerebro del receptor. Además, una onda de baja frecuencia rebotaría en la ionosfera y por lo tanto no requeriría de antenas retransmisoras para obviar el problema de la esfericidad de la Tierra. Existe, claro, una objeción que me parece difícil de superar. Los que afirman que la telepatía es algo real dicen que la transmisión es instantánea no importando la distancia entre emisor y receptor. Sabemos que las ondas electromagnéticas viajan a la velocidad de la luz (unos 300000 km/seg). Esta velocidad es muy alta y la comunicación para distancias terrestres es prácticamente instantánea pero cuando se trata de distancias mayores no es así. La luz del Sol, por ejemplo, tarda unos 8 minutos en llegar a la Tierra. Por otro lado, verificar que la telepatía es comunicación por radio no es muy difícil, basta con encerrar al supuesto telépata en una jaula de Faraday (simplemente un cubo

con paredes de alambre). La jaula impediría la propagación de ondas electromagnéticas con lo cual no podría existir comunicación telepática. Supongo que si se ha hecho alguna investigación sería sobre el tema esto debe haberse tenido en cuenta, pero no tengo información al respecto. En los libros de la serie de Ender de Orson Scott Card se plantea una teoría interesante. Se sugiere la existencia de unas entidades físicas primordiales llamadas "filotes" mas fundamentales que los átomos.

Estos filotes son como cuerdas que interconectan a los átomos entre si (¿Card se habrá inspirado en la teoría de supercuerdas?, esta fue popular en física durante la década del '70 y se niega a morir), de modo que los seres humanos podrían estar conectados por cables de filotes a distancias astronómicas permitiendo la comunicación telepática instantánea para las razas mas evolucionadas (por medio de una onda transmitida por vibración del filote) y la construcción de ansibles (este es el nombre que se le da en muchos libros de ciencia-ficción al hipotético transmisor instantáneo) para los pobres humanos. Esta fantasía no es para nada absurda, algunos físicos están estudiando desde hace un tiempo el problema de la separabilidad de hechos físicos. Aparentemente, a partir de ciertas resultados de la mecánica cuántica es posible que todos los puntos del universo estén interconectados físicamente. Un hecho cualquiera en la Tierra podría afectar instantáneamente a otro en Alfa del Centauro. Aclaro que estas investigaciones despiertan cierto escepticismo pero considerando que se basan en una teoría sólida no son para descartar.

Respecto a la telekinesis (la capacidad de mover objetos con el poder de la mente) hasta ahora no he sabido de experiencias como las que aparecen en las películas (adolescentes que abren puertas, hacen volcar autos o derrumban edificios con solo desearlo). Tuve oportunidad

de ver un documental donde una mujer rusa movía pequeños objetos, quizás usted lo haya visto también (según recuerdo hacia extraños movimientos con las manos al mismo tiempo). También leí un artículo en donde se contaba como se había desenmascarado a un farsante que fingía habilidades telekineticas utilizando pequeñas e inaudibles exhalaciones de aire (yo diría que ese talento ya es bastante sorprendente por si mismo). En lo personal no se me ocurre cual podría ser el mecanismo físico que permitiría la telekinesis (¿generación de poderosos campos magnéticos a distancia?, ¿alteraciones voluntarias del campo de gravedad?), pero tiendo a dudar de aquellas cosas que pueden ser reproducidas con facilidad por magos profesionales. El ya mencionado Uri Geller se hizo famoso doblando cucharas y poniendo en marcha relojes con (supuestamente) solo el poder de su mente. Además de su extraña (o no tanto) reluctancia a presentarse ante magos, muchos de estos últimos han mostrado que es sencillo hacer lo mismo que el famoso mentalista mediante simples trucos, así que no voy a agregar nada mas al respecto.

La precognición (también llamada profecía) es el conocimiento de hechos futuros sin disponer de ninguna información extra. Los relatos de gente que dice haber soñado con la muerte de J.F.K. antes de que ocurriera o con tragedias como caídas de aviones y terremotos son bastante frecuentes en todo el mundo. Generalmente se dice que las personas comunes en estos casos tienden a llevar la cuenta de los aciertos pero olvidan rápidamente los desaciertos, esto sin duda es verdad. Además muchas de las predicciones (las de Nostradamus, por ejemplo) son tan oscuras y ambiguas que solo son interpretadas a posteriori de la ocurrencia de los supuestos hechos, con lo cual la utilidad de conocer el futuro se pierde significativamente. La astrología occidental y oriental y otras formas

de futurología compiten entre si por la aceptación del público creyente.

¿Hay alguien que no lea su horóscopo todos los días en el desayuno? En algunos casos la creencia en tales cosas llega casi a nivel religioso. Lo que postula la astrología es que la posición de los planetas, Sol, Luna, etc. en el momento del nacimiento determina (o al menos ejerce gran influencia sobre) la personalidad del individuo. Cierta vez me hicieron la carta natal (mapa de las posiciones de los objetos celestes en el momento del nacimiento). El astrólogo hizo un estudio bastante detallado de lo que había observado y me entregó sus conclusiones por escrito. Si alguien quiere conocerme solo tiene que leerlo: soy extrovertido e introvertido, alegre y depresivo, moderno y conservador, ahorrativo y gastador, etc. Bien, podría explicarse que una persona es todo eso y mucho más en distintas etapas de la vida, pero ¿para que me sirve una "información" tan ambigua? (debo aclarar que fue gratuito, de haber pagado ¿hubiese sido más preciso?).

Vemos constantemente por televisión a los astrólogos de cabecera de diversos programas haciendo predicciones sobre el país, el destino de los famosos y el de las personas que llaman esperanzadas buscando solucionar los problemas de su vida, ¿realmente aciertan? Una revista argentina llamada Humo® (desgraciadamente ya no se publica) acostumbraba incluir en su número de fin de año un artículo donde pasaba lista de las predicciones hechas por los astrólogos más famosos en programas de televisión y revistas del mundo del espectáculo. Era verdaderamente desopilante (y patético) leer la increíble cantidad de desaciertos que perpetraban estos personajes que, por supuesto, seguían el año siguiente cumpliendo con su aleccionador (y bien pago) papel televisivo. Sospecho que ha quedado claro que no me gustan los astrólogos, pero ¿que hay de la astrología? Sobre esto tengo

mis dudas. La astrología actual se ocupa más del análisis de la personalidad que de la adivinación del futuro, ciertos astrólogos aclaran que no hacen predicciones sino que marcan tendencias. Hace unos años leí un paper sobre un experimento realizado en cierta universidad norteamericana (pido disculpas no recuerdo cuál era la universidad y no he podido encontrar el paper, mala suerte) para testear la capacidad de la astrología en el análisis de la personalidad. Con este objetivo se pidió a la Asociación Astrológica Norteamericana (creo que ese es su nombre) que recomendará a cien astrólogos para ser voluntarios en el trabajo, eligiera un test psicológico standard y proveyera de un programa de computadora para construir cartas natales. Con estos elementos se realizaron test de personalidad y cartas natales a cien voluntarios (personas normales no vinculadas a la universidad ni a los astrólogos). El experimento consistía en proporcionar a cada astrólogo tres cartas y el resultado de un test de personalidad, el test y una de las cartas correspondían a la misma persona. El astrólogo debía decidir cuál era la carta natal correcta. El porcentaje de aciertos en el experimento fue (¿no lo adivinan?, es que no son astrólogos...) del 32.7%. Si usted o yo, pobres mortales sin los profundos conocimientos de estos profesionales, hubiésemos participado del experimento nuestro porcentaje de aciertos habría sido también cercano al 33% ya que es la probabilidad de éxito en la elección al azar cuando hay tres opciones. Sin comentarios...

¿Por que tengo dudas con respecto de la astrología? Hace un tiempo leí un libro escrito por unos ingenieros franceses en el que analizaban hallazgos de la cultura maya. El libro era "Las profecías mayas" de Adrian G. Gilbert y Maurice M. Cotterell. Respecto a sus conclusiones sobre los mayas no puedo decir nada pero en uno de los anexos del libro había una hipótesis bastante interesante. Nuestro Sol es un poderoso emisor

de radiación y partículas que inundan el sistema, esto es lo que se llama viento solar. El viento solar, que es en su mayor parte filtrado por el campo magnético de la Tierra (de no ser así haría imposible la vida en nuestro planeta), es el responsable de las auroras boreales y las fallas en las comunicaciones que ocurren periódicamente. Lo interesante es que la cantidad de partículas y radiación que recibimos no es constante ya que está regulada por el inmenso campo magnético del Sol. Los ingenieros franceses desarrollaron un modelo del campo magnético solar para tratar de determinar las variaciones del viento solar sobre la Tierra. Este era un modelo sencillo ya que la rotación diferencial del Sol y otros efectos harían necesario algo llamado desarrollo multipolar (matemáticamente bastante complejo) para un modelo mas preciso. En resumen, estos investigadores compararon las variaciones calculadas del campo (en consecuencia de la intensidad del viento solar) con los signos del zodiaco distinguiendo aquellos signos que, según la astrología, representan personalidades extrovertidas e introvertidas. Obtuvieron un grafico donde los periodos de viento solar alto coincidían bastante bien con los intervalos del año correspondientes a signos de personalidad extrovertida y los de bajo viento solar con los de personalidades introvertidas. ¿Que significa esto? Puede no significar nada. Un viejo refrán de la estadística recomienda tomar con pinzas las correlaciones demasiado buenas entre datos no necesariamente vinculados. Estos franceses postulaban, en cambio, que las partículas del viento solar podrían causar alteraciones en el tejido cerebral del feto que modificarían la personalidad en un sentido o en otro (un mejor modelo podría explicar otras características de la personalidad). ¿Es esta teoría tan absurda? Quizás no. Me han comentado que psicólogos estadounidenses están investigando desde un punto de vista estadístico la posibilidad

de que las personalidades descritas mediante los signos astrológicos sean correctas, aparentemente con interesantes resultados en favor de la astrología. Además he tenido oportunidad de discutir esta idea con neurólogos y la consideran, cuando menos, posible. Algo que siempre me ha sorprendido es que los astrólogos no investiguen (o siquiera se pregunten) de que naturaleza es la influencia que según ellos ejercen los objetos celestes sobre los seres humanos. No se de que tipo podría ser esta influencia (¿gravitatoria?, ¿electromagnética?) pero de ser cierto que algo nos afecta, yo diría que el Sol es el mejor candidato pues la interacción de nuestra estrella sobre la Tierra es enorme y fundamental para la vida. Lo curioso es que cuando a alguien se le ocurre una posible explicación (que en este caso descartaría la influencia planetaria) es rechazada rápidamente por estas personas. ¿Será que perder el carácter "esotérico" de la astrología les hace temer por su negocio? Otra cosa interesante es la falta total de critica interna en el campo de lo esotérico. Los creyentes admiten que pueden existir astrólogos fraudulentos pero sostienen que también los hay serios. ¿Por que estos astrólogos serios no se encargan de desenmascarar a los estafadores (que deben ser conocidos en el medio) para limpiar su propio campo?

De todos modos ¿será posible predecir el futuro? Creo que el único modo en que esto podría ocurrir es si, de alguna manera, todo estuviera predeterminado, es decir, solo sería posible si existiera una suerte de destino inevitable. De no ser así el enorme número de hechos fortuitos, decisiones irracionales, etc. que podrían tener lugar en una vida humana (ni hablar de un conjunto de vidas humanas) hacen que el futuro sea algo mas bien. Una idea mas razonable curiosamente proviene de la ciencia ficción. Paul Atreides, Muad'Dib en la novela

Dune de Frank Herbert posee el poder de la presciencia debido al consumo de especia y su condición de Kwisatz Haderach. Esta presciencia no implica ver el futuro inevitable, sino todos los posibles futuros y todas las acciones que permiten arribar a ellos. Paul se convierte en un diseñador de su propio futuro y el del imperio. Esta clase de presciencia no es para nada irrazonable, en cierto modo todos utilizamos algo así cuando hacemos planes a largo plazo (si hago esto... entonces pasará lo otro...) por supuesto nunca en el grado superlativo en que lo hace el Madi pues carecemos de cualquier poder especial.

Creo haber cumplido con la promesa hecha en el principio del artículo, no llegué a ninguna conclusión sobre nada. Me considero una persona escéptica, pero de un escepticismo constructivo. No me parece que una creencia, por mas absurda que parezca, pueda ser descartada simplemente diciendo que es una estupidez. Opino que primero debe ser comprobada y si resulta ser falsa, bien, entonces será una estupidez, pero aclaremos por que. Generalmente los racionalistas a ultranza descartan cualquier creencia o teoría no ortodoxa sin mas, pero ha habido casos donde estas probaron ser reales. Por otro lado tampoco considero que la forma de actuar de muchos creyentes tenga algún valor (esto es verdad, no se porque ni me importa y aunque se verifique que no es verdad, ien mi opinión, es verdad igual!), el exceso de credulidad no implica, como muchos piensan, poseer un alma evolucionada. He mencionado el método científico, en realidad este se puede resumir en la famosa navaja de Occam: cuando existen dos explicaciones posibles para un determinado hecho, a falta de certeza, la que debe elegirse es la mas simple, la que requiere de menos hipótesis por que probablemente es la correcta. Esto es puro y simple sentido común. Hace unos años aparecieron en sembradíos al sur de Inglaterra unos extraños círculos de plantas aplastadas.

Los círculos se fueron multiplicando con el tiempo convirtiéndose en figuras mas complicadas. Estas misteriosas figuras dieron lugar a muchas especulaciones por parte de "expertos".

Por ejemplo, se sostenía que era físicamente imposible hacer esos círculos con la tecnología conocida (???), que quedaban muestras radiactivas en la zona, que eran un mensaje para los seres elevados espiritualmente de este planeta por parte de otros seres, también elevados, pero provenientes de otras dimensiones. En resumen, tenemos dos posibles explicaciones: 1) la sostenida por ufólogos y esoteristas donde estas marcas serían la prueba indiscutible de que nuestro planeta recibe la visita de seres extraterrestres (de este universo o de algún otro) que se ocupan de dejarnos en los sembradíos profundos mensajes, 2) estas marcas fueron hechas por algún bromista.

La primera explicación requiere de un numero de hipótesis bastante grande. Debe existir una civilización extraterrestre con la tecnología para viajar a distancias interestelares que, además, disponga del suficiente tiempo libre para darse una vuelta por la Tierra de vez en cuando con el único fin de hacer dibujos incomprensibles en los campos sembrados. La segunda explicación no parece requerir de ninguna hipótesis extra considerando la extraña naturaleza humana. Si aplicamos la navaja de Occam solo podemos elegir la segunda. Con el tiempo aparecieron dos personajes que confesaron haber hecho los dibujos con una cuerda y un palo para divertirse al salir del pub. Demostraron como los hacían y admitieron que habían empezado a complicar los dibujos cuando vieron que estos aparecían en las noticias (si alguien afirmaba que obviamente sus hacedores venían del planeta Marte porque las espigas de trigo estaban inclinadas hacia la derecha, ellos hacían el próximo círculo hacia la izquierda). Y así, la navaja de Occam vuelve a triunfar. Huelga decir que los

ufólogos se niegan a admitir que fue una broma y siguen sosteniendo el origen extraterrestre. Muchos desenmascaramientos como este se cuentan en el libro *El mundo y sus demonios* de Carl Sagan.

¿Por que personas educadas y racionales, que constantemente aplican el sentido común en sus vidas, sus empleos y sus relaciones olvidan emplearlo en estos casos? ¿Por que existen (y cada vez más) tantos mitos y creencias extrañas? Quizás esto lo pueda explicar un psicólogo, yo no lo soy (por suerte) pero probablemente se deba a que vivimos en un periodo de la historia bastante difícil, problemas económicos, sociales, culturales nos abruman y la necesidad de creer en algo (lo que sea) se vuelve imperiosa. Cierta vez conocí circunstancialmente a una mujer quien me contó que había consultado a un tarotista. Este había leído en las cartas que ella no tendría problemas de salud durante ese año. No volví a ver a esta persona, no se si enfermó o no. Pero lo que me hace recordarla es que me dijo que la visita a este tarotista le había dado una gran tranquilidad de espíritu. La predicción de que tendría buena salud la había aliviado de preocupaciones. Esta clase de tranquilidad (aunque pueda estar basada en una mentira) no la da la tecnología. ¿Sería bueno vivir en un mundo donde todos fueran racionalistas?, ¿un mundo donde no existieran creencias, fantasías o mitos? No tengo ni la menor idea, pero en lo personal este me parece más divertido.

© 2001, Jorge Balej.

–Artículo publicado originalmente el 26 de agosto de 2001 en QuintaDimensión.com–

Sobre el autor: Jorge es argentino y vive en Buenos Aires, además es físico y gusta de la ciencia ficción, del terror y la fantasía. Más sobre él en: <http://orbita.starmedia.com/cienciayficcio/>

ENFERMEDAD DEL FUTURO

por Carolina Nishii

El Shock del Futuro fue publicado en inglés en 1970. A partir de esta fecha ha sido re-editado varias veces y traducido a muchos idiomas (algunas de sus últimas ediciones en español: Plaza & Janes 1981, Bantam Doubleday Dell Publishing Group 1984, Plaza & Janes 1993).

Toffler, norteamericano, fue entrenado como periodista y actualmente se desempeña en su propia empresa como *futurólogo* (los *futurólogos*, de forma similar a un oráculo, proyectan un futuro posible basándose en análisis de las características más relevantes actuales).

En su libro, Toffler nos explica con sólidos argumentos las razones por las cuales la sociedad actual puede sufrir de la enfermedad del Shock del futuro; nos cuenta las consecuencias que el futuro nos acarrea física, psicológica e intelectualmente. Finalmente, Toffler nos enumera cuales son los posibles focos de infección de la enfermedad del futuro. *Tal vez, si se conocen dichos focos infecciosos, se puede prevenir el contagio...*

A) Desarrollo

Si hemos de separar los pasos del hombre hacia su desarrollo, debemos decir que la agricultura fue

el primero. El segundo paso está marcado por el industrialismo y el tercer paso es el que estamos viviendo en la actualidad y es el superindustrialismo. La tecnología es el motor que ha generado el cambio a este tercer paso. Podría decirse que a mayor tecnología, mayor es el conocimiento que se adquiere y este conocimiento a su vez alimenta nuevamente a la tecnología, en un círculo que se refuerza a sí mismo. Esta cantidad de conocimientos es muchas veces mayor al que poseía la sociedad hace tan solo 200 años atrás.



B) Brecha Generacional

En la actualidad el 70% de la población está viviendo en el pasado, dependiendo de la agricultura. Un 25% lo forma la sociedad industrializada, desde la primera mitad del siglo XX, moldeados por la mecanización y educados en masa. El restante son sólo algunos millones que viven en los centros de cambio tecnológico y forman la sociedad del futuro. Esta diversidad de sociedades en un mismo espacio puede ser causa de conflictos entre generaciones, padres e hijos, maridos y esposas, pues todos reaccionamos diferente frente a los cambios y la aceleración

del ritmo de vida.

C) Duración y transitoriedad

La duración de los productos que nos rodea es cada vez menor, por ejemplo: las envolturas de los alimentos sólo sirven una vez, la duración media de las viviendas ha variado notablemente (hoy vemos un edificio y en un mes ya lo han destruido y construido uno nuevo), tenemos pañales desechables, pañuelos de papel, platos y cubiertos desechables...etc.

Por otro lado, la tecnología ha logrado bajar los costos de fabricación rápidamente y a su vez logra mejorar los objetos con el paso del tiempo. Si, por ejemplo, se descompone un aparato electrodoméstico, resulta más económico y mucho mejor comprar uno nuevo que tenga más ventajas sobre el modelo antiguo y cuyo precio es menor al de la reparación.

D) Movimiento

Para muchos millones de personas y en particular para la "gente del futuro" el hogar está donde cada cual lo encuentre. La economía exige movilidad, obligando a buscar nuevos empleos y dejar atrás las antiguas viviendas para obtenerlos. Este traslado destruye una serie de relaciones antiguas, estableciendo nuevas. Este cambio origina la pérdida del sentido de compromiso. No sólo se cambia de casa, sino de peluquería, supermercado, parada de autobús y junto con este, las relaciones del lugar.

E) Duración de relaciones humanas

Los lazos humanos han alcanzado un carácter temporal, la duración media de las relaciones humanas se ha visto disminuida aumentando las relaciones con una parte de la persona, con un módulo de su personalidad. Cada personalidad tiene miles de módulos los cuales podemos cambiar. Nos interesa un zapatero en cuanto a su eficiencia en satisfacer nuestras necesidades,

pero no nos interesa sus sueños, esperanzas o frustraciones, este hombre será plenamente intercambiable con cualquier otro zapatero igualmente competente. Una relación de duración larga es aquella en la que exigimos y se nos exige mayor comprensión y mayor compenetración con la otra persona, pero no es así en una relación modular o de corta duración en la que nos da igual si el zapatero profesa nuestra religión, nuestra doctrina política, si es heterosexual o no.

El paso acelerado de personas por la vida implica no sólo el atar lazos, sino también el romperlos. Esta capacidad de hacer y deshacer amistades, de tomarlas como simples "conocidos", es la habilidad de adaptación para la cual algunos parecen más capaces que otros.

F) Organización e información

No sólo hemos encontrado aceleración en el ritmo de cambio de las situaciones, de las cosas, lugares y personas, también existe el cambio en las organizaciones, las cuales en su gran mayoría son burocráticas, es decir, se caracterizan por la permanencia, la jerarquía y la división del trabajo. Sin embargo existe otra forma de organizar a la gente. Hoy en día las organizaciones cambian de forma interior con mucha frecuencia, cambian los títulos, se transforman los cargos, se desplazan responsabilidades. El cambio se puede apreciar con mayor facilidad en lo que se denomina actualmente "proyecto" o "unidad organizada", los cuales son grupos de trabajo formados para determinada función, la cual una vez terminada, el equipo se disuelve también. En la estructura administrativa, como en la arquitectónica pasamos de formas duraderas a temporales, de permanencia a transitoriedad. Pasamos de la burocracia a la ad-hocracia. El hombre superindustrial no se encasilla permanentemente ni realiza tareas rutinarias cumpliendo órdenes, sino que siente la necesidad de asumir

responsabilidades y tomar decisiones. Necesita ser emprendedor.

Tenemos también la información que nos llega por medio de los mensajes que recibimos, ya sea por medio de los medios de difusión o por las personas que nos rodean, las celebridades cambian y se destruyen velozmente, los libros pueden ser traducidos y editados con mayor rapidez que antaño, la música ha aumentado la cantidad de información auditiva que transmite durante un período de tiempo dado, el lenguaje es bombardeado continuamente con jergas que cambian constantemente y todo este cambio en el mundo exterior nos obliga a aprender de nuevo el medio que nos rodea, exigiendo más al sistema nervioso así como un nuevo nivel de adaptación.

G) Novedad

Los cambios que se suceden están creando una nueva sociedad. Nuevas fuentes de energía, nuevos medios de transporte, nuevos alimentos son algunos de los indicios de lo que se avecina. En la ciencia se logrará criar animales especializados o quizá robots domésticos para servirnos, se podrá integrar tejidos vivos en procesos de mecanismos físicos, se podrá lograr la clonación, se podrá transplantar nuevos miembros (como el cerebro) de un cuerpo a otro y no podremos negarnos ante el cambio.

Cuanto mejor se satisfagan las necesidades materiales básicas del consumidor, mayor energía económica se invertirá en satisfacer sutilezas variadas y personales. Se podrá escoger viajar en un avión con características romanas, francesas o inglesas, se podrá experimentar con ambientes simulados que brindarán aventura, peligro o excitación sexual sin poner en verdadero riesgo la vida o la reputación.

La familia no se salvará de los cambios, los optimistas dicen que con el tiempo sobrante que dispondrá la familia se estrecharán los lazos, pero los pesimistas dicen que la familia servirá

tan sólo para procrear y criar por tan solo los tres primeros años de vida de la persona.

El industrialismo requería trabajadores capaces de trasladarse cuando el empleo lo requería, y la familia numerosa se transformó en la familia "nuclear" formada por los padres y un número pequeño de hijos. Pero el superindustrialismo exige una mayor movilidad, lo que nos lleva a pensar que las personas del futuro opten por reducir a la familia en un hombre y una mujer.

Las parejas aplazarán la tarea de criar hijos hasta después del retiro, o podrían engendrar y confiar la tarea del cuidado de los niños a grupos padre-madre preparados para desempeñar ese trabajo. No se puede pedir que en estas condiciones el amor dure indefinidamente, la transitoriedad y la novedad se han vuelto contra éste, pues ahora vemos que los matrimonios también se han vuelto temporales.

H) Exceso de opciones

Corremos hacia un exceso de opciones, la decisión del comprador ya no será tan sólo individualizada, sino compleja. La producción material y la nueva tecnología, más que fomentar la estandarización, nos lleva a la diversidad superindustrial. Asimismo la educación ayudada por las computadoras, la instrucción programada y otras técnicas aumentarían la diversidad en las aulas.

Por otro lado, hay un sinfín de segmentación en el mercado, encontramos locales para homosexuales, películas para niños, discotecas para mujeres, etc.

Infinidad de especialistas han nacido, especialistas que tienden a agruparse con los de su propia clase, formando sub-cultos. Podemos ver sub-cultos dentro de científicos, dentro de médicos, incluso formamos grupos de acuerdo a la edad, de acuerdo a los hobbies, de acuerdo a las creencias.

El estilo de vida que se ha decidido seguir,

impone un orden, una serie de principios o criterios en las opciones a tomar.

No sabemos el origen de estos modelos que seguimos, que pasan desde James Bond, a los yupies, los hippies o las celebridades, pero esta decisión ayuda a reducir el campo de alternativas con las que nos enfrentamos al futuro.

I) Estrategias de supervivencia

Algunas personas parecen anhelar los cambios más que otras, una casa nueva, un carro nuevo, otro trabajo y más cambios sin que les parezca afectar, pero al analizarlos encontramos zonas de estabilidad en sus vidas: algunas relaciones duraderas cuidadosamente mantenidas a pesar de cualquier otro cambio. Esta quizá es una táctica personal que amortigua de cierta manera la exposición de los cambios, por ejemplo tenemos una persona que puede cambiar de trabajo o de casa o de novia con facilidad, pero que se aferra a su antiguo y viejo auto.

Así como el amortiguador del shock del cambio, del shock del futuro, se deberían crear en general para la sociedad. Un ejemplo de este amortiguador, es llevado a cabo en algunos sistemas carcelarios, en los cuales el reo antes de re-integrarse a la vida en libertad, se le traslada a una institución intermedia donde regresa en las noches luego de trabajar fuera. Se podría usar algo parecido para aquellos que se deban jubilar, para no realizar un cambio tan brusco en sus vidas o se podrían crear clubes de ayuda para aquellas personas que se encuentran a las puertas de un gran cambio en sus vidas, ya sea el cambio de trabajo, el cambio de domicilio o el cambio de estado civil, esta visto que con tan solo encontrarse con personas que también sufrirán o han sufrido un contratiempo similar, ayudará a asimilar mejor el cambio. O quizá la creación de lugares en los que se pueda experimentar por etapas los futuros cambios, quizá ver en tercera dimensión la nueva casa a

la que se mudará el futuro gerente, los nuevos vecinos, el lugar de la oficina, el nuevo colegio para ir aceptando poco a poco las cosas nuevas que sucederán.

En cuanto a la educación tanto padres como maestros saben que la educación es el medio que ayudará a los niños en el mundo del mañana, pero las escuelas basan sus enseñanzas mirando al pasado cuando ninguna de esas experiencias servirá a la persona en la toma de las decisiones del futuro.

Entre otros puntos como el fomentar la adaptabilidad enseñando al estudiante a aprender y olvidar y volver a aprender para dar lugar a los nuevos conocimientos que reemplazan a los conocimientos percederos. Otro punto podría ser el educarlos en el problema del exceso de opciones.

Una de las estrategias del futuro será fomentar el sentido del futuro. Forzándolos a imaginar como serán ellos, sus padres, la gente que los rodea en 20 o 30 años. Citando textualmente el libro encontramos:

<<...No tenemos una literatura del futuro para su empleo en estos cursos, pero sí que tenemos una literatura sobre el futuro, consistente no sólo en las grandes utopías, sino también en la ciencia-ficción contemporánea. La ciencia ficción es considerada como una rama desdeñable de la literatura, y tal vez se merece este desprecio crítico. Pero si la consideramos como una especie de sociología del futuro, más que como literatura, la ciencia ficción tiene un valor inmenso como ejercicio mental para la creación del hábito de anticipación. Nuestros hijos deberían estudiar a Arthur C. Clarke, William Tenn, Robert Heinlein, Ray Bradbury y Robert Sheckley, no por lo que éstos puedan decirles acerca de naves espaciales y máquinas del tiempo, sino porque pueden guiar a las mentes juveniles en una imaginaria exploración de la jungla de problemas políticos, sociales, psicológicos y éticos con que habrán

de enfrentarse estos niños en la edad adulta. La ciencia ficción debería ser asignatura del primer curso de Futuro...>>

La ciencia ficción es una de las puertas para preparar a los estudiantes poniéndolos en situaciones que quizá no sucedan, pero que son un excelente ejercicio para poder hacer frente a lo que les depare el futuro.

No sólo este es el camino, también se debe prever los efectos que podrían producir lanzar al mercado nuevos productos, nuevas ideas o nuevas edificaciones, debemos plantearnos situaciones futuras de la sociedad, reacciones negativas o positivas que nos harán crecer junto al futuro o que nos harán sentir invadidos o amenazados por el futuro, pues nadie gobierna a la tecnología y esta debe ser de alguna manera canalizada, fomentando aquellas tecnologías que sean inofensivas y socialmente deseadas y que sirvan como un instrumento para el mañana y no un beneficio inmediato sin pensar en las consecuencias.

Por último, cito nuevamente a Tofler: <<...No es fácil tratar este crecimiento desenfrenado, este cáncer de la Historia. Tampoco existe una pócima mágica para curar la nueva enfermedad que es su secuela: el «shock» del futuro. Yo he sugerido paliativos para el individuo agobiado por el cambio y procedimientos más radicalmente curativos para la sociedad: nuevos servicios sociales, un sistema de educación con vistas al futuro, nuevas maneras de regular la tecnología, y una estrategia para conseguir el control del cambio. Pueden encontrarse otros medios...>>

No nos abrumemos por un futuro que amenaza con devorarnos, debemos utilizar los recursos del futuro para canalizar el futuro.

©2003, Carolina Nishii.

Ficha técnica

Título:El shock del futuro (Future Shock)

Autor: Alvin Toffler

1ª Edición: Random House, New York: 1970

Sobre la autora: Carolina es peruana de ascendencia nipona, actualmente reside en Tokyo junto a su esposo e hijas.

¿CÓMO COLABORAR CON TAUZERO?

1.- Podrán participar todas las personas interesadas con colaboraciones que tengan por tema la ciencia ficción, fantasía, difusión de ciencia, literatura, cine y TV, cómics o manga de ciencia ficción / fantasía.

2.- Las colaboraciones deberán estar dentro de las siguientes secciones:

- Cuentos de ciencia ficción / fantasía / terror.
- Ensayos de ciencia ficción / fantasía / terror
- Ensayos de divulgación científica.
- Crítica de libros de ciencia ficción / fantasía / terror / divulgación científica.
- Crítica de películas ciencia ficción / fantasía / terror.

3.- Los colaboradores deberán enviar sus aportes escritos en lengua española. No hay restricción en cuanto a extensión, sin embargo el editor se reserva el derecho de editar y/o publicar en distintos números.

4.- Los participantes deberán presentar su colaboración original escrita en formato .rtf, una columna, letra verdana tamaño 11, espaciado 1,5 pts. Hoja formato carta con márgenes de 2.5 cm. tanto inferior como superior, derecho e izquierdo. Se permite la incorporación de imágenes, siempre y cuando sea imprescindible para el desarrollo o comprensión del trabajo presentado.

5.- Los aportes se deben enviar comprimidos en formato .zip a la dirección de correo electrónico tauzero_ezine@hotmail.com.

6.- No hay restricción al número de trabajos que un colaborador puede enviar.

7.- Los trabajos deberán llevar el nombre del autor o seudónimo, e-mail de contacto, título de su colaboración y la sección a la cual va dirigida, además de una breve reseña si así lo desea.

8.- Las características de la edición se ajustaran al formato del e-zine.

9.- El simple hecho de presentar trabajos supone la expresa conformidad de los autores con los objetivos y valores del e-zine.

10.- El hecho de presentar trabajos no implica publicación automática, esto se dará después de que el trabajo sea aprobado por el editor.